



ANTOLOGÍA DEGENERADA

Una cartografía del
lenguaje inclusivo



Selección y prólogo
SOFÍA DE MAURO



Cierra callade
detrás,
ojos de plomo contemplan
el humo en despedida
Excitan
les rares, sin memoria
caen escalones hacia abajo
Y con el cuerpe desnude
Entran
(entrando en utopías)
Les que aún no pudieron ser

Dios no existe,
yo soy él, †
como ellx,
y ellx como un todo
entonces existo por
nombrarme conjunto,
me bautizo con las otras.

SON MAESTROS DE ESTOS TIEMPOS
HUMILDEMENTE DISFRAZADXS DE LO NUEVO
SABIXS COMO LA INTUICION QUE NO TRAICIONA
Y GENUINXS EN SU ANDAR DESENF AZDADO
LUCHADORXS JUSTICIERXS #

QUE NO HAIGA MÁS REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

¿Es posible confundir un proyecto de
reconocimiento con una "obligación"?

Y soy día taco inflamable, una miriada,
jasy, guryj, wawa, nemby, guachx, cría, cunumí.

LA @, LA X, LA E Y BUSCAN INTERVENIR AQUELLAS
ZONAS DE LA MORFOLOGÍA EN LAS CUALES SE
CONDENSAN LAS MÚLTIPLES POSIBLES RELACIONES
CON EL CUERPO Y CON PROCESOS NO BINARIOS DE
IDENTIFICACIÓN GENÉRICA QUE HISTÓRICAMENTE
HAN SIDO SILENCIADOS.....

¿ELLES HABLAN MAL?
GRAMÁTICA DEL PATRIARCADO,
CONTROL E IRREVERENCIA

TRINCHERAS # LENGUA DEGENERADA cicatr:ces

gobierno del género
yuta lingüística
DISIDENCIA SEXUAL

cuerpa PERVERSIÓN GRAMATICAL

ELLES NOS...* * -
/ . * TIENEN HARTES

SOMOS
LES INDIES,
LES SALVAJES,
LES VAGXS,
LES FIERES,
LAS CHOLITAS,
LES SUCIES,
LES NEGRES.

("las mujeres no se sienten excluidas")
¡Habla por nosotras, las hablantes de esa lengua
que tiene un origen colonial!

###

normalidad

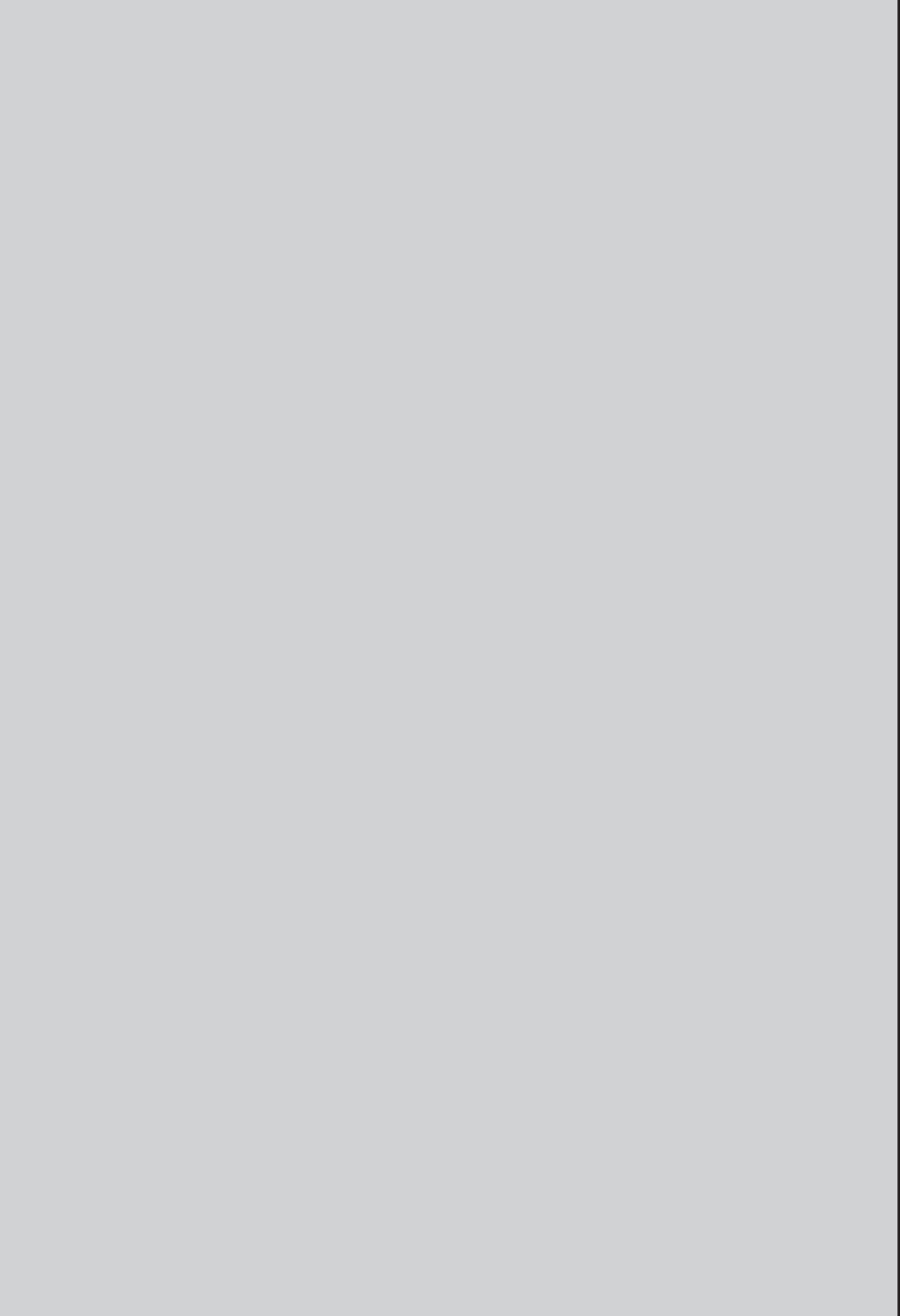
La nuestra es, fundamentalmente,
una disputa por las convenciones
lingüísticas con las que vamos a
pensarnos en comunidad.

Esta lengua que no es mía ni tuya
que es de todes y de ninguno

binarismos
proslizwos

LENGUA
PUÑAL

➡ Somos políglotas de un solo ➡➡
idioma que se llama resistencia.



ANTOLOGÍA DEGENERADA

Una cartografía del
lenguaje “inclusivo”

Selección y prólogo:

Sofía De Mauro



Antología degenerada : una cartografía del lenguaje inclusivo / contribuciones de María Pía López ... [et al.] ; compilación de Sofía De Mauro. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Biblioteca Nacional, 2021. 264 p. ; 19 x 13 cm. - (Cuadernos de Lenguas Vivas ; 1)

ISBN 978-987-728-122-4

1. Lenguaje. I. López, María Pía, colaboradora. II. De Mauro, Sofía, compiladora.
CDD 410

BIBLIOTECA NACIONAL MARIANO MORENO

Director: Juan Sasurain

Subdirectora: Elsa Rapetti

Director Nacional de Coordinación Técnica Bibliotecológica: Pablo García

Director Nacional de Coordinación Cultural: Guillermo David

Director General de Coordinación Administrativa: Roberto Gastón Arno

Directora del Museo del libro y de la lengua: María Moreno

COLECCIÓN CUADERNOS DE LENGUAS VIVAS

Coordinación de Publicaciones: Sebastián Scolnik

Producción: Equipo del Museo del libro y de la lengua

Edición y diseño editorial: Área de Publicaciones

Dirección de Producción de Bienes y Servicios Culturales: Martín Blanco

Diseño original de tapa: Daniela Carreira

© 2021, Biblioteca Nacional

Agüero 2502 (C1425EID)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

www.bn.gob.ar

ÍNDICE

Una cartografía del lenguaje "inclusivo" <i>Sofía De Mauro</i>	11
Entre lenguas <i>Daniela Catrileo</i>	15
Lengua viva, disturbios somáticos, ¿deseo de normalización? <i>val flores</i>	23
¡Adentro! <i>María Moreno</i>	45
Vidalita, vidalita <i>Susy Shock</i>	55
La voluntad de inclusión. Preguntas, más preguntas <i>Emmanuel Theumer</i>	59
Si nombrarse es existir, hablo el idioma de los árboles como otra forma de autodefensa <i>Lucas Mostro</i>	71
Cinco palabras en un caleidoscopio <i>Mara Glozman</i>	77

Nación trava <i>Morena García</i>	103
Elles nos tienen hartes <i>María Pia López</i>	107
El del baño <i>Maleno Demin Abba</i>	125
¿Elles hablan mal? Gramática del patriarcado, control e irreverencia <i>Paula Salerno</i>	133
Semiosis de lo prohibido <i>Nadia Zúñiga</i> ...	165
La letra habitual <i>emma song</i>	189
Devenir <i>Celeste Saravia</i>	215
Cara de indie/a/o <i>Ga Veleizan</i>	217
La lengua ano-mala: algunas anotaciones y una posibilidad <i>Javier Gasparri</i>	219
Poemas y manifiesto post-apocalíptico punk <i>Gabby De Cicco</i>	239
Apéndice	249

El violador eres tú.

Las Tesis, 2019

*Vinimos a tomar lo que nos han negado,
son nuestras las calles, las aulas, las plazas
¡fuego al patriarcado!*

Tranki Punki, *Fuego*, 2020

*Un mapa es una silueta,
un contorno que agrupa elemen-
tos dispares, cualesquiera que sean.
Cartografiar es incluir tanto como excluir.
Cartografiar es, además, una manera de
visibilizar lo que generalmente está oculto.*

Valeria Luiselli, *Desierto sonoro*, 2019

UNA CARTOGRAFÍA DEL LENGUAJE "INCLUSIVO"

Sofía De Mauro*

Todas las intervenciones sobre la lengua, tanto las que nadie conoce, las que muy pocos manejan y las que están en boca de todos, van dejando marcas, hendiduras, cicatrices. De vez en cuando, son heridas, quemaduras o pequeñas lesiones. Algunas veces son solo datos curiosos; otras, profundas políticas y planificaciones lingüísticas. Hemos presenciado muertes anunciadas, algunos suicidios conservadores, otros asesinatos en masa:

* Doctora en Letras por la Universidad Nacional de Córdoba, profesora interina en la Escuela de Letras de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la UNC, becaria posdoctoral de Conicet y baterista de la banda de punk cordobés Tranki Punki.

verdaderos genocidios lingüísticos. Pero también son cantos de cancha, frases hechas, cartas de amor desesperadas, apodos ingeniosos, frases en pancartas, hashtags; diminutos y volátiles poemas de las conversaciones cotidianas. Algunas intervenciones son apenas perceptibles. Otras, irreversibles. Son letanías, susurros, barullo. Memoria ancestral de una lengua que nunca es *una*, que desborda a cada paso, a cada segundo.

Esta antología es un rejunte degenerado y un llamado a lo colectivo. Es un grito, a veces desesperado, que impulsa el trazado de una cartografía insurrecta, deslenguada, atrevida, desacatada. Venimos a afirmar nuestros territorios, esos que estamos disputando hace años. Acá no pedimos permiso y tampoco se lo damos a nadie. No venimos a proponer una forma de hablar ni a vaticinar un cambio lingüístico. No nos interesa. No esperen leer en las próximas páginas una guía de uso, un manual de

estilo, alguna definición precisa o instrucciones de corrección política.

Esta antología nos propone un recorrido por algunas formas en las que imaginamos habitar vidas no binarias, antipatriarcales, antirracistas, en un mundo que se obstina por lo binario, patriarcal y racista. Es una invitación a crear, construir y sostener formas punk y disidentes de vida, como dice Paul B. Preciado. Esta es nuestra marca, una de las tantas. Armamos una cartografía *posible* en torno al *problema* del lenguaje “inclusivo”. Posible, porque presentamos nuestras trincheras en los márgenes del mapa oficial. Y hablamos de la inclusión como problema porque es un término que nos cobija y nos expulsa al mismo tiempo, nos incomoda y lo incomodamos, porque no queremos reproducir la fantasía progre que arrastra una política de la inclusión cosmética.

Esta antología no solo nos invita a reflexionar sobre la lengua, las lenguas, las variedades de

la lengua; sino que, además, juega con la lengua. Desarma la lengua, corta la lengua. Y con ese hilo de baba, con esas micropartículas infectadas, traza senderos problemáticos. Esta antología recorre nuestros territorios sedientos, proponiendo otros *locus* (no ya o no solo desde el centro porteño de autoridad académica), otras voces roncadas y carrasposas que se preguntan: ¿otro mundo es posible? ¿Qué poéticas y qué políticas podemos disputarnos?

Esta antología es también un manifiesto punk, un piquete contra los militantes de la RAE y la nueva yuta lingüística. Este libro es un problema y una posibilidad.

ENTRE LENGUAS

Daniela Catrileo*

Una lengua torcida una lengua porfiada
suelta montada tejida sobre otras

lengua mixturada

lengua sin lenguaje

lengua sin canon

lengua materna lengua infante

* Me llamo Daniela Catrileo, nací en Santiago, Chile/ Ngulumapu. Soy escritora mapuche, me dedico a la docencia de Filosofía y Literatura. Formo parte del colectivo mapuche Rangĩntulewfũ y del equipo editorial de *Yene Revista*. He publicado los libros *Río herido* (2016), *Guerra florida* (2018) y *Piñen* (2019) y las plaquetas *El territorio del viaje* (2017) y *Las aguas dejaron de unirse a otras aguas* (2020).

lengua que puede bailar y lamer
lengua deslenguada animala
in-humana lengua que pueda cavar otras lenguas

lengua selva lengua río lengua montaña

Ay, esta lengua mar, lengua pueblo
lengua bosque lengua pez
lengua cuchillo lengua puñal

Esta lengua que no es mía ni tuya
que es de todes y de ningune

Tengo esta lengua que se me arranca
que quiere escribir
que quiere dejar de hablar
que quiere arrancarse
lengua que en vez de manos
lenguas en los ojos

[y es que nos dejaron sin ojos]

lengua amante lengua en los muslos

lengua que devora

lengua que se traga así misma

lengua escapista lengua emancipada

lengua sin partido ni marido

lengua antiyuta lengua fuego

lengua que prende barricadas

lengua que saquea el orden de las lenguas

lengua R E V U E L T A

lengua que anda en manada con otras lenguas

lengua zurcida y recuperada

lengua que cacerolea y canta

lengua para que nunca más

lengua sin héroes

lengua del pueblo unido

lengua desobediente

que balbucea camino a la boca

lengua degenerada

torcida declinada dislocada fracturada

lengua molo & semilla que explota

lengua contra-corriente

lengua que no se muerde

lengua que salta torniquetes

lengua con jumper

lengua suelta

lengua acéfala

lengua torcida

ríos de lenguas

calles torrentosas

lengua de calidad

lengua gratuita

¡Por el derecho a la lengua!

lengua culebra lengua elefanta

¿Cómo es la lengua de las ballenas?

lengua erótica lengua deseo

vernácula extranjera migra

lengua callejera lengua territorio

lengua afilada

lengua fronteriza & transfronteriza

mala lengua

lengua por todas las lenguas

para que nunca más sin lenguas

lengua que no se calla

lengua contra la mudez

lengua que testimonia

lengua que saborea

lengua memoria

colectiva lengua

lengua insumisa

¡Que vuelvan las lenguas!

lenguas a la calle

lenguas sin jaulas

pon tu lengua en mi lengua

seamos millones de lenguas

(no eran 30 pesos, eran 30 lenguas)

lengua que imagina que piensa
que sueña que ama
que desea que arde

tanto me arde esta lengua
lengua ardor arde quema lengua
lanzalenguas

lengua lumpen
lengua india
lengua flaute
lengua niño

lengua puta maraca
pero nunca paca

lengua sangre
lengua pulsión
corazón de lengua
corazón en la lengua

Estas lenguas que nos gritan

lengua quiltra lengua huacha
lengua cuerpo
florece brota

cuerpo lengua
que se levanta lengua que lucha
lengua para mañana.

LENGUA VIVA, DISTURBIOS SOMÁTICOS, ¿DESEO DE NORMALIZACIÓN?*

val flores**

El clamor de una revuelta en la lengua arrecia hoy a las instituciones, a los medios de comunicación y a la sociedad en su conjunto. Tumultuosidades inasibles del habla y la escritura, de las identidades y los cuerpos, se hacen sentir con el uso extensivo de la *x* o de la *e*. Picaduras enervantes y blasfemas

* Texto presentado en el panel "Lenguaje inclusivo, lenguaje binario ¿una moda juvenil?". Diplomatura de Educación Sexual Integral, Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, 2 de noviembre de 2019.

** Escribo como práctica vital, acompaño el despliegue torcido de la voz y la humectación de la lengua en talleres de escritura, vivo (en) la teoría como una ex maestra apasionada por los modos fugitivos del pensar, rumoreo el feminismo como desencanto crítico y activo la disidencia sexual como epistemología erótica.

en la institucionalización del consenso y las normas lingüísticas de la RAE, que vienen a alterar los hábitos gramaticales de cómo decir los géneros y a politizar todo gesto enunciativo. Lejos de una moda juvenil, estamos viviendo una convulsión lingüística que es la expresión material de intensos conflictos en torno a la (des)organización de los cuerpos y las nuevas formas de habitabilidad de las identidades sexuales y de género que han propiciado las luchas sexopolíticas de los feminismos y la disidencia sexual con la masificación que han experimentado en los últimos tiempos.

Siempre que hay movimientos sísmicos en las estructuras sociales rápidamente se los busca encapsular en un evento pasajero para contener y disciplinar su fuerza disruptiva. Incluso, si tal fuera su condición, efímera y contingente, los efectos no lograrían anudarse a una conceptualización tan clara y precisa.

Este combate en el territorio de la lengua, a partir del cual diferentes prácticas científicas, periodísticas, literarias o filosóficas se ven desbordadas por la interferencia en las convenciones lingüísticas, encuentra una historicidad en los feminismos. La teoría feminista llamó la atención sobre las arbitrariedades y censuras que esconde la convención de un lenguaje supuestamente imparcial (genérico) que oculta las asimetrías de género. Ya había revelado lo tramposo del recurso de la universalización del masculino que, entre otros planos, se expresa en la gramática.

De esta manera, la lengua como una tecnología de gobierno del género exhibe su radical condición inestable, histórica y variable, dando lugar hoy a construcciones lingüísticas que con el uso de la *e* y la *x* hasta resultan entre el equívoco y cómicas, como “mi gate nueve” (para decir “gato nuevo”, pero que bien podría ser el gato número nueve), y a infinidad de notas al pie en escritos académicos y periodísticos

que argumentan la estrategia usada para sacudir una ontología del género signada por la clásica dicotomía (exclusiva y excluyente) del par antagónico femenino-masculino.

Justamente, porque estamos en estado de convulsión de la lengua, es que no podemos dejar de interrogar los movimientos que esas irrupciones inscriben en la materialidad del lenguaje. Bajo un telón de fondo que radicaliza una pulsión por la normalización lingüística con el uso compulsivo de la *e*, la insistencia en estabilizar el género en los nombres y el apremio por plegarse a una única posición de habla uniformada por las reglas socio-comunicativas, me propongo pensar una serie de problemas que emergen de estos desplazamientos y que se vinculan a las cicatrices lingüísticas, la relación entre escritura y pensar, y a los giros de las palabras en ciertas coyunturas históricas. Problemas que se modulan en una serie de tres preguntas:

¿cómo las irrupciones del lenguaje inclusivo que sacuden el binarismo de la lengua corren el riesgo de eliminar la vocación poética del lenguaje, esa que inscribe la singularidad del decir, más propensa al desvío y la interrupción?

¿cómo las irrupciones del lenguaje inclusivo no terminan por clausurar la potencia del desorden ni alivian el conflicto que supone un lenguaje que sabe de restos, de fallos y equívocos?

¿cómo las irrupciones del lenguaje inclusivo con el uso compulsivo de la e o la x, no tienden a borrar las cicatrices lingüísticas que habitan en la carne de las palabras de la disidencia sexual?

¿cómo las irrupciones del lenguaje inclusivo que sacuden el binarismo de la lengua corren el riesgo de eliminar la vocación poética del lenguaje,

esa que inscribe la singularidad del decir, más propensa al desvío y la interrupción?

Interferir las políticas lingüísticas implica asumir una política de la incomodidad que da lugar a la singularidad en la toma de la palabra como un asunto heteróclito, multiforme y extraño. La lengua como proceso de subjetivación no asume solo un mundo representado, también implica el desvío, las formas abyectas, el rodeo y la interrupción como gestos imprevisibles y de ambigüedad, que hacen que toda política del nombrar esté en fuga de sí misma. Lo que está en juego en estas batallas lingüísticas es la vocación poética del lenguaje, esa que manifiesta la capacidad imaginaria y creativa, con sus intromisiones eróticas y disyunciones estéticas, sus márgenes de riesgo y aventura que no se extinguen en una definición taxativa.

Por eso mismo, estas irrupciones del lenguaje inclusivo no pueden quedar amarradas unívoca

ni linealmente al lenguaje instrumental propio del campo comunicacional, con sus requisitos restrictivos de claridad y transparencia que prescribe protocolarmente el uso mayoritario de la lengua, si pretende que lo múltiple y discordante, que escapa a cualquier molde, atadura o sujeción, sostenga las potencias de desorden contenidas en las disidencias sexuales.

En la introducción del libro de Dahbar, Cancedo y Song, *¿Qué hacemos con las normas que nos hacen?*, titulada “Lo que se cifra en el nombre”, se afirma: “Discutir, impugnar o hacer estallar el género, es desde luego un problema para el lenguaje toda vez que el lenguaje es un problema para el mundo. Estaremos más cerca de otras aperturas y otras desobediencias cuando la escritura que dice el mundo (y no solo la que dice el género) se pregunte por los modos del nombrar, o, lo que es lo mismo, asuma su carácter performativo, esto es, poético”.

A su vez, en estas vertiginosas transformaciones producidas en el marco de una política del shock neoliberal en nuestro contexto, no solo se rearticuló el concepto de feminismo a partir de las manifestaciones multitudinarias, sino también el de disidencia sexual sufrió sus propias mutaciones. En el marco establecido por el lenguaje liberal y de derechos durante la coyuntura del kirchnerismo, el movimiento LGTBTTTIQ era usualmente homologado a “la diversidad sexual”. Disidencia sexual expresaba, para un sector minoritario del movimiento, una operación política de cuestionamiento a los procesos de normalización sexogenérica, en articulación siempre compleja y no transparente entre políticas económicas, culturales, sanitarias, educativas, artísticas, entre otras, sin adscribir a una identidad específica. Es decir, disidencia sexual era un modo de pensar la política sexual como inherente a cualquier política, sin

sucumbir al parcelamiento liberal en programas específicos o de cupo.

El cambio de coyuntura con Macri en el gobierno movió los términos y rápidamente cambió su sentido, intensificando la circulación de la disidencia sexual desde una activación sustancializante. Así, aparecieron los “cuerpos disidentes”, las mujeres y “las disidencias”, como una forma de nombrar las identidades no heteronormativas. En consecuencia, “disidencia” pasó a denominar una propiedad del cuerpo, en una nueva ontologización identitaria, con un borramiento de su especificidad diferencial como es lo “sexual” y un activismo que abandonó el significante de diversidad para usar la disidencia como posición política de oposición a un gobierno, suprimiendo su índice crítico de los modos de (des)hacer, tanto de las normas sexuales, raciales, de género, de clase, capacitistas, como también de la homonormatividad racista imperante.

Aquí cabría una pregunta por el lenguaje de nuestras acciones, sobre esa compulsión y obligación a converger en lo masivo como si fuera el único horizonte de comunicación deseable. Ante las políticas del acuerdo comunicativo y su idioma promedio, que castiga los desvíos de la lengua, ¿qué sucede con las hablas feministas más cercanas a la opacidad, lo refractario, lo no traslúcido, errabundas en sus trayectos de sentido, desafiadas de la serialización discursiva? ¿Qué operaciones del lenguaje articulan hoy la capacidad del pensar disconforme feminista y de la disidencia sexual, que desmoronan el poder sedante de los modelos textuales y visuales normalizados e higienizados de los medios, las disciplinas científicas y las instituciones estatales?

Preguntas que aparecen como resaca reflexiva y vienen a perturbar el idilio del triunfo mediático, para que la aventura viva de los feminismos no coagule en un corsé conceptual, ni en consignas

repetibles, ni en una versión desexualizada o esterilizada del pensamiento y la práctica feminista.

¿cómo las irrupciones del lenguaje inclusivo no terminan por clausurar la potencia del desorden ni alivian el conflicto que supone un lenguaje que sabe de restos, de fallos y equívocos?

Nelly Richard, en un texto presentado recientemente, se interrogaba por las “disidencias de identidad”, provocando un desplazamiento crítico desde las identidades disidentes. Afirmaba: “Entiendo por ‘disidencias de identidad’ aquellas fisuras que, al interior de toda construcción de sujeto o grupo, rompen la definición segura de una pertenencia asignada y delimitada: las mujeres, los gays, las lesbianas, los trans, etc...”.

El feminismo como teoría crítica no puede ignorar la existencia de estas fisuras, sus juegos de

ambivalencia, paradojas e indeterminación, a la hora de pensar sobre la relación entre identidad y subjetividad como un trayecto siempre fragmentado, inestable. Así, siempre atenta a las nuevas ordenanzas gramaticales, Richard se pregunta cómo comportarse frente al lenguaje inclusivo desde la rebeldía —escritural— de un feminismo que rehúye someterse a una normativa lingüística, desde un feminismo que sería deseable que luciera una proliferación y variación de estilos para oponerse a la ortodoxia de la lengua recta como único modelo en el que confía el activismo militante de la denuncia, la protesta o la reivindicación.

Jack Halbertsam, ante la proliferación incesante de nombres identitarios y la incorporación de nuevas palabras, sugiere ver el lenguaje como “un ecosistema cambiante dentro del cual las palabras pueden volar, caer o no logran transmitir su mensaje, pero también como un ecosistema en el cual las palabras

pueden flotar sobre la multiplicidad a la que apuntan”, de manera que nos libera de la tarea mundana —y normativa, agrego yo— de simplemente encontrar el nombre correcto.

Mientras la *x* (otra marca del lenguaje inclusivo) conserva el enigma de un llamado a lo desconocido, a lo incontable de una multiplicidad que no se deja ordenar, la *e* (de “todes”) parece conformarse con que las identidades antes sobrantes se reconozcan ahora en lo abarcador de una fórmula de contención. ¿Por qué el excedente de la disidencia sexual tendría que mostrarse conforme con la idea de caber —sin desbordarla— en una sola letra? ¿Cómo no obstruir la fuerza de extrañamiento (desde las rebeldías del deseo hasta las pulsiones escriturales) que le permiten al feminismo no parecerse siempre a sí mismo?

¿cómo las irrupciones del lenguaje inclusivo con el uso compulsivo de la e o la x, no tienden a borrar las cicatrices lingüísticas que habitan en la carne de las palabras de la disidencia sexual?

Pensar acerca de las cicatrices de la lengua es sostener el presente y la memoria de las heridas que surcan nuestras lenguas ocasionadas por las vejaciones históricas de los órdenes heteronormativos, androcéntricos y coloniales de la cultura. Una cicatriz que pica, nos dice Elena Basile, es leída como un signo de la piel que ha comenzado a curarse. Esa comezón denota tanto la impaciencia de la piel para retornar al cuerpo a un estado de integridad, y la tozuda persistencia de la sangre seca, los remanentes de su derrame que dan testimonio de la violencia pasada del cuerpo: un recordatorio del trauma tanto como una protección de él.

¿Cómo sostiene la e de “todes” una memoria residual de la perversión gramatical que han ensayado

las disidencias sexuales? ¿Cómo el lenguaje inclusivo no anula la contingencia material de los choques y antagonismos que habitan el idioma? Podemos pensar en la *a* de la “loca” que escenificó la homosexualidad como des-compostura del género, como contraseña de identidad desviada. O la huella de la *o* en el pronombre que para muchos varones trans o transmasculinos supuso una gesta biográfica de luces y sombras, o en la *a* de un pronombre femenino excedido por la masculinidad de una lesbiana chonga que prefiere habitar su expresión de género desertando de la coherencia identitaria.

Halberstam analiza la poderosa naturaleza de nombrar, de reclamar un nombre o de negarlo y, por lo tanto, de permanecer innombrable. Advierte que las formas coloquiales de expresión y definición de identidades no son necesariamente menos reguladoras o están menos comprometidas con las normas que otros modos de clasificación. La nueva visibilidad

para cualquier comunidad dada tiene ventajas y desventajas, responsabilidades y potencialidades. Con el reconocimiento viene la aceptación, con la aceptación viene el poder, con el poder viene la regulación. Las nuevas articulaciones de la experiencia de la ambigüedad de género, en otras palabras, facilitarían la vida de muchas personas (personas adultas transgénero, pero también sus padres/madres o sus criaturas, sus amistades, sus amantes), pero a la vez podrían tener consecuencias imprevistas al exponer a personas que pasaban inadvertidas a nuevas formas de escrutinio y especulación.

En este sentido, Alejandro Modarelli trae a la memoria las cicatrices lingüísticas de esa lengua clandestina del niño mariquita con la que se forjó su existencia en un marco de hostilidad patologizante. Ante la claridad obligatoria pretendida por la lengua del Estado y los dispositivos institucionales que ahora abogan por las buenas prácticas, reivindica el

“derecho a no ser entendido, a no ser transparentes”. Nos dice Modarelli: “Perdí mi lengua secreta, indiferente a las diferencias de los sexos y de los textos, habitada de hembrerías; un lenguaje que era feliz en su barroca marginalidad, precisamente porque no era descifrable por la lógica armada de los adultos”.

En este disturbio somático que hace de la lengua un agenciamiento vivo del (des)decir, nos urge interrogarnos por los deseos de normalización que siempre acechan los procesos de convulsión nominativa. El uso de la *x* y la *e** insisten en la indecibilidad del género, en la imposibilidad de reducirlo a dos categorías estables frente a la

* Pero a diferencia de la *x*, el uso de la *e* también es favorable a una comunicación contracapacitista puesto que puede interferir tanto en la escritura como en la dicción, incluida la de softwares lectorparlantes de pantallas (Theumer, 2018).

multiplicidad de experiencias sexogénéricas que habitamos. El desafío, más que universalizar una estrategia lingüística, tal vez se trate de mantener y encarnar esa tensión, tal como se señala en “Lo que se cifra en el nombre”: “No normalizar esa escritura, no tomar ninguna decisión al respecto, o entregarse al juego, para mostrar —incluso como signo de época— que no es posible pero tampoco deseable normalizar ese registro, so pena de incorrección en la política de los géneros. Para que finalmente esa la opacidad del lenguaje aparezca en toda su potencia pero también en toda su violencia”.

En general, es fácil estar en desacuerdo con los confusos y tendenciosos efectos de los modelos de pensamiento binario, es fácil señalar lo que debemos pensar al respecto y cómo hablar, sin embargo, son menos quienes son capaces de decirnos cómo acometer dicha tarea, los hábitos y las prácticas afectivas que ello conlleva para que no se vean

sometidos a fórmulas y modelos prescriptivos. Sedgwick nos habla del trance inherente de estos intentos: “Siempre he dado por hecho que el trabajo más útil que se puede hacer a este respecto probablemente se encuentre cerca de los límites de lo que una escritora o escritor no imagina que vaya a decir fácilmente”.

El lenguaje se escabulle incesantemente. Según Theumer, el “lenguaje inclusivo” es sencillamente una imposibilidad. Más que pretender un uso totalizante de una estrategia político-lingüística, atendamos a los usos situados y contextuales de esas irrupciones, que no impugnen las fallas en los regímenes de inteligibilidad del género, sino que la haga zona contraproduktiva y de revuelo discordante, antes que hacerla sucumbir al intento de estabilizar las fluctuaciones en el significado, en la escritura y en las identidades. Porque el lenguaje inclusivo solo no alcanza para ensayar un

pensamiento y una escritura no binarias. Entonces, como punto final recupero esa condición plástica, tan imprevista como imprecisa de toda lengua viva, que se inscribe en el asterisco, porque, tal como afirma Cabral, “el asterisco, que no aparece siempre y en todas partes, no se usa para todo, ni tod*s lo usan, por lo tanto, no se impone. De todas las cosas, Esa. Esa es la que más nos gusta”.

Referencias bibliográficas

Basile, E., “Cicatrices lingüísticas que pican. Pensamientos sobre traducción como una poética de curación cultural”, *DeSignis*, nro. 12; también en P. Calefato y P. Godayol (coords.), *Traducción/Género/Poscolonialismo*, Buenos Aires, FELS - La Crujía, 2008.

Cabral, M. (ed.), “Asterisco”, en *Interdicciones. Escrituras de la intersexualidad en castellano*, Buenos Aires, Anarres Ediciones, 2009.

- Dahbar, M. V.; Canseco, A. y Song, E. (eds.), “Lo que se cifra en el nombre”, en ¿Qué hacemos con las normas que nos hacen? Usos de Judith Butler, Córdoba, Sexualidades Doctas, 2017.
- Halberstam, J., *Trans*. Una guía rápida y peculiar de la variabilidad de género*, Madrid, Egales, 2018.
- Modarelli, A., “Las locas de Babel: pasado y futuro del lenguaje inclusivo”, suplemento “Soy”, *Página/12*, 29 de marzo de 2019.
- Richard, N., “De las ‘identidades disidentes’ a las ‘disidencias de identidad’”, texto presentado en el panel “Disensos al feminismo”, 5° *Circuito de Disidencia sexual. Feminismos disidentes*, Santiago de Chile, 23 de mayo de 2019.
- Sedgwick, E. K., *Tocar la fibra. Afecto, pedagogía, performatividad*, Madrid, Alpuerto, 2018.
- Theumer, E., “¿Lenguaje inclusivo o incisivo?”, suplemento “Soy”, *Página/12*, 10 de agosto de 2018.
- val flores, “Deseo de feminismo... o el desencanto como crítica”, texto presentado en panel “Disensos al feminismo”, 5° *Circuito de Disidencia sexual. Feminismos disidentes*, Santiago de Chile, 23 de mayo de 2019.

¡ADENTRO!*

María Moreno**

¡Ah tiempos en que la e cuestionada era la del “Eh...” o “Este...”!, muletillas con las que se ganaba tiempo, cuando la lengua no fluía en metáforas seductoras durante un levante o cuando, durante un examen, se había sacado la bolilla fatal. El lenguaje inclusivo fue el hit de las últimas semanas aun en los programas de televisión, de esos que proponen un habla sin subordinadas, chata y de tamaño tuit, en nombre de millones de destinatarios supuestamente cortos de

* Contratapa de *Página/12*, Buenos Aires, 9 de febrero de 2020.

** María Moreno es una contraseña, un alias o un heterónimo entre varios. Me suelen leer como escritora, cronista y/o crítica cultural. Me hubiera gustado que me llamaran “analista de los goces” si la palabra “análisis” no me evocara la materia fecal interrogada y el caduco complejo de Edipo.

conocimiento y a pesar de la sofisticación, el humor y la riqueza verbal de las hablas populares. Valiosísimas son las intervenciones en redes del llamado *Observatorio latinoamericano de glotopolítica*, dirigido por Diego Bentivegna y encomiable su presencia constante, capaz de extraer las políticas *de la lengua y en la lengua* de cualquier moda y presión de mercado. Y circula un breve pero sustancioso libro editado por Godot llamado *La lengua en disputa. Un debate sobre el lenguaje inclusivo* que registra la polémica entre la crítica Beatriz Sarlo y el lingüista Santiago Kalinowski. Algunos cruzados de la o en plural se afilian con apuro al argumento de que los cambios en la lengua se hacen en ponchadas de tiempo y suceden “inconscientemente”. Esta irrupción de una expresión psicoanalítica, aun en la boca de muchos detractores del psicoanálisis, pone su sospecha en un uso de la lengua voluntario, político y colectivo ya que como bien dijo Diego Bentivegna, durante

una conferencia, el sujeto que habla el inclusivo no es nunca individual. Fue la *voluntad* de les disidentes sexuales cuando, a través de sus debates orales o/y escritos, sustituyeron la palabra “homosexual” por considerarla perteneciente a la psicopatología médica sustituyéndola por “gay”, “loca”, “puto”, de acuerdo con tensiones argumentales en las que fue fundante la voz del escritor Néstor Perlongher, y en las que, a menudo, se elegía la estrategia de convertir la injuria en orgullo. Y la noción de “gaucho”, tal como la pone de ejemplo Beatriz Sarlo para polemizar con el inclusivo en *La lengua en disputa*, dejó de tener un valor peyorativo y adquirió un valor emblemático de lo nacional —cuando el “enemigo” para los inventores de la Nación pasó de las fronteras internas al puerto de Buenos Aires, según la certera imagen de Jorge Salessi en su libro *Médicos, maleantes y maricas*— por la *voluntad* de un conglomerado de elite, que, desde estrados que iban

desde la Presidencia de la República a las cátedras de Medicina y Psiquiatría, discutió su valor. El gaucha de las “gauchadas” no emergió de un día para otro en las ensoñaciones lingüísticas de la Patria sin un conjunto de voluntades dominantes.

Yo, como suelo usar (o ser usada por) el psicoanálisis cuando intento la intervención crítica, sé que los hablantes no suelen decir lo que planeaban, diciendo otra cosa ante la que son ellos los primeros sorprendidos, que los lapsus, los “errores” y los silencios no tienen gramática a respetar ni lengua que domar y entonces me gusta cuando la *e* se me escapa. Pero, ya que estamos en veta *psi*, no deja de ser significativo que sea “todes” la palabra que más despertó el repeluz purista. Justamente una palabra de máxima inclusión en tiempos de un gobierno que proponía una política popular con quita de privilegios y aumento de derechos. Tampoco “femicidio” fue una mera inclusión caída por su peso ante la proliferación

de crímenes cometidos sobre mujeres, englobados en “homicidios”. La antropóloga Rita Segato fue la teórica que llevó la palabra a toda su potencia política. Para ella, tipificar el femicidio, develar sus tramas estatales, mafiosas, políticas es impedir su privatización, es decir, su lectura como una excepción que, aunque múltiple, no constituiría más que un “caso”.

No jodamos. Es evidente que no nos peleamos por vocales ni por palabras. “No molesta el lenguaje inclusivo, lo que molesta es el feminismo”, cope-teaba el diario *El Tribuno* del 26 de enero de 2020, en una entrevista a la escritora y docente Elena Bossi, que recomiendo.

Otros cruzados de la o plural se apoyan en la teoría de la bola de nieve, tan cara a la derecha, por la que un fumador de marihuana pasaría rápidamente a la cocaína, y de ahí a la heroína, y de ahí a la muerte, sin dejar de arrastrar en sus consumos a una multitud en avalancha; un aborto llevaría a

otro y así siguiendo hasta la desaparición de la familia. De e en e quién sabe lo que podría suceder: ¿¿¿¿¿!!!!!!la caída de la lengua nacional!!!!!!???? Ojalá las políticas emancipatorias tuvieran la velocidad de radicalización y de preñancia que la derecha les adjudica.

Y están los detractores que, sin ser cruzados de la o, consideran cosmético el inclusivo, en nombre de una radicalidad mayor. Por ejemplo, cuando se otorgó el derecho de ser padres/madres a parejas del mismo género, las protestas vinieron de ciertos compañeros de ruta. Con las banderas del chorro divino Jean Genet o del Pasolini de los *ragazzi di vita* cacarearon: “¡así que ellos también querían ser padres!”, es decir, hicieron gala de lo que la escritora lesbiana Sheila Jeffreys llama “la incertidumbre radical” según la cual, detrás de una filosofía de alta retórica que niega, en nombre de un más allá revolucionario virtual, la demanda concreta de una comunidad

discriminada, se oculta la necesidad de que *el otro* siga encarnando precisamente al otro —disidente, nómada, maldito, fuera de la ley— capaz de garantizar por contraste el modelo de *lo mismo*.

El lenguaje inclusivo abre a otras inclusiones: no constituye un límite.

No querés e, nadie te obliga

Dellado de la *e* deberíamos atender, en nuestra crítica al purismo, en este caso de la lengua, a nuestras propias basuritas argumentales. En la mayoría de los debates abunda la insistencia, casi de letanía conserva, de que “no se tocaría la gramática” como quien promete no tocar el Palacio de Invierno; otra que parece centrarse en los géneros de hombres y mujeres bio y otra en la “igualdad”, palabra precaria para ciertos feminismos que desean jaquear los términos de la política misma, de la vida. Y que se diga que la *e* no es una obligación no basta.

El proyecto de crear una guía de lenguaje inclusivo para la administración pública anunciado por la ministra de las Mujeres, Políticas de Género y Diversidad Sexual de la provincia de Buenos Aires, Estela Díaz, llevó a algunos “compañeros de ruta” a tildar la medida por poco de facista.

Pero, ¿es posible confundir un proyecto de reconocimiento con una “obligación”?

La líder travestiarca Lohana Berkins solía contar de cuando trabajaba en la Legislatura:

—En la puerta de admisión se pedía el documento. Entonces un día llegaban travestis que se llamaban —por decir cualquier cosa— “Pantaleón Roldán Pérez y Gauna”, nombre y apellidos que eran violentamente contrapuestos a sus famosos nombres de “Julia Roberts” o “Liza Minelli”. Entonces el tipo de la entrada me llamaba y me decía: “Está el señor Pantaleón Roldán Pérez y Gauna”. Ahí yo bajaba y le decía al tipo: “Está bien que ellas tengan que dar el

documento, pero a mí me parece que usted debe respetar su identidad y preguntarles cómo se llaman”. Entonces de ahí se comenzó a registrar el nombre del documento, pero al mismo tiempo se preguntaba “su nombre, por favor”.

Pedagogía de *reconocimiento*, no *obligación*: eso es lo que transmitía Lohana.

Otro día la seguimos pero mientras tanto, ¿en qué quedó aquello de que Pol-ka patentó “femicidio” y “no es no”. Guarda con la *e* que, si la lengua no tiene dueño, una empresa te puede comprar hasta las vocales. ¿O no?

VIDALITA, VIDALITA

Susy Shock*

Pueden gritarme mucho
tanto que ardan orejones
pero para callarme
van a sudar montones

* Soy artista trans sudaca, hija de hija de padre pampeano y madre tucumana, con más de treinta años de actuación, canto y escritura. En 2007, edité mi primer libro de y en el 2011, *Relatos en Canecalón y Poemario trans pirado* (todos en Ediciones Nuevos Tiempos). Recorro el país y el extranjero con mi *Poemario trans pirado* (espectáculo de canciones y poesías). En 2014, edité mi primer disco de folklore *Buena vida y poca vergüenza* y, en 2019, el segundo: *Traviarca*, junto a la Bandada de Colibríes, con quienes comencé una gira nacional e internacional. En el 2020 seguí con las giras y realicé presentaciones en formato acústico con el *Poemario Transpirado*.

Vidalita vidalita
contra machitos cabrones
esos que hacen las guerras
capitalismo y dan golpes

Vidalita vidalita
contra obispo y patronos
lo aprenderán de a despacio
lo entenderán de a empujones

No es la venganza una amiga
es decantar los dolores
para que surja otra vida
diversidad de a montones

Tal vez no entiendan mucho
por qué de sol mutó a luna
abrir los ojos gorriones
la miradita no es muda

Vidalita vidalita
vidalita de otros tiempos
de muxes y de sombras
que a la luz van desvistiendo

Vidalita vidalita
vidalita de este tiempo
de niños y niñas
que pueden ir eligiendo

LA VOLUNTAD DE INCLUSIÓN. PREGUNTAS, MÁS PREGUNTAS*

Emmanuel Theumer**

A finales de octubre de 2020 asistimos a un episodio que tan solo unos meses atrás hubiese resultado impensable: la Real Academia Española (RAE) introdujo “ellos” en su Observatorio de Palabras.

* Comencé a trabajar este texto en “¿Cómo empezó tode?”, suplemento *Soy, Página/12*, Buenos Aires, 21 de septiembre de 2018 (<https://www.pagina12.com.ar/133908-como-empezo-tode>). Desde entonces lo he sometido a sucesivas reescrituras al calor de debates y acuerdos en variados paneles, disertaciones y posibilidades de publicación. Si me interesa realizarle borraduras, tacharlo, expandirlo o recortarlo es porque encuentro allí la condición lúdica del aprendizaje y también la propia inestabilidad de lo que contará como un “lenguaje inclusivo”.

** Activista marica-feminista. Docente e investigador de la Universidad Nacional del Litoral. Mis líneas de trabajo están centradas en el estudio de los movimientos de disidencia sexual y de género.

Según el organismo, *elles* se refiere a “un recurso creado y promovido en determinados ámbitos para aludir a quienes puedan no sentirse identificados con ninguno de los dos géneros tradicionalmente existentes. Su uso no está generalizado ni asentado”. La incorporación en el Observatorio se viralizó como un visto bueno hacia el avance del uso del lenguaje inclusivo en nuestra comunidad. Pero la celebración duró muy poco y las reacciones no tardaron en aparecer. La RAE acabó retirando el término para “evitar confusiones” dejando abierta la posibilidad a “futuras valoraciones”*. Pero, ¿qué tipo de operación es esta que introduce un término observable y vertiginosamente lo borra del campo semántico?, ¿cómo es que la RAE dejó de observar aquello que había identificado como una unidad observable? ¿Qué “confusiones” son las que habría que evitar?

* <https://www.pagina12.com.ar/303082-la-rae-saca-elles-de-su-observatorio-de-palabras>.

Si, como afirma Donna Haraway, importa qué historias crean mundos, qué mundos crean historias, podríamos preguntarnos ¿qué mundos estamos construyendo quienes alzamos la voluntad de inclusión a través de la lengua? ¿Quiénes nos inter-constituimos a través de las prácticas de lenguaje inclusivo? ¿Qué cuerpos traemos a escena cuando abrazamos la exigencia de la inclusión a través del lenguaje?, mejor aún, ¿quién entra y quién sale en esta operación contenciosa de la lengua? ¿Qué es lo que estamos haciendo cuando damos la bienvenida a todes? ¿Podríamos pensar el lenguaje inclusivo como una política democrática radical?

Para incursionar en estas preguntas quizás resulte conveniente introducir al menos dos cuestiones:

En primer lugar, los actuales debates en torno al “lenguaje inclusivo” tienen lugar en un escenario de creciente movilización feminista internacional. En tal escenario, el sujeto político “mujer” ha

demostrado su extraordinaria capacidad aglutinadora y movilizante. Al mismo tiempo, en algunas regiones su desontologización/desustancialización ha permitido expandir las fronteras corporales del feminismo haciéndolo expresivo para travestis, transgéneros, no binaries, maricas, lesbianas y un amplio etcétera que muestra la radicalidad democrática del movimiento. En este escenario el “lenguaje inclusivo” tiende a promoverse como una narrativa civilizatoria que anuncia la retirada de convenciones lingüísticas hetero-cis-patriarcales y ofrece una versión redentora, cuando no superadora, de la comunicación necesaria para una sociedad de avanzada. Sin embargo, los diferentes usos de “todos/as”, la *x* o la *e* (a veces para incluir feminidades, a veces como tercer género, a veces como un nuevo universal pangénérico inclusivo...) nos indican que el “lenguaje inclusivo” es una superficie de conflictos en el interior de los feminismos y los movimientos de disidencia sexual y de

género. ¿Es el lenguaje no-sexista tan solo un modo de visibilizar a las mujeres cis-género? O ¿podría el lenguaje no-sexista volverse un mecanismo incisivo que ya no tome la diferencia sexual como referente de sus enunciados?

En segundo lugar, es obligatorio co-textualizar el desarrollo de un contra-movimiento autodenominado “contra la ideología de género”. Esta contraofensiva insiste en el retorno a un estado societal heterocispatriarcal que se opone a derechos sexuales y (no) reproductivos, la educación sexual, la despenalización del aborto, el matrimonio entre personas del mismo sexo y el reconocimiento de la identidad de género. Su oposición a una comprensión fluida del género es paralela a una rancia defensa de la diferencia sexual como evidencia natural inevitable. Bajo este contexto, el “lenguaje inclusivo” es denunciado como aberración ideológica y síntoma de la decadencia nacional-civilizatoria. Si

consideramos la lengua como un acuerdo social, aquí las políticas del lenguaje inclusivo disputan la firme reproducción de la estructuración del género a través de prácticas lingüísticas. Esa disputa, en tanto posibilidad, es la de abrir un nuevo código sexo-semiótico capaz de alojar las entidades vivientes de comienzos siglo.

Un presunto universal no-marcado

Un primer capítulo de esta historia política lo encontramos en la crítica feminista que emerge en los años setenta para denunciar las marcas masculinas de nuestra lengua castellana. Esta objeción apunta a un conjunto de operaciones mediante las cuales nuestra lengua se presenta como “neutral” pero reuniendo sucesivas referencias hacia los varones y negando a las mujeres. Cuando las feministas abrieron el “todos” para interrogarse dónde estaban las mujeres, cientos de relatos,

incluidos algunos revolucionarios, volaron por los aires. Al hacerlo, avanzaron hacia una comprensión de la lengua como una tecnología de gobierno del género. Esto permitió disputar tanto la exclusión como la subordinación moral, biológica y jurídica de las mujeres. Jerarquizaciones que la propia lengua arrastra y actualiza al tomar como referente privilegiado a los varones. Aunque este análisis crítico ha sido ampliamente difundido, menos conocido es que fue una argentina, Delia Suardíaz, una pionera en problematizarlo en 1973. Suardíaz analizó el modo en que las mujeres estaban ausentes en diversos usos sexistas de la lengua castellana y apostó a la necesidad de un cambio lingüístico.

Qué historias crean mundos

Un segundo momento, precipitado en los últimos años, es el que se desprende como crítica *cuir* y *trans* a los esencialismos. Aquí ni un sexo, ni dos

sexos —ni todos, ni todos y todas— pueden ser la condición fundante de un “lenguaje inclusivo”. Tales usos advierten que el lenguaje es finito y reduccionista en sus marcaciones masculinas o en su dosis de visibilidad femenina. Pero también advierten que es la propia lengua la que permite interferir en algunas certezas con las que nos manejamos, en esa suerte de “seguridad ontológica” mediante la cual tendemos a percibirnos como varones o mujeres. El cuestionamiento se dirige hacia la limitación de la bicategorización del género tratando de traer a escena variaciones que son irreductibles a la comprensión hetero-centrada. El uso de la *x* y la *e* insiste en la indecibilidad del género, en la imposibilidad de reducirlo a dos categorías estables, en la multiplicidad de experiencias que habitan los cuerpos que han amortiguado los resortes disciplinarios de la diferencia sexual. El uso de la *e* también es favorable a una comunicación

contra-capacitista puesto que puede interferir tanto en la escritura como en la dicción, incluida la de softwares lecto-parlantes de pantallas. La nuestra es, fundamentalmente, una disputa por las convenciones lingüísticas con las que vamos a pensarnos en comunidad.

De carácter efímero, al menos durante unas horas, para la RAE pareció ser posible, vivible y deseable habitar modos disidentes ante la diferencia sexual. Una bi-anatomía que María Lugones comprendió como propia del sistema moderno-colonial del género. ¿Acaso la sucesiva interferencia del lenguaje inclusivo no podría pensarse como una práctica descolonizante de dicha diferencia sexual al trastocar su sedimentación en las normas gramaticales? ¿No es eso lo que está en juego al profanar las normas generizadas de la lengua colonial? Una lengua que históricamente desestructuró complejas redes de sentipensares indígenas al tiempo que desplegó,

tomando como eje el dimorfismo sexual, una grilla de ubicación para los cuerpos visibles y no visibles de la modernidad colonial. Querámoslo o no, la apuesta por un “lenguaje inclusivo” nos obliga a posicionarnos políticamente en el uso de una lengua que ideológicamente se presenta como pre-política y neutral pero cuyas raíces son coloniales y biopolíticas.

Cuando damos la bienvenida a todes tomamos distancia de una presunción normativa del género que ofrece una bipartición del público en “varones” y “mujeres”. Esta apuesta política quizás ha sido la menos comprendida por quienes ven en los usos de “todes” una nueva invisibilización de las mujeres cis, operación que según algunos marcos jurídicos podría ser imputada de inconstitucional. Pero no se trata de anteponer la visibilidad trans a la de las mujeres cis, sino más bien de asumir la imposibilidad de contener a través del lenguaje las múltiples experiencias para con el género y la sexualidad. No

se trata tanto de lograr una nueva versión acabada de la lengua castellana como de introducir fisuras en las convenciones lingüísticas mediante las cuales versiones normativas del género perviven y se actualizan. El “lenguaje inclusivo”, en tanto inclusión total, es sencillamente una imposibilidad. Antes que inclusivo, este es un lenguaje incisivo. Como tal, incita a la sucesiva expansión de los límites con los que vamos a comprender la inclusión. Una micropolítica de la lengua está en juego y labor.

Referencias bibliográficas

Haraway, D., *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*, Buenos Aires, Consonni, 2019.

Lugones, M., “Colonialidad y género”, *Tabula Rasa*, nro. 9, julio-diciembre de 2008, pp. 73-101.

Suardíaz, D., *El sexismo en la lengua española*, edición y notas de J. L. Aliaga y E. Burgos, Zaragoza, Pórtico, 2002.

SI NOMBRARSE ES EXISTIR, HABLO EL IDIOMA DE LOS ÁRBOLES COMO OTRA FORMA DE AUTODEFENSA

Lucas Mostro*

Si nombrarse es existir

Soy un árbol

Ni varón, ni mujer

Árbol

Quieto, solo, en transición hasta la muerte

* Rabia&Cariñitos. Córdoba, 1991. Gordo transmascu-
lino. Activista de la diversidad corporal. Rapero, poeta y
actor. Docente en contextos de encierro y espacios popu-
lares. Agitador y gestor cultural. Su trabajo es una oda a
la amistad, las alianzas no heterosexuales, la reivindica-
ción de la violencia como forma de autodefensa y el cariño
como modo de construir vínculos en este mundo. Participó
a nivel sudaca en diferentes escenarios, festivales, conver-
satorios y propuestas culturales, por la agitación, la visibi-
lización de diferentes frentes políticos, como la lucha por
los derechos de las personas trans, el activismo gordo,

Creciendo y envejeciendo

Lenta y permanentemente

Un árbol tipo palo borracho, gordo, con espinas para defenderme

Un árbol que se desnuda en cada estación

Buscando todo el tiempo una piel nueva

Pero las raíces ahí

Cada vez más aguerridas

Que escriben la historia de niñas que treparon, de vientitos que acariciaron y de adolescentes que escribieron la corteza con gillette

la diversidad corporal, la lucha anticarcelaria y en contra del gatillo fácil, la despatologización de la salud mental, el acceso al aborto, la lucha por los derechos de las trabajadoras sexuales, entre otros. Desde 2016 hasta 2019 formó parte del Club de Gordas Córdoba, el primer colectivo de activismo gordx regional. Desde 2017 forma parte del proyecto de rap trans Mostro&Alan. Desde 2018 es productor del Festival de Hip Hop Transfeminista HH Divergente. Actualmente, es productor del proyecto El Final de los Sentimientos y forma parte del proyecto cultural Casa Revolución y de Torceduras & Bifurcaciones.

Si nombrar es resistir

*Hablo el idioma de los árboles para abandonar el del
cisexismo*

*Hablo el idioma de los árboles como otra forma de
autodefensa.*

Ejercicio escrito en un taller de escritura con val flores. Córdoba, 2018

Sábado 28 de noviembre.

Me acuesto pensando en que tengo que avisar, con mucha pena, que rechazaré la invitación a escribir en *Antología degenerada*.

Ninguna idea interesante, que no sea puro enojo sobre lo que considero “intentos de normalización de las diferencias”, se me cayó de la cabeza.

Por la noche tengo un sueño...

Con muchxs conocidxs, nos encontramos en medio de un encuentro gigante (ya despierto, le agregaré que el encuentro era feminista o algo así).

En medio del evento, organizo una “mesa de escritorxs” para hablarles de una publicación que estamos a punto de lanzar (?).

Entre otrxs que no conozco —quizás porque aún no tuve el placer— se encuentran: en una punta, como en un trono, Lemebel. A su izquierda, val flores; pegadita, Susy Shock. Apurada, entra Gaby Contreras, que pide un escritorio rápido, para poder abrir su compu y que no se le escape una idea que le viene empujando. En la puerta, haciendo fila para entrar, un guardia revisa un bolsito de cuero que trae cruzado Roberto Bolaño. A upa mío, mi amigo Marcos —que ni idea que hace ahí, me digo ya despierto—. Se ríe y me dice: “no le vayas a decir Chavo del 8”. Nos reímos juntos y exageradamente.

Carraspeo y propongo que empecemos. Leo un texto que da inicio a la reunión. Dice así:

Diré que soy un árbol, primero porque se me antoja.

Segundo, porque el árbol es árbol desde que los árboles existen.

El estudio sobre los árboles es un invento humano.

La comunicación con los árboles es una cualidad de la naturaleza.

Diré también, como árbol/humano, que lo único interesante de un estudio es lo que no se logra descifrar.

Lo que pasa entre lxs que se reconocen de la misma especie, es algo que no puede ser capturado. Solo puede ser captado para establecer las comunicaciones necesarias para convivir en el mismo medio.

El código del misterio, para los árboles y para nosotrxs, fue siempre un ejercicio de supervivencia.

El pájaro no necesita ser árbol para poder posarse en él.

El árbol no necesita volar como un pájaro para poder sentirse libre.

Si alguno lo intentara, ya no necesitaríamos de la poesía.

No existiría la resistencia.

Los misterios serían descifrados...

Me despierto y me pregunto: ¿qué significa el lenguaje inclusivo para mí? La verdad, no tengo mucha idea idea, solo una frase me resuena dentro: “El árbol no necesita volar como un pájaro para poder sentirse libre”...

CINCO PALABRAS EN UN CALEIDOSCOPIO*

Mara Glozman**

escucha / lazo

Hay un lazo sensible entre las formas de la vida y las formas del decir. Las palabras son cuerpo y llegan al cuerpo: pueden producir escalofríos, dejarnos sin voz, pueden tocar quién sabe qué puntos oscuros o dulces de alguna de las capas que nos habitan. La palabra, la forma de una frase, nunca se sabe bien qué fibra moviliza, qué ecos trae: trazo que se

* Partes de este texto reescriben tramos ya publicados en las revistas *Zigurat* y en *Afuera. Revista de Crítica Cultural*. Agradezco a lxs editorxs y a Clara Charrúa por la lectura del material.

** Nací en Buenos Aires en 1978. Investigadora del Conicet y docente universitaria, doctora en Letras. Giran en este caleidoscopio: el amor por la lengua y el archivo, la vida política, el devenir lésbico, los lazos compañeros que fui tejiendo.

bien qué fibra moviliza, qué ecos trae: trazo que se imprime sobre otros tantos trazos, los convoca, los evoca, los trastoca. La escucha de un acto en tiempo presente, de un acto del decir, porta siempre sus luces y sus sombras. Así sucede, especialmente, con esos pequeñísimos detalles: como el modo de una vibrante múltiple (en la forma de la *rr*) que guarda la huella de los procesos migratorios de una, dos o tres generaciones. En la vida vivida, en la vida que se vive, y se siente y se sufre y se anhela, las formas del decir inscriben parte de la piel. Desde el punto de vista de quien escucha, nada del lenguaje es, de antemano, banal.

Hay momentos en los cuales se condensan procesos de cambio, momentos de ruptura-creación que dislocan sustentos de nuestros pilares cotidianos, y la forma habitual de vivir la relación con algún aspecto del lenguaje se enrarece; instancias en las cuales se pone de relieve, de manera ostensible, algo del decir

que hasta entonces vivía tácitamente cómodo en la casa del ser. Hay procesos de transformación trabajando sobre lo que solemos tomar por evidente: se dedican a hacer del malestar acostumbrado algo extraño. Y cuando sobreviene un cierto desplazamiento de posición, hay algo que ya no es escuchado del mismo modo, o bien porque comienza a incomodar, o bien porque, mirando también hacia atrás, empieza a ser visto lo siempre-ya-incómodo, que no es sino un efecto de los modos dominantes de funcionamiento que se escuchan (también) en el orden del lenguaje, una continuidad a la que nos hemos habituado, continuidad silente en la cual la incomodidad no permite acción: el latido acelerado por portar en el cuerpo situaciones de maltrato, escenas, tonos, voces, lexemas-eczemas que marcan figuras en la piel.

Hay ocasiones en las que el cuerpo, por cuidado de sí, rechaza *ciertas* formas que, significadas no esencial sino históricamente con sentidos de malestar,

escandieron trayectos de vida. Ocasiones en las cuales aparece un foco sobre lexemas-eczemas que devienen síntoma: condensan un estar-mal que se muestra y se pone a trabajar. Cuando llevamos tanto tiempo funcionando con las formas marcadas del masculino en zonas para las cuales la lengua provee variantes — “feliz día del investigador”, “profesor a cargo: Dra. X”, “presidente de la comisión: María del Mar Y” — la voluntad de marcar la diferencia no se contenta con el lenguaje institucionalizado. Frases como *nuestras cuerpas* y *la colectiva* son creaciones que instauran la alegría de una ocasión transformadora, son expresiones de un horizonte que trae formas de organización política que desbordan los dispositivos ya conocidos, las tradiciones institucionalizadas en la arena política, las modalidades en la ocupación de las calles, en los lazos de la manifestación colectiva. Cuando llevamos tanto tiempo portando a disgusto la obviedad

de una marcación femenina, el cuerpo no se contenta con la incomodidad silente: la posibilidad de rajarse con una cruz, de tachar, de hendir, de colocar la forma de una variable allí donde hemos sido referenciadxs de antemano es la ocasión de una renuncia a seguir cargando con la cruz del género ajeno, una renuncia no necesariamente definitiva sino la ocasión que habilita una pregunta ahí donde había pura aseveración evidente. Clau Bidegain hace eso en *Algo no funciona. Cicatrices del silencio* (editorial Muchas Nueces, 2019), tacha la flexión de género, coloca una x-hablante (“soy variable libre, variable, libre”), una x-oyente (“oh x, líbrame de esa variable que cierta sociolingüística y otros saberes estatales han definido de antemano como criterio de clasificación”):

*Son maestrxs de estos tiempos
humildemente disfrazadxs de lo nuevo*

*Sabixs como la intuición que no traiciona
y genuinxs en su andar desenfadado*

Luchadorxs justicierxs

Ni maestras ni maestros: maestrxs. En un país que ha producido el mito sarmientino, que ha sembrado la figura de la maestra normal, el trazo hendido en la flexión nominal viene a mostrar que letra con sangre, en este presente, ya no entra (escribo y veo el subrayado rojo que dispone el Word, pobre subrayado: al tiempo que se dice y se quiere prescriptivo nos ayuda, muy a su pesar, a poner el ojo exactamente donde buscamos intervenir).

La x, sabemos, es una de las formas que las últimas décadas del siglo XX y estas primeras del XXI nos brindan; no es la única, es, diría, una brújula. Cuando llevamos vidas funcionando con las formas binarias de la designación estatal para un fichaje de

las personas, la voluntad colectiva no se contenta con las variantes que las tradiciones metalingüísticas proveen: la @, la x, la e buscan intervenir aquellas zonas de la morfología en las cuales se condensan las múltiples posibles relaciones con el cuerpo y con procesos no binarios de identificación genérica que históricamente han sido silenciados. Estos elementos que hienden e intervienen la flexión nominal participan de un proceso más amplio: la búsqueda por construir modos de sentar posición en común, de dejar una huella, de producir un gesto político en el espesor del nombre. Justo ahí donde Marlene Wayar —en su *Travesti. Una teoría lo suficientemente buena* (Muchas Nueces, 2019)— pesca el funcionamiento sensible del aspecto verbal:

Desde la Teoría Trans Latinoamericana afirmamos que “No queremos más ser esta Humanidad” (Susy Shock), y al decirlo intentamos salirnos del par

sistémico: “No soy hombre, no soy mujer, hoy voy *siendo* travesti”. Este gerundio explica mi solo por hoy pero no lo cierra a crisis y transformación (p. 25).

Colocarse en el lado de la escucha no supone la idealización de la experiencia individual, del “cada quien con su historia”. El *su* posesivo, lejos de señalar referencialmente a qué ser individual pertenece cada historia, opera como elemento que expresa la totalidad compleja que engrana intimidad y exterioridad constitutiva. Sobre el *su*, sobre el pronombre posesivo de esa frase, pivotea la relación entre aquello que se anuda en cada quien de un modo singular y aquello que sobredetermina los modos posibles, en cierta coyuntura, del lazo entre formas y sentidos. Colocarse en el lado de la escucha no supone, entonces, la idealización de la experiencia individual, o su postulación, o la

suposición de su existencia como origen y fuente de donde surgen las ideas y las cosas. Y ello por un haz de razones de diverso orden. Sabemos que las condiciones y los modos específicos de las relaciones sociales, las formaciones ideológicas y las formaciones discursivas que se estructuran bajo el principio de antagonismo desigual, hacen que sea posible y/o preciso decir de un modo u otro, decir sobre una cuestión u otra, significar con un sentido u otro.

Diremos ahora que los movimientos-dislocamientos que producen las crecientes instancias de organización-acción-intervención (en la calle y en las redes, medios, folletos, grafitis y libros) generan condiciones de posibilidad para una incomodidad personal, incomodidad susceptible de devenir insurgencia, (también) ante las formas cristalizadas de apelar y designar. En estos últimos años se han transformado —también y de

manera indudable— las condiciones de escucha. Entonces la forma de ciertas palabras, de ciertas frases o modos del decir toca prontamente fibras que conducen a una respuesta —cada vez más articulada políticamente— que desnuda y hace frente a las obviedades siempre-ya-provistas. No diremos que hay enunciados o expresiones que *no pueden* ser dichas: pueden y, de hecho, continúan ahí, poniendo a circular lo perimido-aún-persistente, reproduciendo lo caduco con una insistencia sintomática.

La construcción colectiva de los distintos movimientos de géneros y sexualidades que vienen convocando a la calle, acontecimiento que es trama del esfuerzo y el trabajo y las horas de un amplio encuentro de voces y miradas y cuerpxs y almas, tiene efectos materiales en la vida de quienes participamos, con las diversas modalidades de intervención, de esas instancias de encuentro. Constituye un acontecimiento que abre condiciones de posibilidad,

precisamente, para procesos de transformación, procesos que trabajan sobre lo que solemos tomar por evidente, que se dedican a hacer del malestar habitual y de las formas de dominación algo extraño. Entonces, cuando sobreviene un cierto desplazamiento de posición, hay algo que ya no es escuchado del mismo modo, o bien porque comienza a incomodar, o bien porque en ese momento, y mirando no solo hacia atrás sino también hacia los costados, empiezan a tomar forma las regularidades, las sistematicidades de lo que habíamos percibido como una incomodidad individual. Nos reunimos, así, con otros para rechazar formas (también del lenguaje) que, significadas no esencial sino históricamente con sentidos de malestar, escandieron trayectos de vida que ahora sabemos compartidos. Y también para formular nuevas modalidades y modulaciones de la palabra colectiva. Por ello las transformaciones en las condiciones de escucha, de lo que podemos y

queremos escuchar, oír al paso, leer, de las formas lingüísticas con las cuales co-existimos, no surgen de la experiencia individual, surgen de aquello que la trama colectiva moviliza en la experiencia personal.

Lo político es personal, es cierto, podría leerse bajo la forma de una consigna normativa: así como te posicionás políticamente, así tenés que vivir. Leída de este modo, se trata de una formulación deóntica, que impone reglas y sobrerresponsabiliza a quienes, en general, ya asumimos suficientes responsabilidades en la construcción de una vida que no responde a los modelos heteronormativos dominantes. Hay, también, otra forma de pensar este enunciado: lo personal, lo que es susceptible de ser reproducido-transformado en el alma de las personas, se nutre de esa trama, contradictoria y desigual, de alianzas y antagonismos, social y colectiva, que nos provee de condiciones de posibilidad para pensar, hacer, amar, y también para decir-escuchar.

moralidad / corrección

En el presente que habitamos, los modos del decir se han vuelto objeto de debate, motivo de discusión y de anhelos. En ocasiones, deslizan —más allá de intenciones y voluntades— hacia un terreno donde la prescripción normativa ancla en configuraciones espontáneas de la moral pequeñoburguesa. La moralidad de la lengua que opera acá, que resuena transversalmente, tiene poco y nada de espontánea: se nos presenta bajo la forma de lo obvio, pero resulta de un trabajo sostenido de la historia.

En Argentina, ancla en un proceso que la fue forjando, desde la década de 1920, a fuerza de discursos, intervenciones y dispositivos metalingüísticos destinados a producir una clase media que supiera diferenciarse de la clase obrera también en las formas del decir y en los valores (a)signados a esas —ciertas— formas. Emprendemos, entonces, un viajecito de archivo cuyas estaciones nos llevan a otras

capas de la historia, pequeño rodeo que ayuda a comprender algunos derroteros de hilos que —quizá no tan queridos— se reinscriben en nuestro presente: cuando escuchamos voces aguerridas e indignadas por las deformaciones de la lengua, y también cuando aparecen en nuestros propios pliegues inflexiones que portan huellas de aquellas ideas sobre el bien y mal hablar. El purismo, la indignación conservadora ante la marcación política en las formas de la lengua, las alarmas frente al plebeyismo lingüístico tienen una contracara: también de este lado producimos materiales que —con perspectiva de género y las mejores intenciones— reproducen en ocasiones estelas de una moralidad del decir que, al parecer, es más ubicua de lo que tendemos a creer.

En febrero de 1933 José María Monner Sans firmaba las “Advertencias” de una nueva reedición de dos

libelos de su padre, Ricardo Monner Sans: *Disparates usuales en la conversación diaria* (1923) y *Barbaridades que se nos escapan al hablar* (1924). Según ambas “Advertencias”, los dos libros habían agotado las ediciones anteriores, dos en el caso de *Barbaridades...* y cinco en el caso de *Disparates usuales...* Entre las diversas publicaciones de Ricardo Monner Sans destinadas a la lengua, estas dos presentan un rasgo distintivo: son caracterizadas por el propio texto como “libros de divulgación gramatical”, libros que —según se enuncia en el prólogo de *Disparates...*— estaban destinados al “mercado intelectual”. Estos dos “tomitos” de Monner Sans pueden considerarse el puntapié inicial de una serie de publicaciones que tienen un rasgo, diríamos, una teatralidad en común: escenifican “errores”, corrigen, en acto, las “faltas” más frecuentes, que avergüenzan, al hablar, a la juventud, a la dama y al público general. *Disparates, barbaridades, dislates, problemas* son

algunas de las expresiones que nominan, en estos textos, el “error idiomático”.

Entre los numerosos volúmenes que podrían ser incluidos en esta serie se encuentran los del presbítero salesiano Rodolfo Ragucci: *Palabras enfermas y bárbaras: 200 problemas idiomáticos resueltos en forma sencilla para los aficionados al bien decir* (1941) y, especialmente, las numerosas ediciones y ampliaciones —desde mediados de la década de 1930— de *Cartas a Eulogio. Problemas idiomáticos*. También se destacan dentro de esta serie algunos de los tantos ensayos de Avelino Herrero Mayor, figura central de la divulgación gramatical en la Argentina y expresión de este “profesorado de la lengua” por fuera de las instituciones educativas formales: *Artesanía y prevaricación del castellano* (1931), *Diccionario, lengua y estilo* (1938), *Condenación y defensa de la gramática* (1942) y, publicado en 1954, el *Diálogo Argentino de la Lengua. 50 lecciones para hablar y escribir correctamente*.

Toda selección es arbitraria. El transcurrir cronológico de esta serie muestra un interesante proceso de ampliación de lxs lectorxs a quienes estos materiales dicen y parecen destinarse. Los dos libelos de Monner Sans de los años veinte dicen destinarse a la “juventud estudiosa” y a “quienes creen no necesitar de enseñanzas”. Van armando un *entre nos* caracterizable en términos sociales, de clase y de género —de resonancias pre-yrigoyenistas— en el que un profesor de colegios de elite habla a los jóvenes varones de las familias que disponen los círculos gobernantes:

En las páginas que siguen, consecuente, pues, con ideas profundamente arraigadas, irá un montón de palabras y locuciones viciosas recogidas, no en el arroyo, adonde no baja ninguna persona culta, pero sí en el trato social, en los salones, en los ministerios, en las cámaras, en los diarios, en los libros y en los

folletos, razonando las correcciones con el fin de que las acepten cuantos, por deber o por placer, corren en pos de la pureza del lenguaje.

Los ensayos de Herrero Mayor publicados desde la década de 1930 ya proyectaban un público más amplio, expresando la búsqueda de un destinatario que *se sintiera* interpelado por la categoría “persona culta”. La “Advertencia sobre el propósito y alcance de estos ensayos” con la cual se inicia la primera edición de *Lengua, diccionario y estilo* (1938) expone en este sentido el imaginario de auditorio de muchos de aquellos textos:

Lengua, diccionario y estilo cumple, pues, destino semejante: promover en los maestros y en los estudiantes, en los escritores y en toda persona de cultura intelectual, una tendencia depuradora, no la encerrada en los estrechos límites de la gramática,

sino la acrecida en la necesidad de un mayor sentido lógico y estético del habla.

Ragucci desplegó una suerte de catequesis social de la “corrección idiomática”. Su prédica no se mostraba destinada a quienes *ya se sintieran* “personas de cultura intelectual”. Aquellos escritos breves con formato epistolar —publicados anteriormente en la *Revista de Instrucción Primaria*— participaron de la configuración de un sujeto “aspirante al bien decir”, de un imaginario de “ascenso cultural”, de la formación de eso que solemos llamar *clase media*:

Eulogio es un buen muchacho, leal amigo mío, que, amén de otras excelentes prendas, posee la noble ambición de la cultura. Sabe que muy principal exponente de esta es el lenguaje y, en consecuencia, se ha empeñado en cultivarlo y profesa singular cariño a los temas relacionados con el idioma. Con frecuencia

le ocurre tropezar con dificultades o dudas acerca del modo correcto de expresarse, o del empleo de palabras o giros. Puesto que su estado económico no le permite el lujo de tener a su disposición una copiosa biblioteca, ni de conceder mucho tiempo a consultar autores en las bibliotecas públicas, suele cartearse conmigo exponiéndome sus problemas idiomáticos, a fin de que se los resuelva.

La figura de Eulogio pone en escena no a aquel que ya “habla bien” —ese es el sentido etimológico de tal nombre: *eu-logos*— sino la aspiración con la que se procura la lectura ficcionalmente epistolar que propone Ragucci.

Entre todos los materiales y publicaciones de esta índole, *El Diálogo Argentino de la Lengua* cuenta con dos condiciones que lo distinguen: una, recoge las emisiones del programa que conducía Herrero Mayor en Radio del Estado; dos, la figura con la cual

dialoga, a la cual el conductor-profesor corrige, es una alumna. El *Diálogo Argentino de la Lengua*, en esta primera versión de emisiones radiales que cuentan y aluden al Primer Plan Quinquenal, trabaja con las modulaciones y formas discursivas que provee el radioteatro:

Alumna. — Sentémosnos, si le parece, señor profesor.

Profesor. — No lo haré, si usted no le quita una s al verbo...

A. — ¿Sentémos... no?

P. — Disparate, señorita. He dicho quitar la s del verbo, no la del pronombre: sentémonos, es el correcto plural. [...]

A. — Ahora lo entiendo. Pero entonces, ¿cabe también el plural de “pieses”?

P. — ¡Cero, señorita! ¡Si esto fuese un examen...! El grosero vulgarismo solo lo emplean los distraídos. El plural de pie es pies.

A. — Pues he oído *omnibuses* y *onmibuseros*...

P. — Otro disparate. Ómnibus está en el caso de *lunes*, *martes*, *miércoles*, *jueves* y *viernes*, *viveres*, *caries*, *nupcias*, *crisis* y *termos*, que solo tiene forma plural y se enuncian con el artículo en singular: el ómnibus, los ómnibus, etc.

A. — ¿También termos? Pues yo solo tengo uno...

P. — Pero ese uno va con ese: *termos*. Solo en los compuestos la pierden: termodinámica, termoestático, etc.

A. — ¡Y a mi dentista que me ha descubierto una “carie”!...

P. — Pues eso se compadece con aquello del vulgo: “en casa como sei de familia, sin contar lo do abuelito: total, ochos”.

Son obras, libelos, emisiones, publicaciones en las cuales se señalan y escenifican “dudas idiomáticas” con el fin de corregir/modificar prácticas lingüísticas cotidianas. Se trata de dispositivos que salen a

la búsqueda de un público que se sienta interpelado por estas “necesidades de cultura”; son materiales que *producen* sujetxs aferrados a la idea de poder decir de sí mismxs y de quienes lxs rodean que —a diferencia de esxs otrxs, orillerxs, migrantes, cuerpos y voces del cordón suburbano crecientemente fabril— hablan y escriben la lengua correcta.

Estos dispositivos metalingüísticos portan, en sus modos de escenificar, una potente fuerza realizativa: no narran el error, lo muestran en fragmentos de intercambios que conducen al tropiezo lingüístico. Y luego, ante el tropiezo, cuando llega el momento y la falta acontece, la voz autorizada corrige y, con suerte, explica algo del porqué: se expone allí la naturaleza performativa del discurso prescriptivo, una forma discursiva que, al señalar, *produce* error, *produce* duda. Y produce así sujetxs que se preguntan si hablan o no de forma correcta. El discurso prescriptivo —en sus diversas modulaciones— no cesa de

generar hablantes paranoides, que transitan la calle y las aulas y los bares y la vida en un estado semi-permanente de alerta: *dije bien, dije mal, dijo bien, dijo mal, así no se dice señorita, cómo habla cada vez peor la juventud, ahora manejan solamente 200 palabras, a dónde se ha ido la riqueza idiomática, donde dice x debe decir y*. Un *superyó metalingüístico* que se angustia con la falta propia; un fascismo de las pequeñas correcciones que goza marcando la falta ajena. Y también un conjunto amplio y heterogéneo de dispositivos y materiales de diversa índole que continúan reproduciendo modulaciones del decir prescriptivo, que desconsideran, como posibilidad, el carácter lábil del significante y el valor del desliz(amiento), que siguen jugando en el presente — sin querer, con las mejores intenciones o como quien no quiere la cosa— el juego del bonete con listados del bien y el mal decir. Bonete, señalamiento y penalidad individual.

pregunta

¿Y si la incomodidad por aquello que se dice / que decimos hace lugar también a una inquietud sobre los modos del decir, sobre las formas de enunciar, sobre las modalidades de ejercicio de la palabra compartida?

Hay una zona de nuestro propio decir que escapa, por funcionamiento constitutivo, a nuestro gobierno y voluntad, a nuestras tácticas y estrategias, a aquello que podemos aprehender. Pero hay también una región del tejer discursivo en la que podemos trabajar colectivamente: procurar reflexionar, tratar de comprender, de escuchar, de no prescribir. ¿Existe, entonces, la posibilidad de intentar suspender la aseveración, el saber-ya-de-antemano, la predicción sobre lxs otrxs como modalidad enunciativa? ¿Y si lo transformador, el pequeño gesto revolucionario, aparece hoy en la dinámica de la pregunta como forma de hacer espacio a una palabra conjunta, que nazca del momento mismo del encuentro entre

vocalidades? Una rítmica de la pregunta que dé también lugar al silencio, a un tiempo de gestar posibles respuestas o nuevas preguntas que nos disloquen de la evidencia siempre-ya-sabida.

NACIÓN TRAVA

Morena García*

Pluralidad del soy
carne flexible y dolente ante tanta identidad
mecanizada.

Afluente trava del río de las rarezas
piara de marabuntas
nidada, manga, parvada
futuro en forma de grito y sangre acumulada

siglos latiendo en las sombras y ahora acá, desnuda,
expuesta agitada.

* Trava nacida en Rosario en 1978. Escritora. Militante.

Dios no existe, yo soy él, como ellx, y ellx como un todo
entonces existo por nombrarme conjunto, me bautizo con las otras.

Me reproduzco de una forma grotesca, endogamia tribal
monstruosa, como los miedos, que brotan en la noche.
Y soy día, taco inflamable, una miriada,
jasy, gury, wawa, nemby, guachx, cría, cunumí.

Imagen compuesta, prólogo de un apocalipsis disidente,
las nuestras, las tuyas, las mías,
las alas desplegadas para consumir el monte urbano y
deforestarlo troló.

Esta tierra es nuestra.

Este nombre plural es nuestro.

Tribu, no minoría.

Parvada sin fronteras

inbautizable luego de tanto bautismo
de fuego, de caza, de dios como bandera

esta batalla sin caravelas
por nombrar al mburucuyá con un nuevo nombre.

No somos pasionarias.
Somos ese fruto indigerible de la tierra
sembrado en los márgenes con desprecio,
enredadera contra el viento recio
con las raíces en la trinchera,
ante su fortaleza de palabras armadas.

Manga incontenible, jauría en llama,
soy todo eso y lo individual me vuelve nada.
Cara cuerpo pelo, mina en la lengua granada sin
espoleta, sangre, futuro, hermana,
canción de cuna para les otros, mañana fértil,
nación trava.

ELLES NOS TIENEN HARTES*

María Pia López**

Que no haiga más Real academia española.

Serigrafistas Queer

De vez en cuando se estremecen las redes sociales alojando la esperanza de un *aggiornamento* de la Real Academia Española. En las últimas semanas, había alegres porque el pronombre *elle* había sido incluido

* Reescritura o cartoneo, porque si escribimos con nuestra memoria de lectoras también lo hacemos con nuestros archivos de lo ya escrito y aquí apelé, especialmente, a un artículo escrito para la revista *Umbral*, del Profesorado de Lengua y Literatura de la Universidad Nacional de General Sarmiento.

** Soy socióloga y escritora. Doctora en Ciencias Sociales (UBA). Doy clases pero me entusiasma especialmente el trabajo de escritura y la gestión pública. Escribí varios libros de ensayos y novelas. Los últimos libros son *Apuntes para las militancias: feminismos, promesas y combates* y *Quipu. Nudos para una narración feminista*.

en el Observatorio. Se palpitaba como camino a la aceptación del lenguaje inclusivo y no como brusco afrancesamiento. ¿Por qué tanta alegría o tanta expectativa en lo que haga la RAE? Cuando se discute sobre el lenguaje inclusivo, se revela la tensión entre la demanda social y la enseñanza y transmisión de la lengua estándar: ¿cómo se habla en las instituciones, cómo se enseña en las escuelas, cómo se corrigen los libros? Es una discusión sobre la autoridad y, a la vez, sobre la capacidad de las instituciones de ser hospitalarias: la hospitalidad supone reconocimiento de la alteridad y escucha respecto de la demanda de ser nombrado. La cuestión de la visibilidad es clave en las políticas identitarias, pero es necesario tensarla con otras ideas de política: las que remiten a la cuestión de la hegemonía y el sentido común. El lenguaje habita el centro de ambos. Políticas de la hegemonía son políticas de la articulación entre subalternidades y de disputa por el poder. O sea, discutir el inclusivo

pero también la soberanía idiomática, las fuentes plebeyas de la lengua y el arcaísmo arrogante de esa institución monárquica: ¡Mejor que no haiga, antes que ser súbdites!

Ese fue el grito enfático de las luchas independentistas y no poco abonado por los intelectuales del siglo XIX, que sabían que la independencia política debía encontrar un sustento lingüístico y cultural. Para Sarmiento —¡el padre del aula!— alfabetizar era constituir ciudadanos y esa tarea era urgentísima. De allí la idea de asemejar la lengua escrita a la oral y suprimir las engorrosas diferencias entre s y z, entre c y s (cuando son seguidas de e o i), entre g y j (también con esas consecuciones), y arrojar por la borda a la impronunciada h. De ese modo, la ortografía surgiría del habla y si por estos lares no aplicamos la zeta castiza, su supresión no es error sino disidencia soberana. Es mucho más sencillo alfabetizar si las personas reconocen la regla en su costumbre y no como

anómala regulación que exige distanciarse de lo ya sabido. Doble intento: reforzar la soberanía frente a la colonia y construir ciudadanos. Andrés Bello temía que las regulaciones surgidas de la oralidad terminaran, en un par de décadas, pariendo lenguas distintas en América y haciendo imposible que un peruano se entienda con un mexicano o un argentino con un chileno. Su problema era la unidad lingüística y para sostenerla había que garantizar una gramática americana y no el gesto dispersivo de las oralidades. Redactó esa gramática, en pleno siglo XIX, que venía a responder a la fundacional *Gramática de la lengua castellana* que había escrito Antonio de Nebrija ¡en 1492!, y en cuyo prólogo el muy avizor anotó que la *gramática es la compañera de los imperios*. De Nebrija para acá, pasando por Sarmiento, Bello, Alberdi o el discípulo Juan María Gutiérrez, que se negó a integrar la RAE porque no tenía aspiraciones de virrey, cada vez que hablamos sobre la lengua, hablamos de políticas.

Los diccionarios aspiran a ser descriptivos e incorporar las modificaciones que les hablantes vamos produciendo en su renovación lexical. Mientras la RAE reinó sin culpas y pensó que su tarea era pulir y dar esplendor, llamó barbarismos a los americanismos y errores a las variantes que surgían por estas tierras. Ya las elites intelectuales criollas habían temido que la novedad los arrojara a la barbarie rural o al plebeyo italianismo y habían repudiado la insolencia de la afirmación de Lucien Abeille de un *Idioma nacional de los argentinos*. Existía ya la gauchesca, muy oronda, triunfando como literatura nacional y suponiendo que ese gaucho desastrado, condenado a regar con su sangre el suelo patrio, podía ser el símbolo de la nación. Mientras los más timoratos pensaban que no habría idioma nacional surgiendo de *fuentes tan turbias* (como escribió Ernesto Quesada para discutir el libro de Abeille) y llamaban a volver al regazo español, el osadísimo Leopoldo Lugones siguió la huella

independentista y declaró poema nacional al *Martín Fierro* pero no lo supuso plebeyo sino helénico. Y no me detengo en esto porque me distraería tanto como un gaucho cuando sube al caballo y el matungo enfila a la pulpería.

Gran parte de la innovación lexical surge por invención y distancia plebeya, porque aparece en el caldero migratorio y en la lejanía del mundo rural con la escolaridad urbana. Frente a eso, el gesto académico es el de señalar barbarie y pretender normalizar: sujetar a la norma. El diccionario se vuelve prescriptivo cuando selecciona y define qué entra en él y que queda olvidado. O sea, instrumento de poder y de sanción. Nuestro voseo, tan instalado en el habla, padeció su bastardía hasta muy avanzado en el siglo XX: porque la escritura culta lo suprimía —vale revisar los libros argentinos de literatura previos a 1960— y la escuela lo condenaba. Y hasta hace muy poco, no lo enseñaba, con lo cual les

párvulos andaban estudiando una norma contraria al uso, con las inseguridades lingüísticas consecuentes. ¿O quienes fuimos escolarizados con ese desdén hacia el modo en que hablamos no dudamos a la hora de escribir esa conjugación? Esa persistencia, ¿no ha sido la reproducción del gesto colonial de sumisión a un arbitrio exterior cada vez que un trazo rojo hería un cuaderno?

El lápiz rojo condenatorio reaparece como gesto en la intervención de la RAE sobre el lenguaje no sexista y sobre el lenguaje inclusivo. En 2012 Ignacio Bosque emitió un informe condenando las guías de lenguaje no sexista que distintas instituciones españolas habían publicado para sus documentos oficiales. Para ejemplificar los desatinos y el derroche antieconómico de la duplicación apelaba al ejemplo de la Constitución bolivariana de Venezuela. Hacía tándem con el llamado a silencio que el rey de su país había espetado al mandatario Hugo Chávez.

Demasiado ruido o palabras de sobra, barroquismo latinoamericano, quizás, que alarma a la presunta racionalidad académica. Bosque reconoce que vivimos en sociedades machistas, pero declara al lenguaje ajeno a esa cuestión. Él escribe el documento y lo suscriben veintiséis académicxs de número (de los cuales, solo tres eran mujeres, ¡hablemos de poder, muchachas!). Los argumentos son varios y me detengo en algunos —que, debo reconocer, acunñan mi adhesión resentida porque los cito cada vez que puedo y cada vez me indigno como si fuera la primera y los leo entre ademanes, espero que los lectores se ofusquen conmigo entonces:

Aplicando el verbo *visibilizar* en el sentido que recibe en estas guías, es cierto que esta última frase “no visibiliza a la mujer”, pero también lo es que las mujeres no se sienten excluidas de ella. Hay acuerdo general entre los lingüistas en que el *uso no marcado* (o uso

genérico) del masculino para designar los dos sexos está firmemente asentado en el sistema gramatical del español, como lo está en el de otras muchas lenguas románicas y no románicas, y también en que no hay razón para censurarlo. Tiene, pues, pleno sentido preguntarse qué autoridad (profesional, científica, social, política, administrativa) poseen las personas que tan escrupulosamente dictaminan la presencia de sexismo en tales expresiones, y con ello en quienes las emplean, aplicando quizá el criterio que José A. Martínez ha llamado *despotismo ético*...

Que está asentado el uso no marcado, bien, como está asentado el mismísimo patriarcado, o desconoceremos que se insurge contra algo que de nuevo tiene poco. Que esté asentado no reclama respeto sino revisión. ¿Quiénes pueden revisar? Parece decir: los que tienen autoridad “profesional, científica, social, política, administrativa”. Se trata

entonces de una cuestión de jerarquías, de quiénes están autorizados para hacer y definir sobre la lengua, o sea: de poder. Pero si el reclamo de un lenguaje no sexista surge de las luchas feministas es parte de una insumisión contra esas autoridades, la constitución de un nuevo lugar de enunciación y de definición. Lo que la RAE condena es ese movimiento. Y no se priva de apelar al argumento más falaz: “las mujeres no se sienten excluidas”. ¡Habla por nosotras, las hablantes de esa lengua que tiene un origen colonial! Si su argumentación está destinada a persistir en una invisibilización (uso, por ahora, este término que en un rato deberemos problematizar), la refuerza a tal punto que habla por nosotras. Y esa usurpación (las mujeres no se sienten excluidas, dice un señor académico de la RAE) viene a evitar el “despotismo ético”. Las acciones de los movimientos sociales, la revisión de la norma lingüística que propugnan, la problematización de

lo dado y el reconocimiento de algunas instituciones de una necesidad de registrar esas rupturas y expandirlas, es concebido como despotismo. Lo democrático quedaría así del lado de las instituciones adocenadas y las autoridades tradicionales. ¡De la monarquía! Ya, parece un contrasentido, pero estas personas tienen mucho prestigio. Y si por un lado se arriman a los argumentos más conservadores, por el otro la RAE hace pingües negocios en su sociedad con las industrias comunicacionales. El carácter colonial también es la tenacidad en patentar la riqueza colectiva y aprovechar su plusvalor.

Bosque escribe eso en 2012. Entre ese momento y nuestro presente la discusión acerca del lenguaje no sexista se fue desplazando hacia la cuestión del lenguaje inclusivo. Ya no basta con “visibilizar” a las mujeres, sino que es necesario reconocer que hay vida más allá del binarismo. El camino por las piedras de la arroba, la equis y la e, para no pisar el

pantano cómodo del acostumbramiento lingüístico, con todo lo que deja desapercibido o declara irrelevante: las corporalidades diversas y la presencia misma de las mujeres. Quienes no se reconocen en la norma sexo-genérica que binariza entre hombres y mujeres, y vincula esa interpelación a una serie de rasgos biológicos, reclaman que el lenguaje se vuelva más hospitalario hacia su existencia disidente. Que si es posible que incorporemos palabras que nombran lo inventado en cada oleada tecnológica, también nuestra lengua debe reconocer la multiplicidad de las formas de vivir. Solicitar la suspensión de la autoridad médica y estatal sobre los cuerpos (que anda asignando identidades al nacer) implica poner en crisis la autoridad lingüística también. No se trata solo de hacer visible, aunque la visibilidad aparezca, una y otra vez, mencionada por los propios sujetos: mujeres, lesbianas, travestis, trans, no binaries, intersex. La multiplicación de las letras de

la identidad en los colectivos pareciera aludir a la visibilidad. La cuestión no se acota a la lógica de lo visible y lo no visible: se reclama el derecho a nombrarse, a ser nombradas, a conceptualizar la propia existencia, a que nuestras instituciones de cultura sean hospitalarias con la diversidad de las vidas y no cárceles de sentido para las diferencias. ¡Ahora que sí nos ven!, canto habitual en las movilizaciones feministas, podría completarse con la idea: nadie puede hablar en nuestro nombre. Reclamamos esa palabra, esa potencia de hacer y rehacer la lengua.

Mara Glzman (“Las capas del lenguaje inclusivo”, en *El Ojo Mocho. Otra vez*, nro. 8) sostiene que esta discusión arrastra posiciones idealistas y no pocas concesiones a la pragmática anglosajona: “hay en la matriz que sustenta frases como *Lo que no se nombra no existe*, una hipervalorización de lo visible que hace juego con una concepción del lenguaje como representación del mundo”. Esa pragmática

no es inocente, acarrea un sujeto “racional, estratégico, intencional”. El artículo de Glozman está destinado a mostrar, críticamente y desde los feminismos movilizados, nuestros propios obstáculos de conocimiento. Se pregunta: “¿cómo lidiamos en este presente demandante de mayores igualdades, de representación y visibilización y de nuevas reglamentaciones, cómo lidiamos con la inestabilidad constitutiva del sentido, con la polisemia susurrante del lenguaje?”. Si la visibilización no convence es porque funciona como eufemismo respecto de la cuestión del poder y desconoce la acumulación crítica existente respecto de la imagen y lo que se reconoce en el campo de lo visible. El triunfo neoliberal es también el de la multiplicación de lo visible expurgándolo de su contenido disidente. Pero eso que nos desvela en el campo de las militancias no es argumento para renunciar a la exigencia de una hospitalidad en el lenguaje. No porque creamos en

su transparente relación con el mundo, sino porque paladeamos sus querellas y su opaca politicidad.

Mientras las novedades lexicales que surgen de la innovación tecnológica o mercantil suelen ser adoptadas sin discusión, las que producen los movimientos sociales transformadores generan resistencias. La equis, la arroba o la e, están para advertirnos de lo múltiple y lo inclasificado. Son llamados de atención, alarmitas. Menos resoluciones de alguna justicia en la lengua que podría anteceder a otras formas de la justicia, que el recuerdo persistente sobre lo irredento, lo que nos falta, lo que nos descoloca, lo irrealizado. María Moreno, apóloga de la lengua desatada de las travas, barroquísima orfebre de oratorias plebeyas, escribe su disenso con el nombre mismo, viendo en ese nombre la arrogancia de quien cree que puede admitir o no —como si la vida de la lengua y de las identidades fuera un zoom de esos que hoy pueblan nuestro cotidiano— y frente a ellas reclama

nombres surgidos del carnaval doliente de las luchas y de las marchas festivas de la sexualidad: “Mejor llamarlo lenguaje descentrado, sin aduana ni peaje, desalambrado, tuttifrutti, culeado—, es decir donde cualquier palabra, entre y salga con jugoso placer, sin Academia que valga, por la emancipación”.

No se trata de ser visibles ni incluidos. Más bien, de que las propias existencias y palabras pongan en tensión el campo de lo aceptado, que recuerden que lo que está en juego es menos un nuevo orden que el deseo de desorden. ¡Bienvenidas letritas de alarma! ¡No dejen de llegar los farolitos encendidos que nos traban la lengua, nos obligan a tratar de aprender de nuevo cómo decir! ¡Que la aspereza de decir nosotres y todes sea alegría de no darnos por vencidos ante ningún conservadurismo! Insisto, no porque con eso nos demos por satisfechos. Ni ahí: no sustituye ese reconocimiento la búsqueda de efectivas transformaciones sociales, que permitan

que las personas que no se identifican binariamente tengan acceso a la riqueza social y a los derechos. Pero la gran revolución en curso, la que necesitamos, intuimos y aún no sabemos cómo hacer, no debe convertirse en el fantasma que nos deja contemplativos y esperanzados, cual creyentes en el mundo postrero de la salvación. Aquí, en la tierra que nos tocó, la pedregosa, la trágica y asesina, la pródiga y querellante, queremos conventillar la lengua, hacer zona común para que se escuchen las diferencias entre nuestros dialectos y declarar la insumisión contra toda norma. Barrer, con nuestras escobas de brujas y de huelguistas, también con las pretensiones de la Real Academia Española, porque no se trata solo de pedir que se nos nombre sino de impugnar la autoridad para hacerlo.

EL DEL BAÑO

Maleno Demin Abba*

14:30 hs. Siesta sepulcral #pueblo.

Papá, mamá, duermen. Mis hermanos y yo, siesta obligatoria. Me escapo de entre las sábanas, voy corriendo. Despacito y en punta de pies hasta el baño. Antes de entrar, miro hacia los dos lados del living como cuando cruzamos la calle, agarro el picaporte de la puerta y me digo a mí mismx: “no es fuerza, es mañana”. ¡Eeeeeentro! Al paraíiiiiiso de la

* ...YO, como casi todas las personas de mi condición, aunque no haya escrito una sola línea, siempre me he sentido escritor. Con otra particularidad: cuando una chico de mis características escribe, siempre le salen cosas filosóficas. No importa que el tema sea UNO MISMX. A pesar de mi corta edad, YO he conocido a mucha gente, pero a quien conozco mejor que nadie es a MÍ MISMX. (Fragmento adaptación de “Patty Diphusa”, de Pedro Almodóvar).

valeriaaaaaana y ¡caída libre al juego! Agarro el balde, lo doy vuelta, me paro frente al espejo, agarro el jabón blanco, saco la brocha, la pongo sobre el jabón. ¡¡Carnaval de espumas!! Voy hacia la cara. Estoy chochx, chochísimx. Se largó la locomotora de fricción de brocha con mejillas y jabón. Tarareo un buen tango como hacen los buenos patriarcas después de cenar y antes de dormir. Me miro al espejo: abro los ojos, diálogo con mi reflejo: “Tengo que practicar para la clase de canto, imitando la voz de Shakira, contorneando el cuerpo, moviendo la brocha sobre el cuero al ritmo de este canto”.

Disculpe. Usted, sí, usted que está leyendo junto conmigo tiene que repetir las siguientes líneas en voz alta:

Ya sé que no vendrás. / Todo lo que fue /
El tiempo lo dejó atrás / Sé que no regresarás /
Lo que nos pasó / No se repetirá jamás / Mil años
no me alcanzarán / para borrarte y olvidar /
Y ahora estoy aquí / Queriendo convertir / Los

campos en ciudad / Mezclando el cielo con el mar / Sé
que te dejé escapar / Sé que te perdí / Nada podrá ser
igual / Mil años pueden alcanzar / Para que pueda
perdonar / Estoy aquí queriéndote / Ahogándome /
Entre fotos y cuadernos / Entre cosas y recuerdos
/ Que no puedo comprender / Estoy enloquecién-
dome / Cambiándome un pie por / Cara mía / Esta
noche por el día / Y nada le puedo hacer.

Tic...

Ruidos. Me fijo si puse la traba en la puerta, fiu.
Voy corriendo hasta el inodoro, anticipando la pre-
gunta: “¿Qué estás haciendo?” Contesto con voz gutu-
ral: “Caca”. Respiro, aliviadx. Vuelvo al espejo, agarro
la track y con la superficie de plástico acechando
levanto el mentón. Me miro al espejo como hacen los
buenos patriarcas después de cenar y antes de dormir.
A mano alzada, como un rayo de abajo hacia arriba.
Sobre el codo, marcha la falsa gillette a rasurar. #sel-
fie en el espejo, boquita hacia un lado, boquita hacia

el otro. Ya está. Calles y avenidas de restos de jabón. Wow, vanity lleno... Me miro al espejo. Sumerjo la cara. Dos por uno de emociones, siento que estoy en la pileta: “Es invierno, extraño el verano”. Me lavo la cara, me seco la cara. Como hacen los buenos patriarcas después de cenar y antes de dormir. Ruido. Voy corriendo de nuevo hasta el inodoro, me siento, contraigo las piernas, tensiono la garganta. Pongo cara con expresiones de fuerza. Preguntan: ¿Qué estás haciendo? Con voz gutural contesto: “Caca”.

Silencio. Piel de gallina

Fiu. Escucho la puerta de la habitación de papá y mamá que se cierra. Precaución. Voy despacito hacia la puerta del baño a destrabarla, me digo a mí mismx: “No es fuerza, es maña”. Correcaminata hacia el living. El reloj marca las 16:00 hs. ¡Sssí! ¡Genial! Media hora más de aventura. En tiempos vertiginosos e intensos, esto se traduce más o menos en: Un verano de amor #romanticaalert. Abrazarme y darme

besos con la Xuxa de 80 cm debajo de la máquina de coser (susurrándole al oído): “Voy a la escuela, Xuxa, ya vengo, muac”. También aprovecho el llanto que me produce la fuerza para cagar para inventarme un buen culebrón a lo “María, la del barrio” con la maestra o directora de la escuela #sugarmommy. O solo llorar, estar ahí. Los azulejos y yo. Porque no solo las nubes toman formas diferentes. Realidad. Ruido. Frente al espejo. Cálculos aproximados: quedan 20 minutos. Agarro el papel higiénico, me chupo los dedos y lo corto en pedacitos: ¿Me quiere o no me quiere? ¿Querrá abrir la puerta para ir a jugar? Baba. Cortar y pegar sobre la cara: como hacen los buenos patriarcas después de cenar y antes de dormir. Me miro al espejo. Me saco la remera.

Se oye la tos desde la habitación de sus hermanxs.

Cos, cos, cos. Es mi hermano. Yo, frente al espejo. Mi hermano y yo sin remeras. Él durmiendo la siesta, yo encerradx en el baño sentadx en el inodoro

frente a la pared. Los azulejos me están mirando, yo también. Me están llamando. ¿Qué hago? Me gustan. Son lindos. ¿Los puedo tocar? Están fríos ¿Los puedo besar? Están fríos. ¿Me puedo apoyar? Están fríos. No los puedo apretar, me resbalo. Me dan ganas de hacer pis, pero no hago pis. Tengo cosquillas ahí, sí ahí. Contraigo las piernas. No es picazón, es irrigación y me voy refregar con la tapa del inodoro. Toda la sangre está ahí. Y sigo frente a los azulejos. Ya no están más fríos, están pegotes. Tienen una humedad para dibujar corazones. Respiro fuerte. Mis cachetes tienen calor. Mi cuerpo está apretándose fuerte contra la pared. Los cachetes contra la pared, apretándose fuerte. Frunzo el ceño y cierro los ojos. Me restriego como una rejilla contra la pared. Me voy arrastrando hasta el grifo de la ducha. Sale el agua fría, fiu: el agua, los azulejos, la boca, la lengua. Tengo el pico de la canilla entre las piernas. Hace calor y tengo los deditos arrugados. Me agarro de

los dos grifos, me contoneo, aprieto los dientes. No puedo gritar. Toda la sangre está ahí, sí, ahí. Y en un twerk lento de macumbero, me repito a mí mismx: toda la sangre está ahí ¡Sí! Ahí. Toda la sangre está ahí ¡Sí! Ahí. Wow, la siesta. Papá y mamá duermen, mis hermanxs duermen y yo desnudx en el baño. Respirando fuerte. Shhh. Por favor que no se termine. La sangre es un montón. Está irrigando rápido. Estalla. Plash, plash, plash. Quiere salir. Yo también quiero salir. Este cuerpo me queda chico. Fiu fiu fiuuuuu foo foo fofoo. Abrazo a las toallas y quiero un “Nesquik” on the rocks.

¿ELLES HABLAN MAL? GRAMÁTICA DEL PATRIARCADO, CONTROL E IRREVERENCIA

Paula Salerno*

1. La normas y la irreverencia

Entre la población adolescente y de la generación Z está mal visto poner un punto al final de la oración en los mensajes de Whatsapp. La puntuación gramaticalmente correcta es sancionada socialmente porque puede ser entendida como señal de falsedad o irritación. A la inversa, hay quienes se agarran la cabeza cada vez que “los jóvenes” incumplen las

* Doctora en Lingüística por la Universidad de Buenos Aires. Realiza su posdoctorado con beca del Conicet en el Centro de Estudios del Lenguaje en Sociedad (CELES) de la Universidad Nacional de San Martín. Creó y coordina *Discursópolis*, un sitio web dedicado al análisis del discurso.

normas gramaticales, porque cómo puede ser que no sepan que las oraciones empiezan con mayúscula y terminan con punto. Admitamos que la versatilidad es un hecho constitutivo de la toma de la palabra. Como el punto, cualquier recurso lingüístico, incluso una misma frase, puede significar cosas distintas de acuerdo a quién, cuándo y cómo lo usa. Es decir, el lenguaje en uso genera efectos de sentido que, a diferencia de la lengua entendida como sistema, no se pueden fijar ni estabilizar. Entonces, ¿por qué nos enojamos cuando alguien “habla mal” o, dicho de otra forma, incumple las normas gramaticales?

La presencia o ausencia del punto en las oraciones es un caso más de la generalizada docilidad con que nos acostumbramos a recibir las normas lingüísticas, más arraigadas e indiscutidas que cualquier otro tipo de normas. En palabras de Deborah Cameron, “las convenciones lingüísticas son posiblemente el último reducto de autoridad que permanece

incuestionada por las personas educadas en la sociedad secular”*. Así, un error ortográfico suele interpretarse como un acto digno de condena, más allá de la situación en que haya sido proferido. Este enojo en nombre de “la lengua” expresa generalmente problemáticas sociales, que se nos presentan disfrazadas de disquisiciones gramaticales. Por eso, no todas las faltas de respeto a las normas del lenguaje generan el mismo escándalo. Y si hay que encontrar una ganadora de nuestros tiempos, arrasa, sin lugar a dudas, la iniciativa llamada “lenguaje inclusivo”. Es que el libre uso de las flexiones de género es, para muchas, una irreverencia.

* “Linguistic conventions are quite possibly the last repository of unquestioned authority for educated people in secular society” (Cameron, 1995: 12).

2. Qué significa incluir

Cuando se trata de discutir si la flexión *-o* (*todos*, por ejemplo) es neutral o no; si la terminación *-e* (*todes*) es menos o más inocua o política que la *-o*; si la *-x* es una forma válida para reemplazar las opciones binarias de marcación gramatical de género, surge —patente o latente— la pregunta acerca de si cambiar el lenguaje puede llevar a una transformación social. Y, especialmente, si con esta nueva forma de hablar y escribir lograremos “incluir” a determinadas personas en algún lugar que se prefigura como terreno de la igualdad social.

Empecemos por preguntarnos si estamos o no de acuerdo con la palabra “inclusión”. Al usar este lexema, corremos el riesgo de pensar, por fuerza de repetición correcta y complaciente, que cuando hablamos de incluir hablamos de igualdad; aunque ello no sea siempre así. Particularmente, decir que el lenguaje es “inclusivo” nos lleva a naturalizar la

existencia de una frontera que, como tal, define los límites entre un adentro y un afuera. Esto implica que la demanda encarnada en los nuevos usos del lenguaje consistiría en permitir y lograr que algunos grupos de personas puedan “entrar” al lugar de donde quedaron excluidas: la norma, que es lingüística y social. ¿Cuál es el problema con esta postura? Por un lado, si el uso de la *e* y la *x* es un intento de “incluir”, queda en un segundo plano la tempestiva fuerza de esta iniciativa que pretende, más que “entrar” en la norma, romper las normas, cambiar las reglas de la representación y alterar por completo el binarismo lingüístico, sociocultural, histórico. Por otro lado, como consecuencia de lo anterior, pedir la inclusión en el lenguaje es darle protagonismo a su dimensión normativa y, con ello, a quienes hacen las reglas: en nuestro caso, las academias de la lengua, como la Real Academia Española (RAE) de la que me voy a ocupar unas líneas más adelante. Una tercera razón para

cuestionar el mote de inclusivo tiene que ver con la problemática de la corrección política.

En su reflexión sobre lo políticamente correcto, Islas Azaïs cuestiona atinadamente la mirada idealista según la cual el lenguaje *por sí solo* puede generar cambios sociales en beneficio de la equidad. Primero, el lenguaje excede la voluntad de sus hablantes, que estamos atravesadxs por la ideología y que dejamos de ser dueñxs absolutxs de nuestros enunciados en el mismo momento en que enunciamos. Segundo, usar o prohibir tal o cual palabra no garantiza la igualdad, por el simple hecho de que nuestros prejuicios pueden seguir manifestándose en nuestras acciones y podemos, con mucha cortesía lingüística, favorecer a ciertos grupos y perjudicar a otros. Por eso, para Islas Azaïs, las iniciativas lingüísticas deben estar acompañadas de otras propuestas que las complementen en la búsqueda de equidad. Pero además, pienso que esto nos da pie para desechar

algunos argumentos en contra del “lenguaje inclusivo”, según los cuales este no puede cambiar la realidad: es cierto, no puede *por sí solo*. Pero sí puede, claro que puede, visibilizar realidades, cuestionarlas, hacernos pensar e impulsar otras medidas que también tiendan a eliminar las desigualdades. Todo esto corre el riesgo de ser olvidado si esta iniciativa lingüística y política entra en el terreno de lo políticamente correcto, propiciado por la repetición automática de determinadas prácticas lingüísticas. Y ahí es donde la palabra “inclusivo” debe ser repensada y problematizada.

Por eso, contra la corrección y a favor de la irreverencia, me permito decir que el lenguaje de la *e*, más que inclusivo, es incisivo. Y es todavía algo más: no solo quiere molestar, punzar y enojar a los ojos conservadores, también busca una equidad real, desprendida de la corrección política y que nos haga reflexionar, ver, debatir, expresar las

diversidades y los derechos de todas las personas, además de reivindicar los géneros históricamente discriminados. Si hay una palabra que exprese esto y que pueda reemplazar al “inclusivo”, se me está escapando; y está bien que así sea, porque eso es justamente lo que quieren la e y la x: estar fuera de control, ser inaprensibles, heterogéneas y tan móviles como las identidades. Lo que no se nos puede escapar es que esta irreverencia es, sobre todo, una búsqueda de justicia.

¿Qué tiene que ver la justicia con el lenguaje? Mucho, porque el lenguaje es una eficaz herramienta de discriminación. Mediante la construcción de estereotipos, la asignación de roles, la categorización de eventos, la expresión de valoraciones hacia las personas, entre otros mecanismos discursivos, se puede marginar, estigmatizar y socavar los derechos de las personas.

3. El sexismo y la gramática del patriarcado

Las iniciativas de los llamados “lenguaje no sexista” y “lenguaje inclusivo” señalan cuánto hemos naturalizado este tipo de discriminaciones y cuánto respetamos sin chistar las normas del lenguaje. Como recuerda Niklison, a diferencia del lenguaje incisivo, las propuestas de lenguaje no sexista responden a una demanda de visibilización de la mujer en un esquema de género binario. Particularmente, son implementadas mediante manuales y guías institucionales que proponen estrategias como el desdoblamiento “los y las” o el agregado de flexión femenina a nombres de profesiones, entre otras.

Un claro ejemplo de a dónde apuntan estas propuestas es el hecho de que las mujeres y los varones reciben calificaciones sumamente distintas. Pensemos, para ilustrar el caso, ¿qué tipo de insultos recibimos las mujeres? Generalmente, para agredirnos verbalmente se nos asocia con la promiscuidad,

y se nos dice “puta” o “zorra”, o con el poder, y se nos dice “bruja”. Curiosamente, tanto la promiscuidad como el poder son halagos cuando se dirigen a hombres. A ellos, en cambio, para hacerles doler el ego se les atribuye falta de inteligencia, cobardía u homosexualidad. ¿Curiosidades de nuestra lengua? Claro que no. Los insultos tienen una dimensión eminentemente normativa, que no solo afianza la perspectiva binaria de los géneros sino que nos domestica en función del sistema patriarcal. Con solo repasar algunos insultos, vemos que los valores de nuestra sociedad dictan que está mal que el varón tenga miedo y, correlativamente, está bien que la mujer lo tenga. Es decir, el uso de determinadas palabras expone una argumentación, tan arraigada como implícita, en favor de la violencia machista.

En definitiva, la selección de determinadas palabras produce y reproduce, en la vida cotidiana y prácticamente sin que lo notemos, ideas sobre el

género y, con ello, contribuye a normativizar las identidades. Esta discriminación léxica no es la única forma de discriminar mediante el lenguaje. Islas Azaïs identifica dos más: la discriminación sintáctica se produce por la forma de estructurar las oraciones que componen nuestros enunciados; la discriminación retórica surge de la implementación de estrategias persuasivas que apuntan a señalar la inferioridad de grupos específicos. Si bien estos tipos de discriminación lingüística pueden recaer sobre distintos grupos por diversos motivos, el lenguaje donde más se presentan las tres formas de discriminación es el lenguaje sexista, es decir, el que responde a razones de género. Islas Azaïs asevera:

El lenguaje sexista es el caso más estudiado y debatido por especialistas de diversas disciplinas, acaso porque ningún otro lenguaje dirigido contra grupos marginados está tan extendido (a veces con mucha sutileza),

presenta tantas variantes y cuenta con más características propias que el lenguaje sexista.

En su ya clásico inventario de formas de sexismo lingüístico en castellano, Mercedes Bengoechea señala que hay distintos mecanismos por los cuales “la discriminación sexual, directa o indirectamente, se recrea, reproduce y mantiene”. Y agrega: “ello es así porque tales mecanismos operan reflejando, construyendo, perpetuando y naturalizando el sexismo y el androcentrismo”. Entre estos mecanismos encontramos ni más ni menos que el uso de géneros gramaticales. Entendidos como categorías gramaticales flexivas que se asocian a los sustantivos y, con ello, a otras clases de palabras, los géneros gramaticales pueden tener o no correlato semántico: es decir, pueden corresponder a identidades de género o no. Por ejemplo, la palabra *silla* es femenina, y nadie se atrevería a decir que la

silla es una mujer. No obstante, como documenta Niklison, se ha demostrado que lxs hablantes suelen percibir una correlación entre género gramatical y género identitario. Este es el problema con el famoso masculino genérico, que es eje rector de la “gramática patriarcal” (Bengoechea, 2015). Yadira Calvo retoma estudios como el de Yasmina Okan et ál. para recordarnos que, en efecto, “el masculino usado como universal puede determinar las representaciones mentales que activamos” y, así, potenciar estereotipos, reducir el número de mujeres y —agrego— personas LGBTQ+ que son recordadas y determinar los nombres de puestos de trabajo, lo cual es fundamental en el establecimiento de jerarquías y desigualdades socioeconómicas. Por si fuera poco, Calvo agrega que “los genéricos producen ambigüedad, entorpecen la comunicación, inducen a imaginar referentes masculinos”. Dicho de otra forma, hay una relación estrecha entre el uso del

lenguaje y nuestra percepción de la realidad. Y esto es particularmente importante cuando se trata de las identidades. Veamos un caso concreto.

En septiembre de 2020 en Argentina se decretó el cupo laboral travesti trans.* La noticia generó muchos comentarios de apoyo en las redes sociales, algunos como este: “Muy a favor de incluir a transgénero, transexuales y travestis, son población muy afectada y es necesario contenerlos”. El enunciado habla de un grupo de personas que no solo no son varones (cis), sino que además ponen en cuestión el binarismo varón/mujer. Sin embargo, es llamativo el uso del género gramatical masculino: “contenerlos”. Aun cuando el decreto del que habla hace foco en el respeto a la diversidad, emerge el género masculino, posiblemente de manera automática, y pareciera poner en jaque el mensaje en su totalidad.

*Decreto 721, <https://www.boletinoficial.gob.ar/detalleAviso/primer/234520/20200904>.

Esto, porque predomina el cumplimiento de una norma por sobre la consideración de las identidades de género. ¿Qué norma? Aquella según la cual ese género gramatical masculino puede usarse para representar al universo entero. El masculino genérico es, como indica Bengoechea, una práctica de androcentrismo lingüístico. Este se basa en dos reglas fundamentales: 1. “Toda persona es del género masculino, a no ser que se especifique lo contrario” y, en consecuencia, 2. “El uso del masculino hace que se tienda a pensar en varones únicamente”, es decir, las demás personas quedan borradas de la lengua. Entonces, no estamos ante una cuestión gramatical, sino ante una interpretación pragmática de las reglas gramaticales. ¿Por qué? Porque el masculino genérico construye la idea de que “masculino” y “universal” son sinónimos, cuando en realidad lo universal es la histórica dominación del género masculino. Yadira Calvo lo dice muy claramente:

Si los hombres han venido arrogándose la representación de la humanidad entera, cae por su peso que la función de la gramática en ese sentido es registrar el fenómeno, asimilarlo, acogerlo y normalizarlo tanto porque lo vuelve norma como porque lo hace parecer normal.

Sin ir más lejos, entre las noticias sobre COVID-19 y las vacunas que circularon en los medios de comunicación locales, abundan titulares periodísticos como estos: “Coronavirus: lo que los científicos han descubierto sobre el covid-19 en los 6 primeros meses de la pandemia”; “Científicos de la Universidad Nacional de La Plata hicieron un descubrimiento clave del coronavirus”. ¿No hay científicas o científiques? Claro que lxs hay, simplemente se lxs borra.

* <https://www.bbc.com/mundo/noticias-52959986> y <https://www.pagina12.com.ar/286500-cientificos-de-la-unlp-hicieron-un-descubrimiento-clave-del->.

El masculino genérico refuerza el estereotipo de científico varón y, por repetición, afianza esta imagen a la vez que reproduce otros estereotipos de género.

De hecho, la aptitud científica de los varones también tiene una historia que, en forma de prejuicio y exclusión, perdura hasta hoy. Recordemos a Paul Broca y sus secuaces, que en el siglo XIX establecieron una relación directamente proporcional entre el tamaño del cerebro y la inteligencia de las personas y “descubrieron” que, casualmente, los que lo tenían más grande eran los varones blancos. Como cuenta Yadira Calvo en su hermoso libro *La aritmética del patriarcado*, ya desde el siglo XVIII se han venido haciendo esfuerzos desmesurados para encontrarles a las desigualdades sociales bases biológicas.

4. Elles en la RAE

A diferencia del lenguaje no sexista, el movimiento que propone usar *x*, *e* y demás formas novedosas surge al subrayar que si las políticas lingüísticas no sexistas hacen visible a la mujer, paralelamente invisibilizan a las personas cuyas identidades escapan al binarismo. El surgimiento de la *e* y la *x*, entre otros recursos lingüísticos, busca mostrar que la cisheteronormatividad excluye a todas las personas que son no binarias, trans, lesbianas, gays, travestis y más.

Hace poco tuve una discusión con un amigo que afirmaba que es indistinto decir “un travesti” y “una travesti”. Pasado el momento álgido de la discusión, traté de entender su postura como la mirada de una mayoría cishétero que no se dedica a estudiar el lenguaje en sociedad, y decidí consultar la palabra “travesti” en el diccionario de la Real Academia Española. La única definición que presenta la RAE es

esta: “Travesti: m. y f. Persona, generalmente hombre, que se viste y se caracteriza como alguien del sexo contrario”.* Esta definición expresa que el sexo biológico y la identidad de género son lo mismo, y que lo primero es más importante que la propia identidad. Con este argumento subyacente, la RAE produce y legitima la idea errónea de que las travestis son varones disfrazados de mujeres. Así, sanciona simbólicamente a toda persona que no cumple con la norma, al tiempo que legitima su exclusión social. De esta forma, no solo se niega la identidad travesti, sino que se discrimina a personas concretas.

Borba y Osterman, en su trabajo sobre el habla de un grupo de travestis de Brasil, observan que las formas en que ellas usan los patrones de género gramatical demuestran una corporalización de valores femeninos en cuerpos biológicamente masculinos, y

* https://dle.rae.es/travesti?m=30_2.

esto les otorga una ambigüedad que sostienen social y lingüísticamente. La identidad de las travestis con las que las autoras trabajaron es indisociable del hecho de que en sus negociaciones de género encarnan determinadas concepciones sociales de femineidad y de masculinidad. Esta noción de identidad como algo móvil y en constante construcción y negociación es, evidentemente, muy distinta del intento de fijación que propone la RAE y a la extendida idea de género como algo natural y estable.

Los diversos usos del género gramatical expresan, en los discursos que nos rodean, concepciones específicas e ideológicas sobre las identidades de género, que son construcciones culturales, sociales y discursivas. Desde la lingüística sociocultural, además, las identidades no solo son construcciones sino que emergen *mientras* se ejerce el lenguaje. En el otro extremo, la mirada esencialista, propia de la gramática del patriarcado, ve las identidades como

categorías fijas, estables, inmanentes a las personas y determinadas por el sexo. Esta última posición explica, entre otras conductas, el traspié de la RAE con la inclusión trunca de la palabra “elle” en su Observatorio de palabras.

La historia fue así: la RAE creó un Observatorio para presentar algunos lexemas cuya legitimidad está aún por definirse. Es una suerte de purgatorio lingüístico, donde el cielo es el diccionario y el infierno es el espacio mundano en que la lengua es usada por sus hablantes. Esperando su veredicto estuvo, por la efímera etapa de dos días, la palabra “elle”. ¿Por qué? Porque, como la RAE es la que nos dice qué está permitido y qué no, la sociedad pensó que enhorabuena la abeja reina nos había dado su bendición y entonces sí, al fin, podíamos decir “elle” sin culpa. Pero esto no era así: la palabra no había sido admitida aún en el diccionario, por eso estaba en el Observatorio. Y probablemente también era

un intento de la arcaica institución por mostrar que también puede ser bastante canchera y aggiornada cuando quiere. En fin, después de cuarenta y ocho horas la RAE sacó la palabra para evitar “confusiones”. Y ahora, otra vez, la única “elle” que cuenta es la doble ele. Más allá de la irrelevancia que la RAE quiso darle a este suceso atolondrado, se desprenden de él algunas cuestiones muy relevantes. Primero, al agregar solo una palabra, pareciera que el debate fuera un fenómeno léxico, lo cual no solo está lejos de la realidad sino que es excesivamente simplista. Si la cuestión fuera si usar o no usar una palabra, el movimiento del lenguaje incisivo-irreverente no sería tal: el intento de romper las normas gramaticales es, así, despojado de su motivo y de su fuerza. Por otro lado, esta decisión le permite a la RAE hacer una de las tareas que más le gusta, aunque diga lo contrario: controlar los usos de la lengua. ¿Cómo? Proveyendo una definición. Vamos a analizarla:

El pronombre “elle” es un recurso creado y promovido en determinados ámbitos para aludir a quienes puedan no sentirse identificados con ninguno de los dos géneros tradicionalmente existentes. Su uso no está generalizado ni asentado (Observatorio de la palabra, RAE, 29/10/2020) .

Las primeras marcas de mitigación, que minimizan la existencia de esta palabra, son las aclaraciones: las frases “en determinados ámbitos” y “no está generalizado ni asentado” descalifican el uso y el alcance de la flexión *e* como marca de género. Además, los participios “creado y promovido” muestran una actitud activa de estos pequeños grupos de culpables que deliberadamente proponen difundir la palabra. Esto tiene una connotación muy significativa si recordamos que uno de los argumentos de la RAE en contra del lenguaje inclusivo/incisivo es que los cambios lingüísticos no pueden producirse deliberadamente

por impulso de un conjunto de personas. Además, la definición se vale del subjuntivo “quienes *puedan* no sentirse...”, de modo que no reconoce que hay personas que, de hecho, no se identifican con lo femenino ni con lo masculino. Esta distancia es acentuada por la elección del pronombre, correspondiente a la tercera persona: la RAE podría haber puesto “nosotres” en el Observatorio, en lugar de “elle”, pero decidió dejar en claro que las personas aludidas están bien afuera y son bien “los otros”, nunca “nosotros”. Como remate, el enunciado se refiere a estas personas ¡con masculino genérico!, por si no quedaba claro que la RAE realmente no cree en —o no cree relevante— la existencia de personas que no son ni mujeres ni hombres.* Podríamos pensar que esta falta de legitimidad está en todas las

* En esta misma línea, Niklison analiza la definición de la palabra “transexual” en el diccionario de la RAE y encuentra que “no pareciera reconocer como legítima la identidad de género autopercibida”.

palabras del Observatorio, por su carácter dudoso desde el punto de vista académico. Sin embargo, un rápido recorrido por el sitio permite ver que “elle” no cuenta —o no contó— con el mismo estatus que sus compañeras observadas. Entre estas, por ejemplo, los lexemas “bot”, “videollamada” o “encuarentenar” son explícitamente considerados “de uso válido”, beneficio del cual no goza nuestra representante léxica de la lucha contra la discriminación lingüística. ¿Por qué este empecinamiento institucional? Según Niklison, la razón del rechazo al lenguaje inclusivo/incisivo/irreverente es el carácter contrahegemónico de esta iniciativa, que se aleja del acostumbrado diálogo de la RAE con propuestas provenientes del poder hegemónico y de la comunidad académica.

5. Higiene verbal

El rechazo a lo contrahegemónico no es solo institucional, sino que se ha extendido

considerablemente. No hace falta ser académicx para enojarse al ver un uso del lenguaje incisivo o para dictaminar que tal o cual hablante ejerce autoritarismo al decir “chiques” o “todxs”. Al contrario, la ausencia de una “o” masculina “universal” puede generar en mucha gente desde el rechazo más silencioso hasta los insultos más aberrantes, dependiendo de dónde circule el atrevido enunciado.

Para Deborah Cameron, cuando lxs hablantes expresamos una valoración sobre las formas de hablar y de escribir de otras personas, estamos realizando un acto de “higiene verbal”. ¿Qué es la higiene verbal? Es un conjunto de prácticas determinadas social e históricamente que consisten en intentos por “limpiar” o mantener “limpio” el lenguaje. Es decir, son las cosas que hacemos para, de alguna forma, controlar el uso del lenguaje y regular qué es correcto y qué es incorrecto. Por ejemplo: las academias de la lengua producen sus gramáticas

y manuales, las universidades emiten resoluciones sobre el uso del lenguaje no sexista e inclusivo, las empresas acuden a guías de estilo y las instituciones hacen campañas por el lenguaje claro. Pero también los hablantes comunes y corrientes realizamos prácticas de higiene verbal: burlarse de alguien por cómo habla, corregir a alguien en plena conversación porque dijo algo “mal”, hacer chistes que imitan acentos de distintas regiones, incluso halagar a alguien porque usa palabras difíciles o giros rebuscados.

Todas estas prácticas muestran evaluaciones sobre las maneras de usar el lenguaje: qué forma de hablar está bien o mal, qué lenguaje es más elegante y cuál es inapropiado, etcétera. Y están muy vinculadas con lo que Elvira Arnoux y José del Valle llaman “representaciones sociolingüísticas”, a partir de la noción de mercado lingüístico de Pierre Bourdieu. Desde esta perspectiva, las prácticas lingüísticas tienen un valor. Y cuando valoramos determinadas

prácticas también valoramos a las personas que las llevan a cabo; es decir, al evaluar el uso del lenguaje también se está evaluando a sus hablantes. ¿Cuál es el parámetro para realizar esa evaluación? La lengua oficial, reglamentada por instituciones como las academias de la lengua.

Vale insistir en que las normas no surgen naturalmente: son creadas en sociedad, específicamente por determinados grupos que tienen autoridad para imponerlas. El problema es que, a pesar de este carácter impuesto, no solo aceptamos esas normas sino que a veces las defendemos con muchísima convicción. Recordemos que las convenciones lingüísticas son quizás una de las pocas normas cuyas autoridades suelen permanecer incuestionadas. Mucho más que los códigos de vestimenta o las normas de conducta, por ejemplo. Todas estas normas son arbitrarias: lo que no es arbitrario es la función social que tienen, que puede contribuir a generar círculos

de exclusión o intimidación y también espacios de pertenencia. Estas normas son marco de la performatividad: nos indican qué prácticas lingüísticas es necesario realizar y repetir para construir una identidad aceptable o vista como “normal”. Así, cumplir las reglas es formar parte de un grupo de hablantes legítimo; no cumplirlas es posiblemente recibir valoraciones que llevan a la marginación o discriminación.

Las prácticas de rechazo al lenguaje incisivo-irreverente, bajo las formas de enojo pero también de chiste o de ironía, son prácticas de higiene verbal que muestran cómo ciertas maneras de actuar —en este caso, lingüísticamente— son desvalorizadas, mientras que otras son aceptadas sin cuestionamientos.

Por suerte, hay luz al final del túnel: las normas pueden ser cuestionadas, negociadas, rechazadas e incluso modificadas deliberadamente. Esto es lo que está haciendo el lenguaje irreverente: está diciendo que podemos “hablar mal” todo lo que queramos, que

podemos escapar a la corrección lingüística y política. Está diciendo que las discusiones lingüísticas no son sobre problemas lingüísticos. Está resistiendo y cuestionando las imposiciones que indican cómo debe ser la identidad aceptable de lxs hablantxs.

Referencias bibliográficas

- Arnoux, E. y Del Valle, J., “Las representaciones ideológicas del lenguaje. Discurso glotopolítico y panhispanismo”, *Spanish in Context*, número especial “Ideologías lingüísticas y el español en contexto histórico”, vol. 7, nro. 1, 2010, pp. 1-24.
- Bengoechea, M., “Cuerpos hablados, cuerpos negados y el fascinante devenir del género gramatical”, *BHS*, vol. 92, nro. 1, 2015.
- , *Sexismo y androcentrismo en los textos administrativo-normativos*, 2005, recuperado de Repositorio CIEM, <http://repositorio.ciem.ucr.ac.cr/handle/123456789/265> [19 de noviembre de 2020].

- Borba, R. y Ostermann, A. C., “Do bodies matter? Travestis’ embodiment of (trans)gender identity through the manipulation of the Brazilian Portuguese grammatical gender system”, *Gender and Language*, vol. 1, nro. 1, 2007, pp. 131-147.
- Calvo, Y., *De mujeres, palabras y alfileres. El patriarcado en el lenguaje*, Barcelona, Bellaterra, 2017.
- —, *La aritmética del patriarcado*, Barcelona, Bellaterra, 2016.
- Cameron, D., *Verbal Hygiene*, Nueva York, Routledge, 1995.
- Islas Azaïs, H., *Lenguaje y discriminación*, serie Cuadernos de la Igualdad, México, Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación, 2005.
- Okan, Y.; Müller, S. M. y García-Retamero R., “Relación entre pensamiento y lenguaje: cómo el género gramatical afecta a las representaciones semánticas de los objetos”, *Boletín Aelfa*, vol. 10, nro. 3, 2010, pp. 52-55.
- Niklison, L. M., “Lo que la RAE no nombra no existe: una mirada glotopolítica sobre las respuestas de la RAE al lenguaje inclusivo / no sexista”, *Cuadernos de la ALFAL*, vol. 12, nro. 1, 2020, pp. 13-32.

SEMIOSIS DE LO PROHIBIDO

Nadia Zúñiga*

Es tiempo de invitaciones, a veces ocurren por lo que unx dice, por lo que unx hace, por eso que dicen que decimos, y otras, por eso que dicen que hacemos. Según parece, el hacer es lo más interesante y surge de ese dicho “mejor que decir es hacer”, quitándole así todo ese poder que tienen los discursos. Convirtiéndose luego en privilegios de algunxs en una sociedad de hablantes.

¿Quiénes pueden decir? ¿Desde dónde dicen quienes están facultados a ejercer su derecho de hablante? *(Cuando escriba en masculino es porque*

* Nadia Jazmín del Rosario Zúñiga Sánchez. Parida por la 26743. Tía travesti/trans. Activista. Escritora. Directora de Diversidad y Género de la Municipalidad de Trelew.

entiendo que esa tarea es aún considerada como propia de los varones, o en la jerarquía del sexismo tiene mayor relevancia para las masculinidades). ¿Quién determina cómo hay que decir y para quiénes? ¿Qué oculta la pulcritud deseada del lenguaje?

Tenemos claro que somos constructorxs de los vínculos que tenemos, sabemos de la construcción de la subjetividad y que se da en función de ciertas determinaciones sociales en las que nos encontramos inmersas las personas: lo histórico, lo económico, lo biológico, eso que damos en llamar “el contexto”. Justamente en eso que nos va determinando es en donde planteo mi irreverente decisión de nombrarme y de expresar quién soy, sin tantas reglas del lenguaje académico. Y no estoy con ello diciendo que no sea importante, pero a decir verdad es lo consensuado por otras personas que no sé si se han planteado alguna vez lo necesario que es priorizar el ser en toda su maravillosa diversidad. Hasta ahora sé

que ese lenguaje construyó hegemonía, jerarquías, otredades, verticalidades, ostracismo, lo correcto, lo legitimado, lo homogéneo, el deber ser, lo posible, lo normal, la vergüenza, el asco, eso que no debería existir y así redactó la sentencia de muerte o de exilio.

Esa construcción del lenguaje de lo binario es lo que está bajo sospecha desde una mirada de la identidad y, en este sentido, la identidad de género, entendida como derecho humanx. Porque aunque se hagan grandes esfuerzos por incluir “todas”, no alcanza, porque esa *a* no es solo una letra más, es una disputa por lo político, por el cómo y para quiénes son esos derechos humanxs. De modo que dejen de ser entendidos como privilegios para algunos, que además se sienten dadores de esos derechos, en función de alcanzar determinadas metas en un mundo meritocrático, competitivo y de la caridad.

Hablar de lenguaje inclusivo o lenguaje no sexista me lleva a preguntarme, en primera instancia, de

dónde surge esa necesidad y la respuesta nace desde mi subjetividad, como femineidad travesti/trans.

Podría preguntarme: ¿cuál es esa pulsión que una sociedad pretende reprimir? ¿Cuál es esa imagen que le resulta tan insoportable? ¿Qué reminiscencia le trae? ¿Qué simboliza para esa sociedad la *e*, la *x*?

En estos momentos, al parecer, se está generando una angustia, cierto temor en un sector de la sociedad, a que cada vez sean más las personas que las utilicen y, más aún, que sean las niñas quienes empiecen a usarlas —y de hecho lo están haciendo—. Circuló un tiempo atrás un video de una niña que explicaba porque era necesario usar la *e*. Hay un diálogo entre la madre y la hija (niña):

—¿Qué dijo la seño hoy? ¿Qué pasó?

—La seño me dice que el ‘todes’ no existe. Y yo se lo explico, se lo explico, se lo explico. Y la seño dice: ‘no existe, no existe’. Por más que ella me diga que “no

existe”, yo lo sigo teniendo en mi vocabulario. [...]

Y un día me dijo: “A ver ¿qué significa?”. Y yo le dije: “Los, las, les trans no se sienten identificados con ‘todos’ y ‘todas’”.

Y continúa.

Ahora bien. ¿Quién o qué sistema pierde o se siente atacado con este cambio cultural que se está produciendo?

En el mundo de la niñez a veces se oye decir:

—¡Mamá, dijo la palabra!

Así en tono de denuncia, entendiendo también que le seguirá un disciplinamiento.

Tal vez porque hay palabras que vienen desde un “mundo de adultos sabios”, y junto sabiduría con adultez, porque así es como lo estamos entendiendo desde el adultocentrismo. Y desde ahí, decidimos que hay palabras que en boca de las niñeces no las podemos soportar. Habrá algunas personas

que tengan herramientas para explicarle a esa niñez el porqué no está “bien” que diga esa palabra. Otras personas adultas aplicarán directamente alguna sanción disciplinaria, argumentando “¡porque así lo digo yo!”. También sabemos que las palabras tienen un contexto histórico, social, etcétera.

¿Sabemos las personas adultas que las palabras tienen un contexto?

No pretendo responder esto, no lo sé, entonces pongo mi mejor carita de asombro y al lado una de interrogante, en un mundo de emoticones. En lo personal no hace mucho tiempo que tomé conciencia del contexto de las palabras.

En el mundo de lo globalizado, escuchamos discursos de personas adultas en los medios de comunicación masivos que transmiten desde Buenos Aires, y que luego replican los medios locales, en los que se denuncia a quienes dicen “la palabra”, disciplinando con un discurso cargado de impropiedades,

dichos con palabras elegantes propias de esa pulcritud del lenguaje, para demostrar su sapiencia y el lugar de privilegio desde donde hablan, y buscando la complicidad con otras personas que también adhieren a ese pensamiento, aunque tal vez no les importe ni les afecte lo que diga o deje decir la RAE, o quizá también estén descubriendo que existe algo que se llama “Real Academia Española”.

Mientras escribo voy recorriendo imágenes de posibles comunicadores que realizan esta tarea cotidiana y me aparecen casi todos varones, a los que puedo leer como heterosexuales o heterosexualizados, con alguna formación académica, de clase media para arriba (intuyo), me sabe a fragancia importada o una buena imitación, con una postura notoriamente patriarcal, adoradores del sexismo y el machismo, tan adoradores que rinden culto y hacen todos los rituales en presencia de la audiencia o televidentes, ejercedores de la

caridad, de la culpa y enunciadores de la sentencia que deberán cumplir quienes se atreven a desafiar la “normalidad” y pulcritud del lenguaje.

Pero además pueden decir todo cuanto se les ocurra de las personas que dicen “la palabra” haciendo valer la impunidad que les genera pertenecer a esa “normalidad”. Han intentado destruir a jóvenes que han planteado una postura disidente con argumentos que resultan irrefutables, deslegitimándolxs con algo que les resulta un comodín: la “ideología de género”.

Ahora bien, ¿qué es “la palabra”? ¿Qué es eso que resulta “insoportable”?

Generalmente son palabras groseras o con alguna connotación sexual que entendemos que no está bueno que lxs niñxs repitan, por lo que connotan y representan, y porque no están entendiendo la dimensión de tales vocablos. Digo “repitan” porque las personas adultas las usamos con más frecuencia de lo que creemos.

Me voy a detener un instante en las “palabras groseras” o algunas de ellas cargadas de una connotación negativa, para desjerarquizar a alguien. Tomo mi celular para googlear la palabra “grosería”: 1. *Descortesía, falta grande de atención y respeto.* 2. *Tosquedad, falta de finura y primor en el trabajo de mano.* 3. *Rusticidad, ignorancia.*

Puedo pensar un par de palabras a modo ilustrativo que, a mi entender de travesti de barrio periférico, me vienen en este momento a la cabeza: algunas las veo sueltas y otras juntas, en esa adjetivación que se hace para desjerarquizar a las personas, por no ser parte de esa hegemonía a la que creemos pertenecer. Y lo digo así porque no es que por ser travesti no me atraviesan esos sistemas. Claro, en estos momentos, en este devenir que es la vida, soy una travesti con muchas preguntas y pensando otras pedagogías. Pero volvamos con las palabras: negro/a, villero/a, gordo/a, puto, tortillera,

marimacho, puta, maricón, indio/a, enfermos/as, mujercita, ciruja, analfabeto, pobre, discapacitado/a, ocupas, travesti, travesaño, feministas, y a todas ellas se les suma el “de mierda”, entre tantas otras que de alguna manera se enuncian como “lo que no se debe ser”. O algo que oímos con frecuencia por parte de padres: “que mi hijo sea cualquier cosa menos puto”, y cualquier cosa es cualquier cosa, más bajo que eso no se podría caer según su escala de valores. En esa categoría se ubican los hombres que gustan de otros hombres, o hacen cosas entendidas como de mujeres. ¿Son acaso estas algunas de las imágenes que una sociedad “moral” no puede soportar?

De un modo muy simplificado, podría decir que es así como la sociedad construye el ostracismo. Y no lo estoy pensando únicamente desde la categoría sexo-género, porque el ostracismo atraviesa todas las clases sociales.

Ahora bien, hay algo del “deber ser” desde lo hegemónico que transa con lo inhumano, y lo planteo desde los derechos humanos. Porque también es interesante preguntarnos a quiénes considera esa hegemonía que están legitimadxs al goce pleno de esos derechos, en ese proceso de normalización impuesto por la pedagogía de la pulcritud, del terror, del miedo, del odio, del asco, de la vergüenza, de la persecución, de la criminalización, de la demonización, de lo extranjero, de lo mundano. Se me ocurre en este instante pensarlo desde lo etario, diré entonces: ¿cuáles son esas niñeces (incluyo niñxs, niñas y niños) o, según la ley 26061 (de Protección Integral de los Derechos de Niñas, Niños y Adolescentes), cuáles son esos niños y niñas que, en ese proceso de normalización, tendrían que vivir libres de discriminación y de violencias, en las familias, en los clubes, en las iglesias, en las escuelas, en todos los espacios donde llevan adelante su intersubjetividad,

sus relaciones interpersonales? O ¿para quiénes se garantiza el derecho a la educación, a la salud, al trabajo, a la vivienda, al ocio, a la cultura, al esparcimiento, etcétera?

Resaltaba lo de “niños y niñas” de la ley 26061 para empezar a dialogar con el mundo de lo binario. Con ese “todos y todas”, que popularizó Cristina Fernández desde lo discursivo, y más aún cuando se menciona a sí misma como presidenta, en un mundo androcéntrico e ilustrado. Y se hizo popular también eso de la “economía del lenguaje”, como si tuviéramos que ahorrar palabras, porque en un momento nos podemos quedar sin ellas. Ahorremos palabras para la crisis, para la época de lenguas flacas.

A mi modesto entender eso que suena tan lindo, tan elegante, la “economía del lenguaje”, describe ese proceso de deshumanización por el que atravesamos las personas no leídas en ese sistema como varones hegemónicos (hoy es frecuente leer o

escuchar “masculinidad hegemónica”). En primera instancia son nuestras compañeras mujeres cis quienes piden ser mencionadas en el lenguaje y eso no nace con Cristina; los feminismos han planteado la necesidad de que las mujeres fueran visibilizadas, y se han visibilizado en los discursos; y también han planteado su derecho al goce pleno de los derechos humanos. Tuvieron que hacerles saber a los varones que las entendían como objetos, que son tan sujetas como ellos de esos derechos. Cuando se habla de cupo femenino, hay algo que se denuncia en esa solicitud.

Lo cierto es que esa universalidad pretendida en el lenguaje androcéntrico está muy instalada. Cotidianamente realizo talleres de diversidad, de género, de perspectiva de género, entre otros; son talleres o conversatorios y me gusta proponer la siguiente consigna: vamos a jugar a mencionarnos. Si hay varones y mujeres, usamos “todos y todas”; pero

como estoy yo que soy travesti y orgullosa de serlo, les pido usar el “todxs”. Y en esto de pensar otras pedagogías que generen otros vínculos amorosos, me detengo a explicar el porqué de la x: en matemáticas se usa la x como incógnita, por todos los valores que puede tomar, por ejemplo, si se eleva a la enésima potencia. La identidad es eso, es todo lo que fui, lo que soy, pero lo más interesante es lo que puedo ser en mi construcción de la subjetividad. Además imagine-mos esto enseñando desde una pedagogía de la amorosidad, del acompañamiento, del respeto, de poner en valor lo diverso. Continúo con lo que sucede en los conversatorios: resulta interesante ver cómo cuesta usar “todas”, “nosotras”, durante el período que dura la actividad. El “todxs” lo paso por alto a veces en esa dialéctica, porque el objetivo es que ellas sean mencionadas y se mencionen, que en definitiva es expresar la existencia misma en esto que también decimos cotidianamente quienes disputamos el lenguaje: “lo

que no existe, no se menciona”, y nosotrxs existimos, aunque a veces somos todas femineidades y se habla en masculino. Obviamente que una interpela con toda la amorosidad, porque es una consigna que busca hacer reflexionar.

Vayamos específicamente al lenguaje no sexista, porque lo inclusivo me genera ruido cuando lo que incluye es la hegemonía. ¿Dónde nos van a incluir? ¿Qué lugarcito tendrá pensada la hegemonía para nosotrxs? ¿Y si resulta una trampa para invisibilizarnos en esa fábrica perversa de normalización, maquillando nuestra esencia? En una sociedad pensada desde la culpa, ¿cómo será ese purgatorio para ellxs? Si es que se entiende acaso alguna responsabilidad en ese proceso de deshumanización en cuestiones de diversidad sexual que han generado históricamente esos sistemas.

Pareciera que una de las propuestas es que “no se note” que no sos heterosexual o cis (personas que no

son travestis/trans). Y aquí la cosa no ofrece demasiada resistencia, porque además la moral, la costumbre de la normalidad dice “que no se note” y que eso es para “la vida privada”, eso es asunto de sábanas. En un mundo falocentrista y coitocéntrico, todo se limita a una práctica sexual, de la que no hay que hablar. La Iglesia católica ha expresado lo suyo en este sentido, proponiendo el celibato para los homosexuales y recientemente, la unión civil, para “que puedan tener familia”. En resumen, la Iglesia propone que sigan diferenciándose, que es un poco lo que proponía el cardenal Quarracino cuando pedía que crearan “una isla con sus leyes”. Porque sus derechos (privilegios) no les corresponden. ¿Dónde está la inclusión? La palabra misma a mí me genera la idea de una cierta jerarquía, porque para incluir hay que tener cierto poder. Suena a un “arrímate y mirá lo que te has perdido por no ser como nosotros”, y en ese lugar siempre seremos lxs incluidxs, lo “raro”

que hace un esfuerquito para respetar sus normas, a cambio de algunos derechos, dados en caridad, para lavar culpas de esa deshumanización, ese genocidio o travesticidio social que han producido.

Por estas y otras razones prefiero llamarlo “lenguaje no sexista” para mostrar la opresión que se ejerce desde lo binario, donde la medida es el hombre, la masculinidad.

Ese “que no se note” se complica más aún cuando hablamos de identidad de género (derecho humano). Sabemos de las maravillas que puede hacer la medicina con el bisturí y la farmacología para tapar eso que no es tolerable para el superyó de la sociedad binaria y que busca reprimir en el subconsciente social en una operación que llamo “ostracismo”.

Ahora bien, en una sociedad capitalista, ¿quiénes pueden acceder a esas intervenciones? ¿Para quiénes se construyen los cuerpos? ¿A quiénes terminamos satisfaciendo con esas construcciones binarias

de los cuerpos? ¿Quién determina cuáles son los cuerpos legitimados para “el consumo”? Porque no estamos hablando de derechos humanos, sino de una construcción obligatoria hétero-binaria determinada, donde no importa que sangre aquello que no encaja en esos moldes.

Hasta nombre le pusieron: “disforia de género”, algo que hay que corregir. Muchas travestis/trans no sentimos que haya que corregir nada, estamos en un cuerpo maravilloso, precioso, nuestro cuerpo travesti/trans. En lo personal digo siempre que “tengo un pene, uno solo, para que vean que no soy tan monstruosa”, así toda construida de orgullo. Porque es hermoso ser travesti/trans, tal como ha de ser hermosa la identidad para las personas cis.

Ahora bien, podríamos acaso pensar que hemos asistido a una semiosis de lo prohibido.

¿Qué significado tiene la diversidad sexual para la sociedad? ¿Qué características le atribuyen?

¿Qué sabe la sociedad de las travestis, de las trans, de las masculinidades trans?

¿Qué sabe la sociedad de las personas trans no binaries?

¿Qué sabe la sociedad de las personas no binaries, además de preguntarse a qué baño tenemos que ir o si hacemos pis sentadas o paradas?

En principio, simplificó la diversidad en la idea de “puto”, de lo no humano. De esa cosa ruidosa, rara, espectral, causadora de vergüenza en las familias nucleares. Eso, lo no deseado, lo no soñado, lo que no se ha pedido a Dios, el castigo vaya a saber de qué generación viene, o la culpa que te trasladó por no ser un padre presente o por ser una madre sobreprotectora, o porque no supiste tener un hombre al lado, o por no haber dado las palizas suficientes en la niñez para que se haga hombre o mujer-mujer; eso, la imagen que no están dispuestos a soportar que esté en sus familias, en un mundo de símbolos. Los besos que no permitirán

en sus hogares diseñados para personas normales, los abrazos que no se permitirán en público, los hijos que no se cuentan como vivos, lo que habrá que encarcelar, sentenciar a muerte, sin defensa alguna, por promiscuos, por degenerados, por ir contra la moral y las buenas costumbres, contra la naturaleza, por perversos, por putos, porque el debido proceso también es hétero-cis-binario-patriarcal-religioso, y está todo escrito en lenguaje fálico. Además ese lenguaje, en un mundo capitalista, es también propiedad privada, de la madre patria, que supo imponerlo a fuerza de cruz y espada. En términos de Eduardo Galeano, “Los nadies: los ningunos, los ninguneados, corriendo la liebre, muriendo la vida, jodidos, rejodidos: que no son aunque sean, que no hablan idioma sino dialectos...”.

Hoy todo lo monstruoso que crearon en la semiosis de lo prohibido reclama ser mencionado, pero no en sus términos, sino en los nuestros, porque

somos parte de la misma humanidad, y entonces esos derechos los tenemos, nos constituyen. Pero no solo reclamamos derechos, también estamos proponiendo otros vínculos amorosos, que no es poner la otra mejilla. Estamos haciendo teoría con lo que hemos aprendido, en ese hartazgo de soportar la deshumanización. Por eso hablamos de la construcción de la subjetividad con lo que tenemos, pero sobre todo con lo que podemos dar y eso empieza por los abrazos, esa “cultura de los abrazos” de la que ya estamos gozando.

Cuesta que se nos mencione, con la *e* o con la *x*, por lo que representamos en su propio imaginario; en un mundo de lo binario excluyente y exhaustivo, representamos eso que no se puede ser y entonces no tendrá existencia. Y no es la Real Academia —y sí lo es, también—, es que nos construyeron como la vergüenza y el asco. Y no es que no estuviéramos, si siempre estuvimos, en sus barcos pesqueros, en sus

templos, en sus escuelas, en sus clubes barriales, en sus familias, en sus barrios, en los carnavales, parádxs en una esquina en medio de la nada misma, en sus calabozos, en sus edictos policiales, en las multas, en la democracia que no llegó para nosotrxs en 1983, en sus ejércitos, en los descampados donde nos violaban, en las salas de espera de las guardias de los hospitales, en el patio de la escuela donde nos golpeaban por putos, por maricones, por mujercitas, en su creencia de que les queríamos quitar los derechos a las mujeres, en sus chistes, en sus burlas y en su práctica de consumo de lo raro, lo exótico, lo que se prueba sin que manche el honor heteropatriarcal, lo que se compra para satisfacer su falocentrismo o para probar su hombría moliéndonos a palos. Siempre estuvimos, solo que hoy estamos además haciendo teoría, y no desde el resentimiento, sino desde un cobijar a las niñeces, a las adolescencias, a las adulteces, a nosotrxs mismxs en la etapa de la vida en que nos encontremos.

Por eso la disputa del lenguaje es política, es poner la palabra travesti en sus leyes si se habla desde el derecho binario, de una “acción positiva” para reparar mínimamente el travesticidio social. Que no es un privilegio para determinadas personas, es reconocer el proceso de “DesHumanización de la Diversidad Sexual” que se ha llevado adelante sistemáticamente y aún sigue operando. Queremos ser incluidxs no solo en las leyes, sino en los libros que llegan a las escuelas, en las canciones sin ser objeto de burla, sino protagonistas de historias de amor o de lucha. Porque si no, no tendríamos esta disputa del lenguaje, haciéndonos creer que la RAE es la naturaleza misma, cuando “naturaleza” es también construcción cultural.

Disputamos sentido, derechos, pedagogías, vínculos, formas de habitar, espiritualidad. No es solo el ser mecionadxs, estamos construyendo la semiótica de lo maravillosamente diverso, en el ejercicio de nuestros

derechos humanxs. Pero, sobre todo, de lo maravilloso que es ser travesti/trans/no binarie, para que haya espejos para las otras generaciones, pero también para nosotrxs, para nuestras familias y amigxs.

LA LETRA HABITUAL

emma song*

*lo pronuncias con una pasión desmedida
una calculada forma de lo ajeno*

Cuando decimos lenguaje, cuando creemos que podemos decir algo sobre el lenguaje, parece que alguien nos hace una broma. Un delicado juego, que

* Como activista de la disidencia sexual y feminista prosexo, formada en filosofía y artes visuales, he trabajado con otras compañeras en los últimos quince años en torno a la teoría cuir, la representación en el feminismo y la pospornografía. Actualmente estudio y produzco alrededor de la teoría de los afectos en clave cuir, sosteniendo los espacios de activismo y producción intelectual: el Asentamiento Fernseh y el Festival El Deleite de los Cuerpos. Los pronombres con los que deben dirigirse a mí son la/ella. En este último año sostuvimos espacios de sociabilización de conocimientos en talleres y charlas.

muchas veces se parece al insulto y otras se parece al rescate, una letra que nos incluya a tod*s.

Recuerdo cuando mi nombre era una letra en la pantalla, también algo así como una broma, privada de toda risa, pequeña como las decisiones importantes. Enmascaraba una vida por venir en la intersección del suspiro que se acercaba. No fue nunca el deseo. Y mucho menos fue la posibilidad de anidar un adentro de una misma que nadie pudiera tocar. Solo las letras habituales de lo ajeno.

Adriana Cavarero,* feminista y filósofa de aquel lugar que nombran como Italia, nos cuenta como una cigüeña —que robó a otra autora, que robó de otras experiencias—, las historias que dicen historias sobre quiénes somos y cómo somos. Alguien las dice, y alguien las dice sobre otr*s. Habla de la metáfora de la cigüeña, y el cuento narra algo como lo siguiente.

* Adriana Cavarero, *Tu che mi guardi, tu che mi racconti*, Milán, Feltrinelli, 1997.

Alguien tiene una casa en el campo, en ese campo hay un estanque, el agua de ese estanque es vital para ese campo, y para ese alguien.* Una noche, algo se rompe. Ese alguien se despierta por el ruido que hace una pérdida de agua en el estanque. Impaciente y con preocupación por el agua que se va perdiendo, mira desde la planta alta de su casa una pérdida al costado del estanque. Apenas con una linterna tenue como la luna se pone en la tarea de repararla. Va y vuelve de diferentes lugares, tratando de encontrar los mejores objetos para detener la pérdida. Las horas pasan y el sol se acerca. Finalmente logra su objetivo. Sube hasta su habitación en la planta alta, para descansar de tanta fuga de agua, mira por la ventana y allí está: una cigüeña dibujada por sus pies llenos de barro durante la noche, mientras intentaba reparar el estanque.

* Karen Blixen, *Memorias de África*, Madrid, Alfaguara, 1999 (primera edición 1937).

¿Por qué aparece una cigüeña? El dibujo no es de ninguna manera intencional, las intenciones de aquel alguien eran otras muy distintas. Sin embargo, desde cierta perspectiva y con otra luz, la forma aparece clara. Pareciera que el azar hizo algo con las pisadas llenas de barro. Cavarero nos recuerda que el sentido de una historia no está en la narración sino en cómo la leen otros. No solo eso, la mera lectura de las otras —no la interpretación— es crucial para que la cigüeña aparezca. Ser otro problema si leer es interpretar. Este cuento de roturas, barro y dibujos exalta la posibilidad misma de sentido dependiente de las miradas y las lecturas de los otros, independiente de nuestras intenciones y preferencias. Esa radicalidad de la atadura a las otras, del enredo con las otras, es central a la hora de dar cuenta de una misma.

*preguntas por las preguntas de otras
en dos porciones de distancias*

¿Quiénes hemos elegido otro nombre y otro género que el asignado al nacer?

Un silencio austero recorrió una mañana fría de octubre, sobre el césped de la adolescencia en Jujuy; las montañas no hablan de nombres. Hablan de ti. Parecía un refugio en aquel entonces, un patio detrás del desasosiego y frente a una pared morada de tres mil metros. Nadie me llamaba por mi nombre, ese era el refugio. A la hora del sol en la frente, perpendicular a la frente casi como pidiendo explicaciones, solía mirar el río y escuchar la brisa salvaje de una soledad austera, sin nombres. Esa misma noche de aquel día fresco de octubre alguien me llama por mi nombre. Un mensaje de texto, simple. emma. No respondo. No habría podido en aquel momento. ¿Quién dice mi nombre?

Al otro día me despierta un canto desbocado, casi milagroso, de un tucán que nadie sabe cómo llegó hasta ahí. O no queremos saberlo. Y canta su

canto como el rapsoda de Ulises, pero no lloro. No entiendo, ignoro. La brisa de esa mañana pregunta por nombres, por palabras que digan lo sustancial. Sin embargo, la pregunta permanece. Sabemos quiénes somos pero no podemos dar cuenta de nosotras mismas porque al final de nuestras vidas otras dirán cómo fue la nuestra. La imposibilidad radical de la vida que se vive. Un artículo puede ser la diferencia entre el abrazo y la expulsión de toda conexión con los demás. Quizás si citara a lingüistas y expertos en filosofía del lenguaje podría probar lo que quiero decir. Sin embargo, algo se escapa, algo no está siendo inclusivo con la radical desesperanza de la corrección política. Esos días verdes y frescos de octubre se fueron con el tiempo, pero redefinieron un nombre, una identificación y una pequeña alegría de estar cómoda en la incoherencia. Incluirme en mi propia decisión fue más arduo que dejar de nombrarme en la mirada de l*s otr*s. Un nombre propio se había vuelto una

hazaña, un clímax continuo de desaciertos y confusiones. Meses después alguien vuelve a llamarme por mi nombre, me siento incluida en la articulación de sus afectos y sus importancias. Descanso de mí misma. El áspero piso de la agencia me entrega a ustedes. Sonrío de toda risa.

Parece que no alcanza con elegir ser quien uno quiso. No alcanza con el nombre de la historia, ni con la autobiografía, ni con el descubrimiento de la articulación normativa de los poderes. Y no va a alcanzar. El problema no es la magia que las palabras pueden llevar a cabo, sino quién dice el conjuro. La radicalidad de la existencia nos ata a l*s otr*s, queramos o no, y se intensifica en los relatos de l*s otr*s. El canto del rapsoda que narraba los conflictos, las hazañas y los sufrimientos de Ulises emocionaba hasta el llanto. Pero el propio Ulises recién pudo emocionarse cuando otro contó su historia. Porque para él no había historia sino solo vida vivida.

Mi nombre no es un relato, es mi vida, dependerá de otras cómo me sostengan el nombre, me sostengan la vida. Y asimismo, dependerán de mí los relatos que hago de l*s otr*s. Y claro, decir relato pone nervioso a más de uno.

preguntas por la incomodidad

por los pronombres que no tienen mayor explicación

una cama desatendida también persiste en mirar

¿Qué figura dibuja nuestra vida, nuestros nombres, nuestros pronombres? Recorro las miradas de las otras cuando digo: el pronombre que me gustaría que usen conmigo es el femenino, otras veces ese “me gustaría” es el deseo de un “deben usar”. El momento no tiene mayor trascendencia, pero sí he notado que en un grupo mayor de personas la incomodidad se resuelve con movimientos corporales en las sillas; como si buscaran volver a acomodarse

y no pensar en esa asignación sexo-genérica con que se les acusa. Ese acusativo en primera persona despliega la pregunta, realiza un movimiento pequeño, intenta barrer una lectura visual coherente de la identidad genérica. Muchas veces representa un gesto activista cuir y disidente de la incomodidad, de la acusación mutua, y la posible inclusión de un nosotr*s que todo el tiempo se diluye. Otras es un lugar que me protege de la inclusión en un nosotros del que no quiero ser parte, diluyendo toda posibilidad de reconectar.

Nuestros nombres no están en el diccionario. El espacio se abre entre las palabras como un deseo de que el tiempo se detenga, como en las despedidas, para que antes de la vida un nombre te nombre como abrazo que nos restituya en la imaginación del mundo. Me condeno a la cárcel sin puertas de un pronombre que deseo como propio.

La narración del deseo parece tener el carácter

de lo que consideramos como lo más propio, localizándola en el *propio* cuerpo, o en esos otros cuerpos; el deseo parece otorgarle el sentido último, lo/me marca con un sexo y un género; lo/me hace reconocible en cuerpos, alma, ciudadanía, personalidad. La acusación de todo acusativo. Un lugar entendido como *natural* o como lo más propio donde repara, en última y primera instancia, la narración del yo y su identidad subjetiva. Nos hemos inventado un cuerpo, se nos lo ha inventado y además participamos activamente en su invención. El aparato de producción corporal es el universo estructurado en el que habitamos, donde nuestros cuerpos no están dados de antemano. No se nace con un cuerpo sexuado, se llega a nombrarlo. Esa marca es el lugar crítico de respuesta y disputa política de la experiencia de nuestra cultura, fundamental para el lenguaje de las políticas emancipatorias de la identidad forzada y para los sistemas de dominación basados en

lenguajes ampliamente compartidos; los de *natural* donde se articula el recurso para la apropiación misma. Sobre, en y contra el cuerpo atamos nuestros deseos. Mi pronombre dibuja una sonrisa para alinearse a otras como yo en mis deseos. Mi entrada en la comunidad dependerá del rostro hospitalario de esa sonrisa significativa devuelta, dependerá de un gesto que me llame por mi nombre.

El deseo de ser nombrada aparece solo al poder ser localizado el accionar del nombre, anclado al hacer del nombrar; pero articulado bajo una doble significación: ver y situar lo visto. El deseo *natural* como tropo, como lugar común, como ese lugar retórico desde el cual se ordena el discurso. Todo se cierne sobre la agria articulación política de decirme, situar cómo quiero ser vista; y leer como estoy siendo dicha, vista. “Inclúyanme afuera”; nos divierte la incomodidad de toda obligación con l*s otr*s que me nombran y me excluyen, lo quieran

o no. Entonces, ¿será que una normativa ortográfica gramatical resolverá la pesadilla de una lengua binaria?

Una pregunta cuir acerca de los asteriscos dentro de una palabra compromete ineludiblemente una manera de conocer y reconocer, si es que no se siente como una amenaza respecto de lo que ya se sabe. Torcer el cómo se dispone en el espacio común del discurso ampliamente compartido del conocimiento colectivo. Las metáforas de la metáfora de la inclusión de tod*s dentro de una sola letra deja más interrogantes que celebraciones de la diferencia. Y este es un asunto de vida o muerte. La figura de “*” o la e nos compromete con el espacio común en otro orden político. Hay una aventura radical en esas marcas que señalamos como inclusivas. La incomodidad de pensar una política, una epistemología y una ontología junto con es*s compañer*s diferentes de toda igualdad human* y no human*. Enrarecer

nuestra letra juntas, produce figuras de una ontología relacional, en las cuales las historias importan, es decir, son materiales, significativas, procesuales, emergentes y coconstitutivas. Asumen la promesa ética de una historia coconstitutiva, y no de una historia común.

aquellas miradas persistentes

la luz cegadora habitual

Analicemos las políticas afectivas de lo común, de la comunidad que se inaugura en una intervención de los plurales, sobre el “todos”; la pequeña intervención sobre el rechazo del conservadurismo dominante o la ciega igualdad de la corrección política de la diversidad. La primera bajo los argumentos inverosímiles sobre la no arbitrariedad de las lenguas, negando sus historias y usos; la segunda que rápidamente borra las diferencias en un solo dispositivo con las

mejores intenciones. Pero las diferencias importan. Insistimos en las diferencias. La inclusión como política afectiva dominante en nuestros vínculos con las otras, humanas y no humanas, supone la apropiación en términos de pertenencia y propiedad, un borrado de la historia y el sufrimiento de la diferencia; no puedo hablar por mi diferencia, solo añoro el abrazo sencillo del relato que sostiene *mi diferencia* respecto de ustedes, en el relato de nosotr*s de aquell*s otr*s. La pregunta que permanece es simple; ¿cómo damos cuenta de aquell*s que no entran en la lógica del nosotros vs. ellos? ¿Cómo devolvemos una respuesta amable a aquell*s otr*s, inapropiados e inapropiables? ¿Qué marcas inventaremos para que la diferencia tenga una indicación significativa que genere una respuesta ética y afectiva que sostenga las vidas inapropiables e inapropiadas?*

*Trinh T. Minh-Ha, *Woman, Native, Other: Writing Postcoloniality and Feminism*, Bloomington, Indiana University Press, 1989.

Las políticas afectivas que amalgaman lo común necesitan una lengua común, y allí parece radicar la disputa. ¿Quiénes son todos? ¿Quiénes todas? ¿Cuáles ese todes? ¿Cuántos tod*s? No me gustaría que se lea como una democracia ingenua, pero sí quizás la posibilidad de imaginar una lengua compartida que abrace la diferencia para sostenerla y no para ocultarla en una igualdad que jamás será.

Rápidamente solemos pensar que nuestras identidades, deseos y cuerpos no tienen ni pies ni cabezas para que las lenguas puedan dar cuenta de ellos, no se parecen al orden, se atraviesan, se confunden, se separan y pasan unos por otros. Parecemos siempre extranjeras en la encarnación del nombrar, es decir parecemos estar fuera de nosotras mismas al momento mismo de nombrarnos, como si fuéramos otra extraña (quizás inapropiable) para nuestro cuerpo. La operación del lenguaje (que es nuestra posibilidad de nombrarnos) es,

entonces, el extranjero adentro nuestro. El afecto no dice yo, sino aquello inestable, que apenas puede ser nombrado, una indicación que se vuelve objeto, extraño y propio a la vez. Si la palabra nos hace responsable de la historia de l*s otr*s, demasiado habladoras, quizás solo podamos ser capaces de la verdad de la diferencia en y por el lenguaje. El cuerpo no es ni el “significante”, ni el “significado”, bajo las sábanas estériles del sexo imposible de lo aprehendido, objetivado; la diferencia aparece como ausencia. Nuestro deseo de narrarnos a nosotras mismas parece alterarse por el deseo del cuerpo a ser reconocido bajo los términos de nuestra propia narración, o de un cuerpo en particular, como un vampiro que quiere reinventar su cuerpo vampiro, y junto con ello el propio deseo mismo. Si el sexo es el nombre estrella del cuerpo, lo que queremos reinventar es el sexo (género) mismo. Parece haber una ansiedad epistemológica por “ver” en las

narraciones, y entiéndase “visto” bajo una doble significación que puntualiza Donna Haraway:* ver y situar lo visto, gracias a un ropaje que lo presenta y lo ausenta a la vez.

Quizás por esto el deseo de cambiar el género del plural en español genera tantas tensiones y disputas; porque tiene que ser necesariamente separado, ausentado, no estar presente en la disputa política. La exclusión de eso que no somos pero que necesariamente tenemos que construir para serlo. El nosotr*s es un deseo de reconocimiento. Aún seguimos disputando dónde herir de toda herida esa respuesta afectiva que nos ampare.

La imaginación de la experiencia opresiva que posibilita políticas emancipadoras, se vuelve central para los relatos de nuestra autonomía corporal. Es mi intención poner en tensión estas ideas;

* Donna Haraway, *Ciencia, cyborgs y mujeres, la reinención de la naturaleza*, Madrid, Cátedra, 1996.

no pretendo dar respuestas, y hasta sospecho que las preguntas no son las mejores. Pero dentro de la experiencia de diferencia sexo-afectiva, nos movemos con sigilo y desconfianza activa y generadora. Las letras con las que pedimos que articulen el relato de nosotras mismas, ese espacio retórico de contención posible de nuestras experiencias de diferencia sexo-afectivas. ¿Qué respuestas afectivas se podrían reinventar para que nuestros artículos sean tanto tuyos como míos? ¿Y deberíamos seguir pensando en una relación unívoca entre palabra y cosa? ¿Es solo un uso de la lengua? Es que acaso la materialidad de lo que indicamos como humano solo existe en tanto sea marcado sexo-genéricamente, solo puede ser nombrado si existe la marca de su sexo-género.

*si mi presentación se parece más a una herida
un recordatorio de lo mal que encajan los pronombres*

¿Cuál es el equilibrio sustantivo de un plural que abarque toda singularidad? ¿Es eso deseable política, personal y culturalmente? Eve Kosofsky Sedgwick nos recordaba en su Introducción a la *Epistemología del armario** que lo paradójico de las teorías que quieren explicar el fenómeno social humano, es que se concentran en dar explicación a la singularidad más específica de cada ser humano; pero terminan dando explicaciones universales y generales que obturan el conocimiento que se adquiere al atender a la singularidad. Esa relación de la identidad entre lo singular y lo universal, a pesar de todo el esfuerzo teórico por desarmarla desde el posestructuralismo hasta la teoría cuir, aún funciona como una esperanza de emancipación e ideal de igualdad que reúna a l*s human*s bajo un mismo signo. ¿Es ese el signo del lenguaje

* Eve Kosofsky Sedgwick, *La epistemología del armario*, Madrid, Ediciones de la Tempestad, 1998.

inclusivo? ¿Acaso queremos adoptar sin más todos los dispositivos de la gestión de lo humano?

El problema de la representación del nosotros (humanos con toda la *diversidad* sexo-genérica) es todo el problema para Cavarero, la introducción de la totalidad de las experiencias singulares es siempre por lo menos compleja, sino trágica. En *Romeo y Julieta* esto se puede ver de dos maneras. La primera como narrativa global de la introducción de un nombre desconocido. Introducir el nombre paterno por parte de Romeo a Julieta es ya una tragedia, es un reconocimiento de odio mutuo primordial de una palabra que ata la identidad a un colectivo mayor que el individuo. La otra manera gira en torno a la escena de la rosa, alrededor del aroma de la rosa: la flor ¿tendría el mismo aroma si no se llamara rosa? La marca significativa parece caer como una espada que determina las relaciones materiales que tenemos con las cosas que nombramos. El nosotros

después del lenguaje inclusivo no será el mismo, será ese *nosotr*s* (en mi versión) o *nosotres* que dibujará la imaginación política. Los interrogantes que planteo me invitan a pensar qué hacemos cuando hacemos un discurso de nosotras mismas. ¿Es el lenguaje inclusivo una narración de nosotras mismas? ¿El lenguaje inclusivo es la cigüeña que no podemos no querer? Reclamamos la historia que queremos que sea contada porque sabemos que de otra manera sería una secuencia intolerable de eventos. La intención de otorgarnos unidad significativa en el lenguaje inclusivo dentro de una historia común, solo puede ser depositada por parte de quienes vivieron la vida como una historia posible de ser contada. Una forma del deseo de ser relatada.

Es para nosotras muy común vernos reflejadas en las narraciones acerca de sentimientos, emociones y afectos en relación con aquello*s otr*s que nos interpelan. Esa visualización, objetivación e imaginación

apunta a relatarnos, a dar cuenta de esos afectos que nos unen, revelando su sentir y nombrando los afectos que descomponen la unidad significativa solo para volver a relatarlos bajo otro signo, pero en unidad. Nuestros *asteriscos* y *e* también funcionan de la misma manera; no es menor para muchas de nosotras notar esta continuidad epistemológica, política y afectiva en la construcción de nuestra comunidad. En las narraciones de las relaciones que mantenemos con otr*s en algún momento vacilamos inexorablemente, en algún momento el relato ya no es nuestro, sino de las otr*s. Nuestros afectos, en su deseo ser relatados, solo aparecen en tanto aparecen otr*s que los producen. Y esa radical sobredeterminación de l*s otr*s hace que nos veamos desintegradas frente a las narraciones de l*s otr*s.

Nuestro lenguaje inclusivo dibuja una humanidad totalizante donde entra toda la diversidad; el deseo de un relato que abarque la totalidad de las

diferencias, ¿es esa operación de reconocimiento políticamente positiva?

Sedgwick afirma que el conocimiento no es por sí mismo poder, aunque es el campo magnético del poder. La ignorancia y la opacidad actúan en connivencia o compiten con el saber en la activación de corrientes de energía, de deseos, de productos, de significados y de personas. Por lo tanto, los efectos de la ignorancia pueden ser utilizados, autorizados y regulados a gran escala para establecer imposiciones, quizá sobre todo en torno a la sexualidad, que es la actividad humana de la cultura moderna occidental con una mayor carga significativa. Quizás por ello un *todes* levanta tantos nervios en mucha gente que se ve “junto a” aquell*s que tienen sexo lejos de la corrección heterosexual. La apuesta del lenguaje inclusivo podría ser insistir en juntar lo impensado. Quizás el lenguaje inclusivo termine con el deseo de ser narrado en tanto heterosexual: binario, universal y totalizante

de la experiencia. Hoy es imposible saber eso, y tampoco importa. La figura del lenguaje inclusivo es sin duda compleja y contradictoria. El relato ya se sabe, pero ¿quiénes lo saben? Aquellos otros que cuenten el relato de nosotras mismas, ell*s dirán lo que somos. Esa es su responsabilidad. El deseo de ser relatadas es una sonrisa en el rostro que demanda otr*s rostros para que devuelvan el gesto del reconocimiento.

La evidencia del lenguaje inclusivo es que no estamos fuera de los peligros de un signo otra vez totalizante, pero por algún giro de las circunstancias, muchas no participamos del todo en esos tod*/e/os; el registro de la diferencia es una gestión de los efectos afectivos que articulan políticas de reconocimientos más o menos felices, pero necesarias. La figura del lenguaje inclusivo nos puede servir para hacernos de otras posibilidades de narrar nuestras identidades, afectos y compromisos con l*s otr*s; sin intentar habitar la conclusión

definitiva de lo que debería representarnos. Porque una figura funciona precisamente así, como un escenario para el planteo de posibilidades, tanto futuras como pasadas. La copia de un original perdido en un sinfín de comentarios miméticos y de incontables hechos en la antigua y contemporánea experiencia de nuestras comunidades.

Nuestros cuerpos contruidos por una constelación de discursos, narraciones, simbolismos, tecnologías, disciplinamientos y normativizaciones, constituyen un sentir, una constelación de sentimientos y sensibilidades morales, en relación con nosotras mismas y con respecto a las narraciones posibles de nosotras mismas y de l*s otr*s y otros. Nuestra opacidad es tan radical que el relato de nosotras mismas depende de l*s otr*s, nuestros cuerpos son nuestros y por eso la responsabilidad de su relato es de l*s otr*s. Deseamos ser relatadas en los términos que narraremos a otr*s.

*y nunca fue mi cuerpo mis reglas
sino aquellas miradas persistentes
de la luz cegadora habitual*

La tarea que quiero llevar adelante es reinaugurar las palabras que nos reúnan de nuevo en nuestras diferencias, que nos abracen en una separación que se parezca al hogar; que el esfuerzo por sostener tu diferencia sea mi acuciante responsabilidad para llevar nuestras vidas. Una respuesta afectiva ética frente a tu interpelación, frente al rostro inapropiable de lo que no somos nosotr*s. Quizás esa promesa podría ser el monstruo del lenguaje inclusivo.

DEVENIR

Celeste Saravia*

Cierra callade
detrás,
ojos de plomo contemplan
el humo en despedida
Excitan
les rares, sin memoria
caen escalones hacia abajo
Y con el cuerpo desnude

* Estudiante de Filosofía en la Universidad Nacional de Salta. Integrante de Arpías. Espacio de lectura y reflexión lésbica. Multiespacio cultural. Feminista, indígena, antirracista.

Entran

(entrando en utopías)

Les que aún no pudieron ser

CARA DE INDIE/A/O

Ga Veleizan*

Que miren nuestros rostros,
que miren nuestro color,
que escuchen cómo hablamos.
Que escuchen cómo pensamos.
Somos les indies, les salvajes, les vagxs, les fieres,
las cholitas, les sucies, les negres.
Sepan ustedes que su racismo, su criminalización,
su afán de hacernos desaparecer de nuestro
territorio, es lo que más nos despierta.

* Arpía, india, marimacha. Cofundadora de Aludis (Asociación en Lucha por la Diversidad Sexual) y de Arpías. Espacio de lectura y reflexión lésbica. Multiespacio cultural.

Nos hermana, nos levanta el orgullo de decir
soy cholita, soy india, soy indio, soy indie.
¡Que Abya Yala rebelde despierte, hermanes!

LA LENGUA ANO-MALA: ALGUNAS ANOTACIONES Y UNA POSIBILIDAD*

Javier Gasparri**

Chupa, lame esta hinchazón del español.

Néstor Perlongher

Admitido con seriedad de anteojos el desmantelamiento corrosivo que efectúa el lenguaje inclusivo como apuesta política frente al masculino universal,

* Adaptación breve del artículo publicado con el título "Acerca del lenguaje inclusivo: cuestiones teóricas, razones políticas", en la *Revista de Educación* (X, 18, 2019, pp. 49-72) de la UNMDP y luego, con algunas modificaciones, en el libro *Apuntes sobre lenguaje no sexista e inclusivo* (Rosario, UNR Editora, 2020, pp. 31-67).

** Enseño en las carreras de Letras y Bellas Artes de la UNR e investigo en el IECH de UNR y Conicet. Escribo desde la crítica literaria y cultural, la crónica y el ensayo, las sexualidades disidentes.

como reconocimiento sexogénico disidente, en su multiplicidad indeterminada, frente a la naturalización (hetero)sexista inscrita en la memoria de las flexiones, conjugaciones y pronominalizaciones; admitida la subjetividad y la performatividad con marquesinas kitsch muy flúor; admitida la intervención ligada al uso, y mediante agenciamientos colectivos más o menos perversos; admitida a los gritos la interrupción desobediente a la normativa hegemónica y el buen decir; admitidos mediante acciones bibliotecológicas los problemas teóricos, políticos y metodológicos de regulaciones, institucionalizaciones, protocolizaciones, estabilizaciones, reglamentaciones, legislaciones, y todas sus tensiones o paradojas; una vez admitido todo esto, y más, aparece tal vez lo más divertido.

Repasemos, nomás por gusto a la articulación razonada, que en este punto nos encontramos con

una tensión o incluso una aporía: poder plantear o entender el lenguaje inclusivo como una forma de experimentación permanente en la lengua (o una permanente puesta a prueba de la lengua contra sí misma), y que como tal sería deseable su carácter abierto y múltiple, indeterminado, encontraría un límite en el hecho de que el sentido político dado por el reconocimiento identitario cristalizaría formas y/o estabilizaría el uso, en la medida en que la intervención se produce en tanto agenciamiento colectivo; o dicho de otro modo, acaso no sea posible el agenciamiento de esa intervención sobre la lengua, sostenida a partir de su impulso político de reconocimiento, si se deja abierta esa experimentación y liberada al propio deseo de y en sí misma. Más todavía: la llegada a formas de protocolización e institucionalización posiblemente supongan la cancelación de sus transformaciones. Sin embargo, tal vez convenga en este punto distinguir dos niveles diferentes: el hecho de

que se regularice y regule su uso (e incluso se legitime mediante instituciones) no implica vislumbrar que vaya a suspenderse su movilidad disruptiva, la cual encontrará otros modos de intervención y afectación, que luego a su vez se regula(riza)rán también y así sucesivamente: la historia de cualquier lengua. En su relación identitaria, además, el deseo de que el lenguaje inclusivo (o el lenguaje a secas) funcione de manera tan indeterminada como móvil, del mismo modo como ocurre con el devenir de las identidades (y no solo sexogénicas), implica la misma paradoja: ante el dilema de su necesidad política y su fijación ontológica cerrada o taxativa, la salida que se comprende es la de sus usos estratégicos. Por eso, por ahora simplemente (o mejor, nada menos) nos entregamos a la fluidez y el devenir de sus experimentaciones.

Entonces, más acá de cualquier transformación general, si enfocamos específicamente lo que atañe al lenguaje inclusivo, podríamos preguntarnos sobre

sus derivas: ¿y si se trata de desvíos múltiples que, por incontrollables, no se institucionalizan? Por ejemplo, quienes plantean que indeterminan expresiones generales o muy evidentes, como “todxs” o “todes”, pero no pueden sostenerlo en todo el discurso, por confusiones de concordancia o falta de atención. En estos casos, podría pensarse, vale el gesto, pero lo más importante es que supone una proliferación de usos y apropiaciones que se basan y se organizan en una disponibilidad, pero difícilmente puedan decantar en estabilizaciones homogéneas ligadas a una convención. Entonces, precisamente ahí, tal vez, en esa heterodoxia de su uso, radique su profunda resistencia institucional, su potencia inasimilable, pues no se podría estabilizar en una forma inteligible. Y otro ejemplo, ligado al sentido más experimental, lo pueden dar palabras que, por remitir a categorías o nominaciones comunes, no necesitarían desinencia genérica ligada a la función referencial, ni afectan

pronominalizaciones animadas o vivientes; tal el caso del uso extendido de “cuerpa” como derivación femenina de “cuerpo”. Si bien no resulta casual que justo ocurra con ese término (las implicancias sexo-genéricas son evidentes), de todas maneras, desde el punto de vista categorial, rebasaría las búsquedas del lenguaje inclusivo. Sin embargo, lo que muestra justamente es la creatividad experimental, gratuita, y también el sentido político que se busca en la inscripción (una feminización del mundo frente a su falogocentrismo). (Y otro tanto podría decirse del uso de “sujetas” o “sujetes”, aunque allí los aspectos que se intersectan para su consideración son más complejos). Alguien podría señalar, con un vocabulario común, que en un caso como el de “cuerpas” se trata meramente de una jerga más o menos juvenil; sin embargo, dado que esto entra fuertemente en la escritura, cabría advertir que nunca como hoy las tecnologías escritas han gozado de tanta expansión, con lo

cual no sería aventurado suponer que, posiblemente, su registro dejará huellas léxicas. Antes que, o más que, o además de comprometer un saber metalingüístico, sería deseable pensar cómo todo esto involucra, supone, propicia, habilita la emergencia de una (nueva) filosofía del lenguaje.

Admitidas, entonces, las constelaciones de rigor, llegamos al punto de atención: aquello que llamamos literatura sigue siendo el espacio en el cual, más acá de la regularidad de los discursos sociales, el lenguaje se experimenta y una lengua suena. A modo de breve anotación literaria —tal nuestro propósito—, los ejemplos sobran. Monique Wittig es una exponente y pionera a partir de sus búsquedas de experimentación genérica con el francés en *El cuerpo lesbiano*, por nombrar solo un título, cuestión que correlativamente aparece también en sus ensayos, en los que la preocupación por el tema, por cierto, se da no desde la construcción de una crítica lingüística

en sí misma sino reflexionando sobre su trabajo de escritora. Entre ellos resultan especialmente indispensables “El punto de vista: ¿universal o particular?” y “La marca del género”. Señala Wittig:

El género es el indicador lingüístico de la oposición política entre los sexos. Género es utilizado aquí en singular porque, en efecto, no hay dos géneros, sino uno: el femenino, el “masculino” no es un género. Porque lo masculino no es lo masculino sino lo general. Lo que hay es lo general y lo femenino, o más bien lo general y la marca de lo femenino.

En efecto, el concepto de género es postulado como el instrumento que “sirve para construir el discurso político del contrato social como heterosexual”. Wittig avanza en la crítica hacia lo que podríamos entender como la autonomía o autosuficiencia del lenguaje escindido de su producción de realidad: “Está por un

lado lo real, el referente, y por otro lado el lenguaje. Es como si la relación con el lenguaje fuera una relación solo funcional, y no de transformación”. En este punto, se interesa por sus efectos sociales (“el lenguaje proyecta haces de realidad sobre el cuerpo social, lo marca y le da forma violentamente”) y privilegia la consideración del pronombre personal como la categoría del lenguaje en la que el género se inscribe. De este modo, “destruir el género en el lenguaje (o al menos modificar su uso)” es el horizonte, en el cual

la posibilidad de su destrucción se da por el propio uso del lenguaje. Cada vez que digo “yo”, reorganizo el mundo desde mi punto de vista y por medio de la abstracción que pretendo universalizar. Y esto es siempre así para cada hablante.

No podríamos dejar de pensar tampoco en el neobarroco latinoamericano, o neobarroso —la fórmula

de Néstor Perlongher—, como un laboratorio experimental de la exploración de las posibilidades del lenguaje que no es solo estética; lxs autorxs, dentro de esta corriente, son numerosxs, y en casi todos los casos se trata de una literatura de alta incidencia como poéticas queers.

Si pensamos además en escritorxs que ya se han manifestado en torno al lenguaje inclusivo, no pueden pasarse por alto un texto de Daniel Link y uno de Osvaldo Baigorria, ambos casi como antecedentes propuestos hace ya un tiempo, es decir, cuando el tema, si bien ya estaba presente en ciertos ámbitos, no había tenido todavía la masificación de los últimos años. El de Link, incluso con lo que parecería contrariar el tema, resulta una muestra en ejercicio de lo que el saber lingüístico nos puede enseñar productivamente, en su precisión y en su confusión, además de provocar la pregunta acerca de cómo se hace una lengua (que) viva. Por su parte, la temprana

intervención de Osvaldo Baigorria —torsión e ironía del título del famoso ensayo de Borges— resulta una exquisita propuesta: feminizarlo todo; ante los dilemas y límites, “es preferible una opción radical, autoimpuesta, de balbucear y tartamudear lo que tenga que decir en femenino cuando me refiera a un grupo de ambos sexos”, de modo que

se podría probar, oficialmente, desde ahora, la incomodidad, la ruptura, la perturbación del discurso cada vez que se intenta designar verbalmente a un colectivo con el genérico femenino. Las madres, las alumnas, las profesoras, las trabajadoras, las funcionarias, las periodistas, las escritoras y las lectoras. Y en el caso de este país: las argentinas.

Por su parte, ahora sí más próximo a la expansión del tema, puede verse también el planteo con reservas que realiza Sylvia Molloy en una entrevista —en

la cual, vale aclarar, aunque el tema haya dado el título, el lugar que ocupa no es nodal—. Finalmente, puede repararse en el delicioso replanteo de María Moreno, quien propone “mejor llamarlo lenguaje descentrado, sin aduana ni peaje, desalambrado, tuttifruti, culeado, es decir donde cualquier palabra, entre y salga con jugoso placer, sin Academia que valga, por la emancipación”.

Si queremos señalar estrategias de desvíos o fugas posibles, en la juntura entre lenguaje y literatura, por su parte, la lección de Roland Barthes puede dispensarnos algunas pistas preciosas. Su planteo es conocido y retoma varias hipótesis centrales de los saberes sobre el lenguaje hasta el momento: si bien usamos el lenguaje (como agentes ligados a efectos persuasivos), el lenguaje también “nos usa” (en términos constitutivos, nos identifica). “A partir del momento en que enuncio algo [...] soy simultáneamente amo y esclavo”, señala Barthes la paradoja. Por eso, la sujeción al

lenguaje, sin exterior, nos deja encerrados en un orden y una lógica en los que los arrastres de estereotipos (la voz reductora de la doxa) y las generalidades del sentido común acechan constitutivamente. Lo único que podemos usar para que se haga presente una singularidad (reactiva, por lo dicho, al lenguaje) son las herramientas del lenguaje mismo, que entonces nos harán perder la batalla ni bien comienza. Por lo tanto, antes que enfrentamiento lo que puede haber es resistencia, y antes que destrucción, descomposición desde adentro: la diferencia sutil es decisiva. Y aquí entonces, para Barthes, entra la literatura como aquello que puede ejercerla, efectuando una suspensión.

Para expandir esta síntesis, conviene especificar el modo en que Barthes entiende la presencia del poder en y de la lengua. Señala que “aquel objeto en el que se inscribe el poder desde toda la eternidad humana es el lenguaje o, para ser más precisos, su expresión obligada: la lengua” y “toda lengua es una clasificación, y

[como] toda clasificación es opresiva [...], estoy siempre obligado a elegir entre el masculino y el femenino, y me son prohibidos lo neutro o lo complejo”; por eso “la lengua implica una fatal relación de alienación” y de allí su famosa y provocativa afirmación de que la lengua es fascista, pues “no consiste en impedir decir, sino en obligar a decir”. Allí entonces aparece la vinculación precisa con la aparente aporía en torno a cómo desviarse de aquello que no tiene afuera, exterior: “Si se llama libertad no solo a la capacidad de sustraerse al poder, sino también y sobre todo a la de no someter a nadie, entonces no puede haber libertad sino fuera del lenguaje”, escribe Barthes. Y propone una invitación, el modo que encuentra: “solo nos resta, si puedo así decirlo, hacer trampas con la lengua, hacerle trampas a la lengua”, para rematar con una deliciosa y conocida formulación: “A esta fülle-ría saludable, a esta esquiva y magnífica engañifa que permite escuchar a la lengua fuera del poder, en

el esplendor de una revolución permanente del lenguaje, por mi parte yo la llamo: *literatura*".

La tentación de articular esta propuesta, en todo el rigor de sus tensiones, con las búsquedas y efectos del lenguaje inclusivo es inmediata. Podemos contentarnos, sin embargo, con plantear algunas preguntas básicas: ¿se trataría de estar usando la lengua misma en su contra, como estrategia, o a través de distintas estrategias?, ¿sería este uso un modo de hacerle trampas a la lengua? Está claro, además, que no se trataría de situarse fuera del poder (o sea fuera del lenguaje) sino todo lo contrario: emplear lo disponible en el lenguaje como modo de resistencia y socavamiento o descomposición (en este sentido, que el planteo sea la deconstrucción o al menos el llamado de atención sobre una forma de poder materializada en la lengua —patriarcado, o directamente falogocentrismo— no supone que necesariamente la intención sea situarse fuera del poder). Y si hay

un enfrentamiento no es con el lenguaje mismo sino con las instituciones que lo conservan; ahora bien, ¿hasta qué punto quienes propiciamos y defendemos su uso no seríamos activxs productorxs de un discurso de arrogancia de poder —otra importante preocupación en Barthes— pese a que depositemos esa identificación, precisamente, en el sometimiento por parte de dichas instituciones guardianas y quienes la reproducen? Podemos pensar que se trataría, en todo caso, de una relación de puja de poder, y dado que no hay afuera del poder... Y en una sintonía similar, también esta pregunta: ¿sería el lenguaje inclusivo mismo un modo del estereotipo —en el sentido preciso que la da Barthes— o en su defecto una propuesta que va hacia allí como su fatal cristalización?

Como sea, la tensión entre singularidad y regularidad (aun en sus múltiples y proliferantes formas y niveles) exige también preguntarnos no solamente

por la posibilidad de agencia o el carácter de agentes, sino sobre todo si es la literatura el único espacio en que lo singular del lenguaje puede aparecer. ¿Será preciso abrirnos a pensar otros espacios o expandir lo que entendemos por literatura? La inestabilidad y la posible dificultad de captura del lenguaje inclusivo, ¿no podrían caracterizarlo como “una revolución permanente del lenguaje”? O esto otro: el lenguaje inclusivo ¿es casi una forma de literatura que está en la boca de quienes lo usan? Complicar todo hasta lo extremo, hasta la contorsión, decía Néstor Perlongher de su lengua barroca.

El lenguaje es un virus, decía otro escritor, en este caso el *beat* Williams Burroughs. Algo sin afuera, que nos invade, nos afecta: nos infecta. Pero por eso mismo, en su expansión y su fatal irradiación, de la que no podemos escapar, sus procesos —podríamos decir— de molecularidad propician efectos de incomodidad o que sacuden la comodidad. De lo insidioso

a lo incisivo, por ahí empieza la relación entre lenguaje y revolución: revolución del lenguaje y también el lenguaje como entrada decisiva a (o para) una revolución. En este caso, se trataría de pensar el lenguaje inclusivo como una apuesta política con diferentes posibilidades de realización y emergencia lingüística abiertas, tendientes a socavar el fundamento falogocéntrico que históricamente ha configurado y sostenido el lenguaje verbal en numerosas lenguas (sobre todo romances). Sin embargo, y por eso mismo, de ningún modo se trataría de aplicarlo meramente como receta, entenderlo como un constreñimiento políticamente correcto, y entonces pensar que hay un único modo de ponerlo en funcionamiento en nuestro discurso, nuestra habla, para desautomatizar esa marca a fuego que tenemos incorporada en tanto sujetos constituidos, precisamente, en y por el lenguaje. Entenderlo en esos términos sería normativizarlo,

y la aspiración es precisamente la contraria: propiciar y abrir prácticas discursivas y usos del lenguaje verbal que confronten y salgan de la normalización impuesta y dominante, “universal”. En este punto, sería deseable evitar también el comportamiento de “policía discursiva”. Salvo posturas de ortodoxia extrema, en general se acepta que los fundamentos lingüísticos y los criterios y convenciones gramaticales constituyen, antes que normas, regulaciones. Pues bien, es hora de intervenir activamente, “intencionadamente”, en esas regulaciones como hablantes y agentes discursivos (aunque sin normalizar esa transformación y sosteniendo la ambivalencia de su regulación/legislación, casi tensando su propia aporía), mediante una marea de usos anómalos que abran la inclusión de quienes no se identifican con los universales que el lenguaje establece. Y ver qué pasa. Todo el resto será literatura.

Referencias bibliográficas

Baigorria, O., “El idioma de las argentinas”, *Paseo esquivo* (blog), 3 de julio de 2012, <https://osvaldobaigorria.com/2012/07/03/el-idioma-de-las-argentinas/>.

Barthes, R., *El placer del texto. Lección inaugural*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011.

Link, D., “La lengua herida”, *Perfil y Linkillo* (blog), 23 de agosto de 2014, http://www.perfil.com/noticias/contenidos/2014/08/23/noticia_0005.phtml y <http://linkillo.blogspot.com/2014/08/la-lengua-herida.html>.

Moreno, M., “Sin aduana ni peaje”, *Página/12*, 12 de mayo de 2019, <https://www.pagina12.com.ar/193244-sin-aduana-ni-peaje>.

Perlongher, N., *Alambres*, Buenos Aires, Último Reino, 1987.

Pomeranic, H., “No me parece muy realista pensar que el lenguaje va a cambiar por el uso del lenguaje inclusivo”, entrevista a Sylvia Molloy, *Infobae*, 8 de junio de 2019, <http://cort.as/-N6mh>.

Wittig, M., *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*, Madrid/Barcelona, Egales, 2006.

POEMAS Y MANIFIESTO POST APOCALÍPTICO PUNK

Gabby De Cicco*

Hay veces que tu lengua
parece cortada por astillas de vidrio
al intentar decir aquello que se escapa
del binarismo.

Lx no binarie se te atora
como una especie de coágulo

* Nací en Rosario, Santa Fe, en 1965. Soy unx serpiente de madera, apasionadx por la poesía, la música y la fotografía. Como autorx y activiste lesbofeminista intersex no binarie, mi *motto* es "Lo personal/poético es político". En 2019 se publicó *Transgénica*, mi obra poética reunida. En 2000 cofundé RIMA (Red Informativa de Mujeres de Argentina) y, en 2005, Hipólita Ediciones.

al fondo de la garganta, y tartamudeás
que es imposible nombrarme, nombrarnos,
porque cuesta tragar ese sorbo afilado.

Te pusiste a pensar por un segundo, apenas,
apenas por un instante, que somos personas
a quienes les negás la existencia
en esta lengua, que parece, compartimos.

No es un pedazo de llanta reventada
ni una porción de torta
ni una curita usada
quien te pide que le nombres
como elle quiera.

“Lo no binario” no es solo un concepto.
Somos carne y huesos. Somos voces
que ya no nos callamos.

Somos sangre, parecida a la que tiene
tu lengua.

Somos lo que corta, lo que te hace dudar,
quizá aprender a amar de otra manera. Espero
que eso sea posible.

Nos hacés invisible, no lo somos.

Intentan mandarnos de nuevo a un closet
que no es nuestro, y nos negamos a aceptarlo.

Quizá sigas mordiendo vidrios por un rato.

Somos el vidrio.

Por eso, no nos disculpamos.*

* Este poema se publicó en junio de 2020, en el ciclo *Poesía Ya!* del Centro Cultural Kirchner.

a Noah Pellegrini |

Abandonar el nombre
como la propia encarnadura.
Decirse en el ripio del lenguaje.

Nombrarse
con la historia de lo que vendrá,
siempre.

Gritamos
en ese límite borroso
entre la animalidad
y lo humano.

Queremos arrancar
a mordiscones
el eczema de sentido
que se acumula
e infecta
esa cicatriz que somos
y que el lenguaje
no termina de revelar.

Manifiesto post-apocalíptico punk (que explote)

que exploten estas cabezas
armadas de chatarra
llenas de arena
de un desierto post-apocalíptico
que exploten
como en la película *Scanners*
y que nada quede
del pensamiento patriarcal
que arrastramos desde que nacemos
que explote la cabeza
la Matrix
el dolor mismo
del cuerpo pariendo-me
que explote
y se vuelva armar
en cámara lenta

hacia atrás
hacia la semilla
como en el cuento de Carpentier
sería mejor que exploten
los quirófanos
antes que nos sometan
sin consentimiento
a tantas operaciones
que explote el cuerpo
médico y se claven
bisturíes en los cuerpos
de quienes deciden lo que podés ser
y lo que no
que exploten los géneros
que no sean un límite
o que sean
a imagen y semejanza
de tu deseo cambiante
si se te canta

estar del otro lado
de donde te esperan encontrar
que explote este cuerpo torta
en tu boca y se haga agua
ripió en el roce de los pezones
que explote el mapa
que no sabe adónde te lleva
que explote el cuerpo
de quien empala
de quien incendia
a las mujeres que no ama
que exploten esos cuerpos
ese odio
hacia afuera
que los ciegue
que no sea solo
el motor de un movimiento
las palabras no alcanzan
para hablar de nuestrxs muertas

mujeres, tortas, travas
que explote lo que necesite
explotar cuando sea
la reserva moral
la económica
la moralina
que explote todo
en tu cara
en la historia familiar
en lo poco familiar
que suena cuando
hablamos de lo siniestro
que explote en el bulto del
violador, en la mano de
quien abusó, que explote*

* Este poema, como los dos anteriores, pertenecen al libro *Transgénica. Obra reunida*, Baltasara Editora, 2019.

APÉNDICE

Efemérides

■ En 1492 —el mismo año en que la Corona española toma Granada y proscribire el islam, el mismo año del *descubrimiento* de América—, Antonio de Nebrija publica la primera Gramática Española. En el prólogo, escribe: “siempre la lengua fue compañera del imperio”.

■ En 1713 se funda la Real Academia Española. Un año después, su primer Estatuto firmado por Felipe V rezaba: “...para efecto de cultivar, y fijar en el modo posible, la pureza, y elegancia de la lengua castellana”. El lema que surge de ahí y se mantendrá por más de tres siglos será “limpia, fija y da esplendor”.

■ Hacia 1770 el rey Carlos III dispone, a través de la Cédula de Aranjuez, que se instruya a los “indios” en los Dogmas en castellano “y se les enseñe a leer,

y escribir en este Idioma, que se debe estender, y hacer único, y universal en los mismos Dominios, por ser el propio de los Monarcas, y conquistadores”. Además, declara que, para que esto se logre, se deberá trabajar para que “se extingan los diferentes idiomas”. Por ser así su voluntad, el rey dispone que en América solo se hable castellano. La lengua, ¿es política?

■ Julio de 1816. El Acta de la Independencia se publica en castellano, quechua y aymará: “es voluntad unánime e indudable de estas provincias romper los violentos vínculos que las ligaban a los reyes de España, recuperar los derechos de que fueron despojadas, e investirse del alto carácter de una nación libre e independiente del rey Fernando VII, sus sucesores y metrópoli”.

■ Diciembre de 1875. Juan María Gutiérrez no acepta su nombramiento como miembro correspondiente de la Real Academia Española. Si el objetivo de esta

institución es “cultivar y fijar la pureza y elegancia de la lengua castellana”, en esta parte de América “no podemos aspirar a *fijar* su pureza y elegancia, por razones que nacen del estado social que nos ha deparado la emancipación política de la antigua Metrópoli”, sostiene.

■ El 14 de julio de 2010 —76 años después de la masacre de Napalpí, perpetrada por el Estado argentino, y a 200 años de la Declaración de la Independencia— Chaco promulga como oficiales las lenguas qom, moqoit y wichi. Esta es la segunda provincia del país que asume una política lingüística desde una mirada plurilingüe en este sentido (la primera es Corrientes, que declara al guaraní cooficial en 2004); aunque en la práctica los esfuerzos quedan relegados, muchas veces, a una dimensión simbólica. Al día de hoy no sabemos con precisión cuántos hablantes hay de qué lenguas ni de qué pueblos, naciones o comunidades preexistentes al Estado nación.

■ Desde 1997 hasta la actualidad, la RAE, de la mano de empresas multinacionales, celebra el Congreso Internacional de la Lengua Española (CILE) con una perspectiva *panhispanista*. Se trata de reuniones trianuales que se realizan en ciudades latinoamericanas (excepto la segunda en Valladolid), que “pretenden avivar la conciencia de corresponsabilidad de gobiernos, instituciones y personas en la promoción y en la unidad de la lengua, entendida como instrumento vertebrador de la comunidad iberoamericana en todos los órdenes, en diálogo con otras lenguas que son vivo patrimonio común de ella”. Estos eventos de gran envergadura tuvieron sus contrapartes en las dos oportunidades que se realizaron en Argentina. Así es, de las siete ediciones, dos fueron en nuestro país: Rosario 2004 y Córdoba 2019. Rosario inauguró el Congreso de la(s) lengua(s) y Córdoba el Encuentro Internacional: derechos lingüísticos

como derechos humanos en Latinoamérica. En la edición cordobesa, el entonces presidente Mauricio Macri dijo en el discurso de apertura del CILE* —además de saludar a “sus majestades” con un elocuente “no queremos que se vayan, los vamos a extrañar”— que la lengua española nos unió: “imagínense si acá nosotros hablásemos argentino y los peruanos, peruano y los bolivianos, boliviano y necesitásemos traductores para hablar con los uruguayos [...] Toda nuestra diversidad se cuenta con las mismas palabras”.

Obituarios

† *Limpia, fija y da esplendor* fue cambiado por “unidad en la diversidad”, el mismo lema que en los 2000 incorpora la Unión Europea.

* Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=EhWFNpYVWSU>.

† El actual presidente de la RAE, Antonio Muñoz Machado es entrevistado por el diario *El País* de España, el 17 de julio de 2020. La nota se titula “Tenemos una lengua hermosa y precisa. ¿Por qué estropearla con el lenguaje inclusivo?”, pero solo dedica unas pocas líneas para hablar de eso, ya que no es un problema para la institución, no se trata de un tema sobre el que no haya consenso, según declara. En un pasaje, el presidente explica cómo hizo la RAE para controlar a algunos Estados independientes de América que pretendían establecer sus propias lenguas. Lo hizo con su *auctoritas*, con “ese poder cultural y esa capacidad de convencer a los hablantes mediante indicaciones de cómo se debe utilizar la lengua, las reglas, algo para lo que, por cierto, tampoco tenemos poder de imposición, pero se acepta y se acata. Por eso, por un poder de autoridad”.

† El 30 de julio de 2020, el diario argentino *La Nación* publica una nota con este título: “‘Sólo’ o ‘solo’: 10 años de insumisión en la RAE por una tilde”. Ahí leemos que esta revisión ortográfica “abrió una *herida*” en el seno de la Academia, que “aún no se ha cerrado”. Los caballeros (y alguna que otra damisela) de la realeza están preocupados por otros asuntos. #CosasQueImportan.

† El 27 de octubre de 2020 se lee en todas las redes sociales que el Observatorio de la RAE incluye para su revisión el pronombre *elle*, definido como “un recurso creado y promovido en determinados ámbitos para aludir a quienes puedan no sentirse identificados con ninguno de los dos géneros tradicionalmente existentes. Su uso no está generalizado ni asentado”. Dos o tres días más tarde, el mismo Observatorio lo retira. No hay remate.

Archivo

¶ En 1976, el español Álvaro García Meseguer publica un artículo denominado “Sexismo y lenguaje”*. En 1976, es decir, hace más de cuarenta años. Decía, entre otras cuestiones, que las estructuras de algunas lenguas, como el castellano, tienen la característica de identificar, cuando nos referimos a personas, el sexo con el género gramatical. De esta manera, la lengua no solo condiciona la “estructura mental” de sus usuarios (por ejemplo, si decimos “científicos” pensamos en un grupo de hombres), sino que además formatea los “hábitos culturales futuros” (lxs científicxs serán exclusivamente hombres). Se trata, para Meseguer, de un “tremendo círculo vicioso: el idioma es sexista

* Álvaro García Meseguer, “Sexismo y lenguaje”, 1976, disponible en https://www.grijalvo.com/Alvaro_Garcia_Meseguer/Sexismo_y_lenguaje.htm. Véase también, del mismo autor, *Lenguaje y discriminación sexual*, Barcelona, Montesinos (Cuadernos para el Diálogo), 1977.

porque la sociedad lo ha sido y la sociedad será sexista porque el idioma lo es”.

El estudioso planteaba, además, que la revolución cultural que se estaba llevando a cabo en ese momento debía ir acompañada necesariamente de una transformación profunda de la lengua. Por otro lado, sostenía que si la lengua es el soporte del pensamiento y si la estructura de la lengua es machista (esencialmente, por el *masculino genérico*) tanto nuestra mente como los esquemas valorativos que vamos creando desde temprana edad serán machistas también.

La propuesta de Meseguer es elocuente: “Como las desinencias en o y en a son, en la mayoría de los casos, las propias del masculino y el femenino, una solución sencilla consiste en asignar la desinencia en e al género común, es decir, a la persona”. Proporcionaba algunos ejemplos como: “querides amigas”, “estamos hartes de ser explotades”, “compañeres”. Así, entre otras cosas, “les progenitores podrán educar a

sus hijes más fácilmente en forma no sexista. En los periódicos, los anuncios por palabras solicitarán una cocinere, una abogade o una secretarie”.

Ya Meseguer advertía que “muches lingüistes van a poner el grito en el cielo (probablemente, más los lingüistas que las lingüistas)”, pero eso no tiene tanta importancia, en todo caso “hay que revolucionar el lenguaje, que no es solo de les expertes, sino del pueblo todo que lo habla. La pureza, la tradición, etcétera, están muy bien cuando no son injustas o dañinas y, en este punto, hay daño e injusticia en el castellano heredado”.

Décadas más tarde, Meseguer se retractó, formulándose la pregunta “¿Es sexista la lengua española?”*. La

* Álvaro García Meseguer, *¿Es sexista la lengua española? Una investigación sobre el género gramatical*, Barcelona, Paidós, 1994, Colección Papeles de Comunicación, nro. 4. Véase también: “El español, una lengua no sexista”, *Estudios de Lingüística del Español (EliEs)*, nro. 16, disponible en <http://elies.rediris.es/elies16/Garcia.html>.

lengua no tiene la culpa, decía; además, el inglés es más machista que el castellano. En este nuevo estudio, en el que pudo indagar más a fondo acerca de la diferencia entre sexo y género (gramatical), se propuso definir qué es el sexismo lingüístico y qué es el sexismo social, entre otras cuestiones. Pareciera estar bastante alejado de su texto setentista. De cualquier manera, el primer Álvaro decía: “hasta que otros más listos propongan soluciones mejores”. ¿Ya habrá llegado ese momento?

¶ En 1987, en la Conferencia General de la UNESCO —como parte del Gran Programa XIV “La condición de la mujer” —, se dispuso para la redacción de todos los documentos oficiales “adoptar... una política encaminada a evitar, en la medida de lo posible, el empleo de términos que se refieren explícita o implícitamente a un solo sexo, salvo si se trata de medidas positivas en favor de la mujer”. (Resolución 24 C/14.1). Luego, en 1989 se instó a seguir elaborando

directrices en este sentido y su promoción en los Estados miembros.

Ese mismo año, el Servicio de Lenguas y Documentos publicó un folleto denominado “Pour un langage non sexiste / Guidelines on non-sexist language”. En los años subsiguientes se realizaron varias propuestas para la incorporación de lenguaje neutro o no sexista en gran parte de los documentos. En 1999 se conoció la versión en español de las “Recomendaciones para un uso no sexista del lenguaje”,* ya que la de 1989 se aplicaba solo al inglés y al francés. A lo largo del 2000, surgieron decenas de Guías de uso en diferentes países.**

* Disponible en <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000114950>.

** Las guías que nombra Ignacio Bosque en su célebre crítica al lenguaje inclusivo —y posicionamiento oficial de la RAE desde 2012— son las siguientes: *Igualdad, lenguaje y administración: propuestas para un uso no sexista del lenguaje*, Generalidad Valenciana, Consejo de Bienestar Social, 2009; *Guía de lenguaje no sexista*, Oficina de Igualdad, UNED, sin

¶ En un sitio web de noticias (newster.info) hicieron un recorrido por el uso del lenguaje inclusivo en España y América Latina. Sobre Argentina

fecha; *Guía sindical del lenguaje no sexista*, Madrid, Secretaría de Igualdad, Unión General de Trabajadores, 2008; *Manual de lenguaje no sexista en la Universidad Politécnica de Madrid*, sin fecha; *Guía de uso no sexista del lenguaje de la Universidad de Murcia*, 2011; *Manual de lenguaje administrativo no sexista*, Asociación de estudios históricos sobre la mujer de la Universidad de Málaga y Área de la mujer del Ayuntamiento de Málaga, 2002; *Guía de lenguaje no sexista*, Unidad de Igualdad de la Universidad de Granada, sin fecha; *Guía para un uso del lenguaje no sexista en las relaciones laborales y en el ámbito sindical. Guía para delegadas y delegados*, Secretaría Confederal de la Mujer de CC. OO. y Ministerio de Igualdad, Madrid, 2010; *Guía sobre comunicación socioambiental con perspectiva de género*, Consejería de Medio Ambiente, Junta de Andalucía, sin fecha. En América Latina se publica la *Guía de lenguaje inclusivo* de la Comisión Interdepartamental de Género del Congreso de Intendentes del Uruguay en 2010; la *Guía para el uso de un lenguaje no sexista e igualitario en la HCDN* de la Honorable Cámara de Diputados de la Nación Argentina en 2015; en Chile, en 2016, la *Guía de lenguaje inclusivo de género*, del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes; en México, en 2017, la *Guía para el uso del lenguaje inclusivo desde un enfoque de derechos humanos y perspectiva de género*.

afirmaban que desde 2018 el debate sobre el aborto “le proporcionó combustible” al asunto y agregaban: “El nuevo presidente, el peronista Alberto Fernández, así como otros miembros de su partido, lo utilizan en sus discursos públicos. Existe un proyecto de ley para implementarlo de manera obligatoria”. ¿Hablan del aborto o del lenguaje inclusivo? #PeriodismoYConfusión #LenguajeInclusivoOBLIGATORIO

Telegramas de despido

Desde que el problema del lenguaje “inclusivo” es cada vez más discutido en todos los medios, hemos presenciado un nacimiento, también masivo, de grandes hordas de militantes de la RAE. Esta policía lingüística ha profundizado la grieta entre lxs que hablan *bien* y lxs que hablan *mal*. Pero ya no marca tanto la diferencia socioeconómica y racializada (los

negros de mierda), como la diferencia “ideológica” (feminazi-puta-abortera), de la mano de los impulsores de la ya famosa “ideología de género” (#GéneroNuncaMás es uno de sus “reclamos”). De cualquier manera, el tono y la pulsión odiante e hiriente se mantienen. Y, por momentos (o casi siempre), con profunda raigambre racista también.

■ LUNES 05 DE OCTUBRE DE 2018 09:00 INFOCIELO.

Docente de música de La Plata. Comentarios: “Me entero que rajaron a un docente por usar ‘Lenguaje inclusivo’. Excelente. Está destruyendo cerebros en lugar de educar. Que vaya a cuidar autos. Buen día”.

■ LUNES 24 DE JUNIO DE 2019 16:06 ADNSUR.

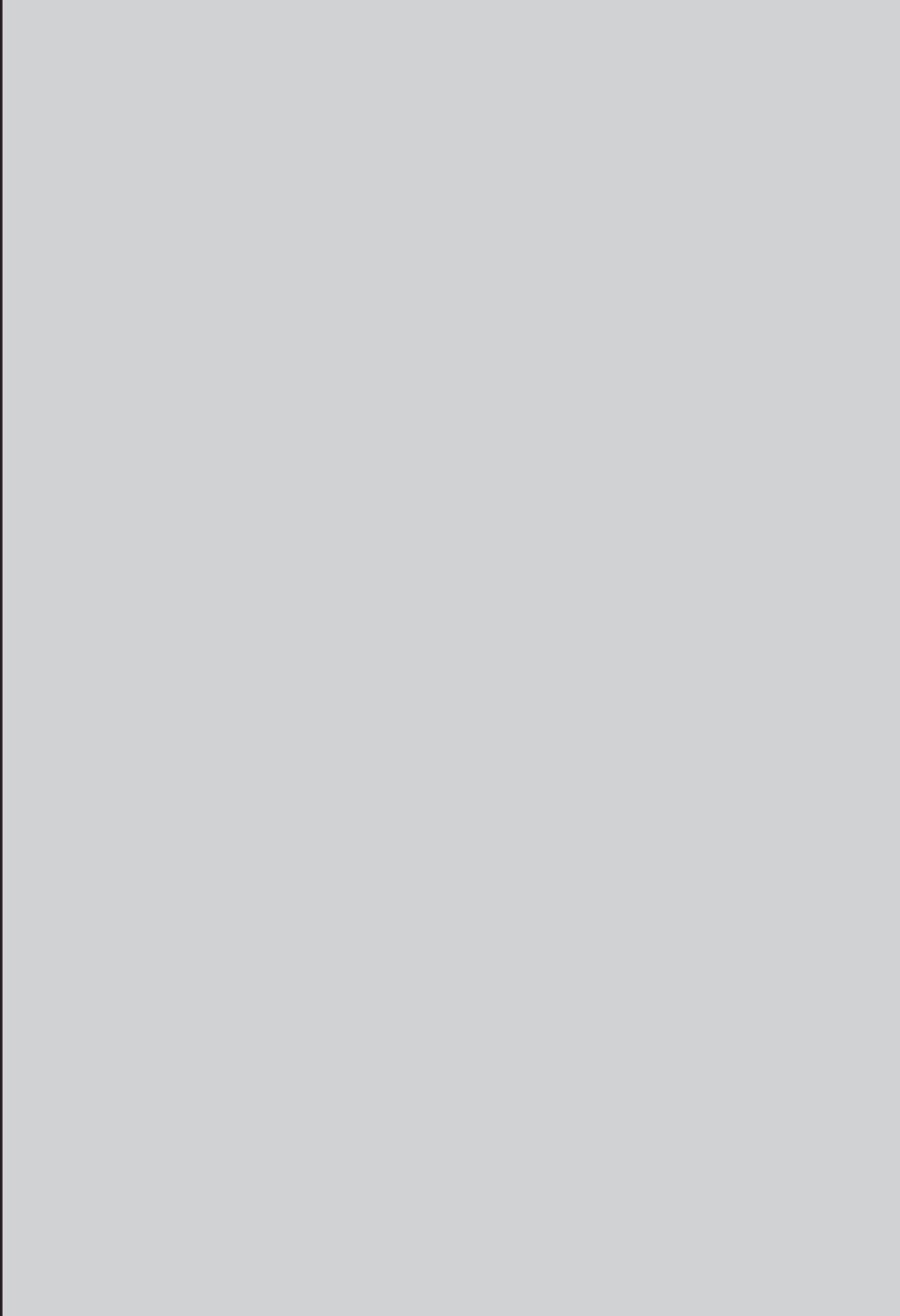
“Echaron a la vicedirectora de una escuela por usar lenguaje inclusivo. Usaba la frase ‘todos, todas y todes’ en los saludos y había provocado la reacción de un grupo de padres”.

■ VIERNES 28 DE AGOSTO DE 2020 17:00. Con la *Comisión uso inclusivo de la lengua* de la Facultad

de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba organizamos un conversatorio virtual, destinado principalmente a ingresantes a las carreras de la Facultad. Nos preocupaba que, en algunos cursos, sobre todo en Letras, estuvieran tan molestxs y hasta sorprendidxs de que estuviéramos “a favor del lenguaje inclusivo”. Preparamos una charla, pensando en las intervenciones del público, algo bien dinámico. Resultado: una banda de *trolls* y de *haters* que nos comentaban. Entre todo tipo de improperios, había una constante relacionada con el hecho de ser profesorxs y de que el Estado nos pagara por eso. “¿Cuánto cobran?”, “¿Cobran en euros?”, “Estos son bancados por ONGs feministas de Europa y por Georges Soros” (¡la filantropía internacional!).

Cartografías

Nuestros mapas son cada vez más cotidianos, pero no menos molestos. Nuestros mapas no son la nueva normalidad ni tampoco una normalidad posible. No buscamos un espacio dentro de la norma ni queremos escribir nuevas reglas. Venimos a imaginarnos otras lenguas dentro de una lengua que nunca fue una misma lengua. Estamos y estuvimos siempre. Somos el ruido rosa, la nota que no encaja, el acople molesto. Somos ese contratiempo que cuesta palmear. Somos políglotas de un solo idioma que se llama resistencia.





LENGUAS VIVAS es una colección de cuadernos en los que las voces críticas, las lenguas disidentes y minoritarias resuenan sin un sistema de admisiones. No hay corrección del habla que pueda prescribirse con los criterios de un purismo idiomático. Si, como suele decirse, “la Patria es la lengua”, habrá que poner en suspenso la belleza retórica de esa fe para hacerla estallar en un renovado plurilingüismo emancipatorio capaz de desbordar, con sus disputas, fronteras y clasificaciones.



9 789877 281224